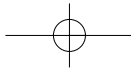


herminio almendros

# HABIA UNA VEZ...



Editorial  
Pueblo y Educación



**Edición: Lic. Mercedes Alonso Martínez**  
**Diseño e ilustración: Lázaro Blanco Fernández**

© Cuarta reimpresión, 2008  
© Primera reimpresión, 1999  
© Tercera reimpresión, 2003  
© Herminio Almendros, 1945  
© Editorial Pueblo y Educación, 1996

**ISBN 978-959-13-0279-9**

**EDITORIAL PUEBLO Y EDUCACIÓN**  
**Ave. 3ra. A No. 4605 entre 46 y 60,**  
**Playa, Ciudad de La Habana,**  
**Cuba. CP 11300.**

## ***Nota a la edición***

Herminio Almendros Ibáñez (1898–1974), profesor eminente y escritor de gran talento, nació en la ciudad de Almansa, España. Cursó la carrera profesoral en la Escuela Superior de Madrid con notas brillantes, posteriormente se trasladó a Barcelona donde adquirió notoriedad entre el magisterio español.

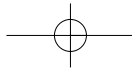
Escribió libros de lectura infantil, amenos y didácticos, diversos textos de Lengua Española para los grados de la enseñanza primaria, que fueron utilizados en Cuba y también en otros países de América Latina. Su labor en el campo de la educación fue muy amplia por sus múltiples conocimientos y amplia experiencia. Es autor de innumerables libros, entre los que podemos citar: *Lecturas ejemplares*, *Nuestro Martí*, *Oros viejos*, así como también *Había una vez*.

Este título es un hermoso legado cultural que recoge diversas versiones de cuentos y poesías infantiles que han pasado de generación en generación y han sido el deleite de miles de niños en numerosos países del mundo, ya que esta obra ha sido traducida a varios idiomas.

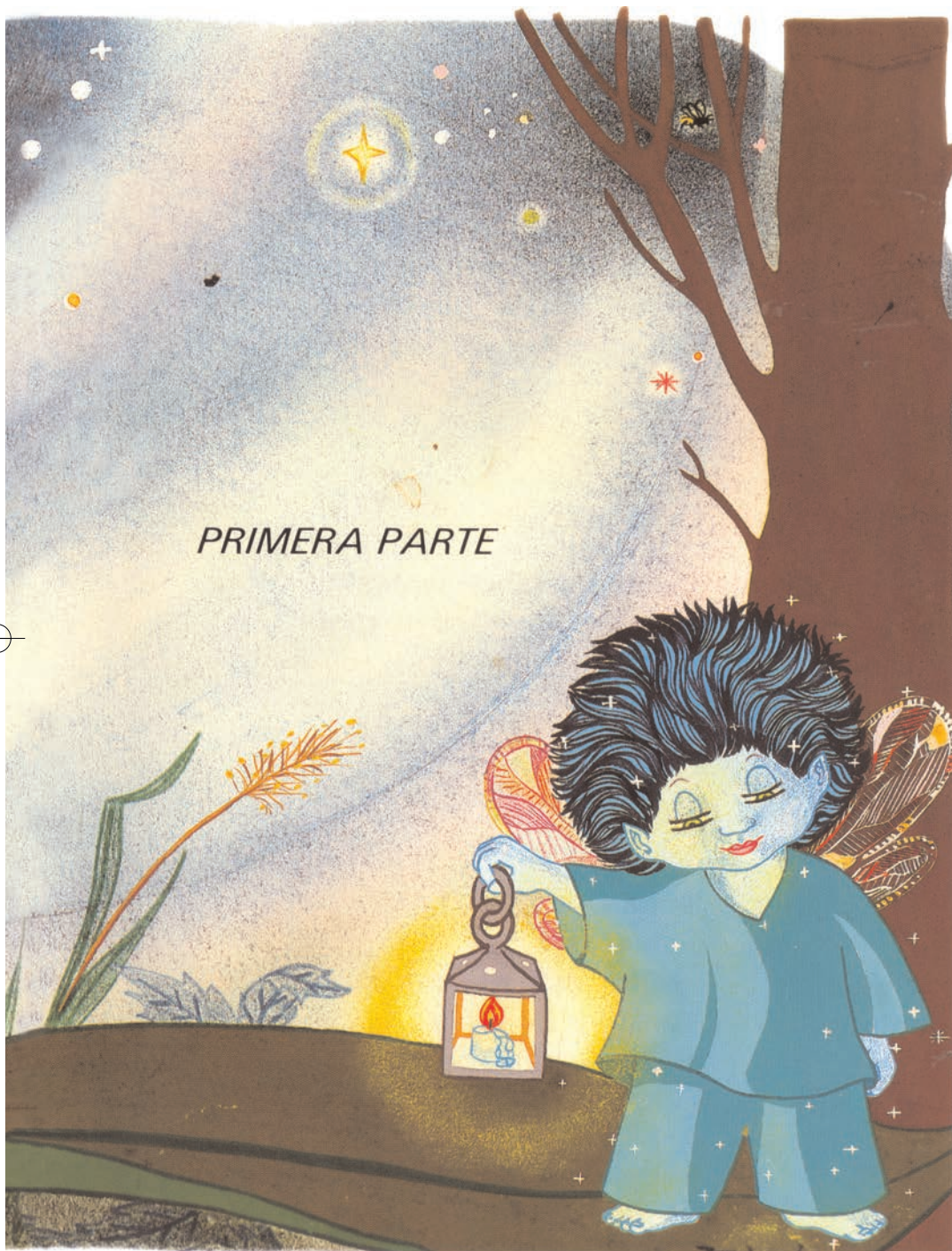
Con este hermoso y bello libro que te ofrecemos esperamos que tú, pequeño lector, recibas una inesperada y agradable sorpresa.

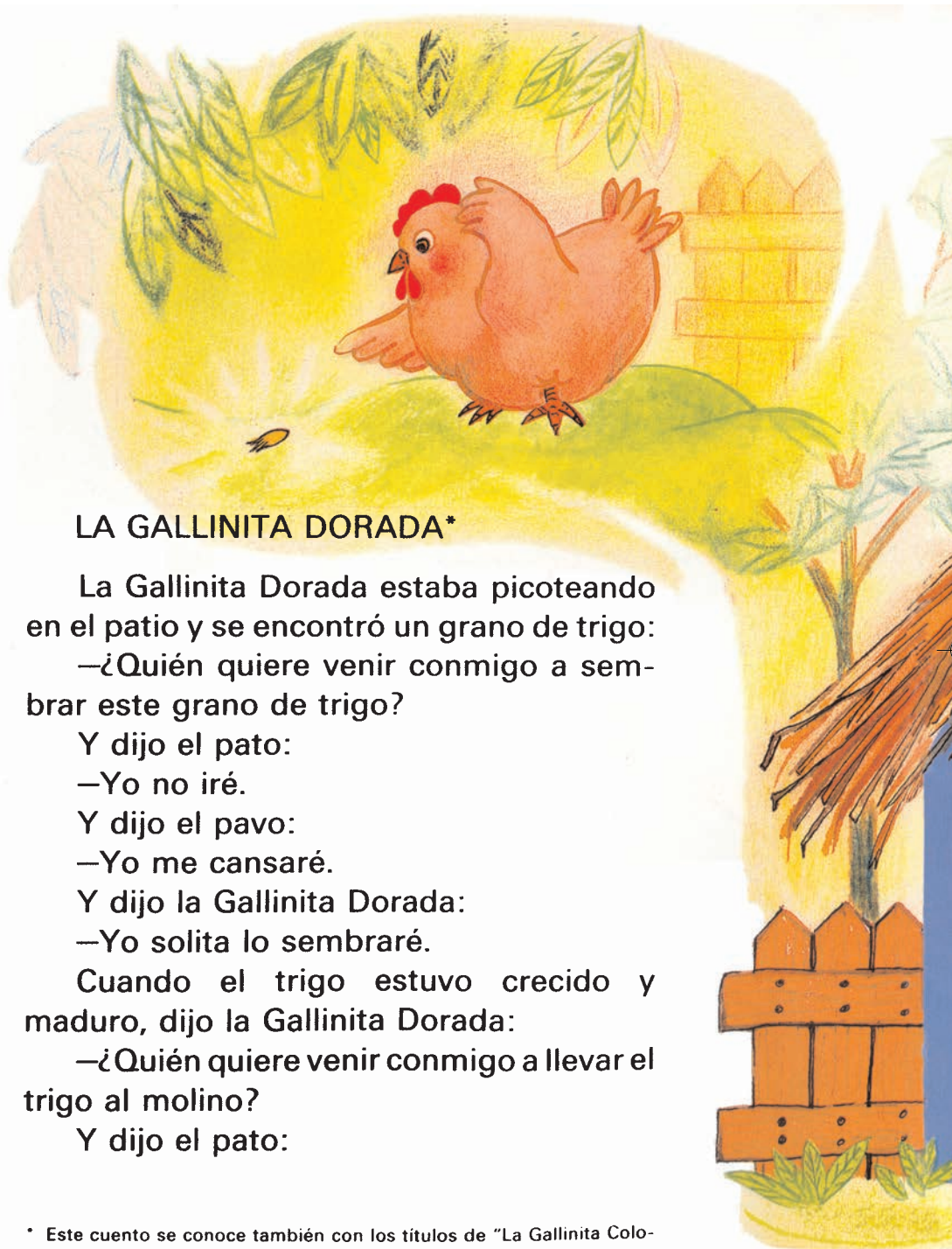






*PRIMERA PARTE*





## LA GALLINITA DORADA\*

La Gallinita Dorada estaba picoteando en el patio y se encontró un grano de trigo:

—¿Quién quiere venir conmigo a sembrar este grano de trigo?

Y dijo el pato:

—Yo no iré.

Y dijo el pavo:

—Yo me cansaré.

Y dijo la Gallinita Dorada:

—Yo solita lo sembraré.

Cuando el trigo estuvo crecido y maduro, dijo la Gallinita Dorada:

—¿Quién quiere venir conmigo a llevar el trigo al molino?

Y dijo el pato:

\* Este cuento se conoce también con los títulos de “La Gallinita Colorada”, “La Gallinita Moñuda”, etcétera.



—Yo no iré.

Y dijo el pavo:

—Yo me cansaré.

Y dijo la Gallinita Dorada:

—Yo solita lo llevaré.

Cuando el trigo estuvo molido y hecho  
harina, dijo la Gallinita:

—¿Quién quiere venir conmigo para  
hacer pan de la harina de trigo?

Y dijo el pato:

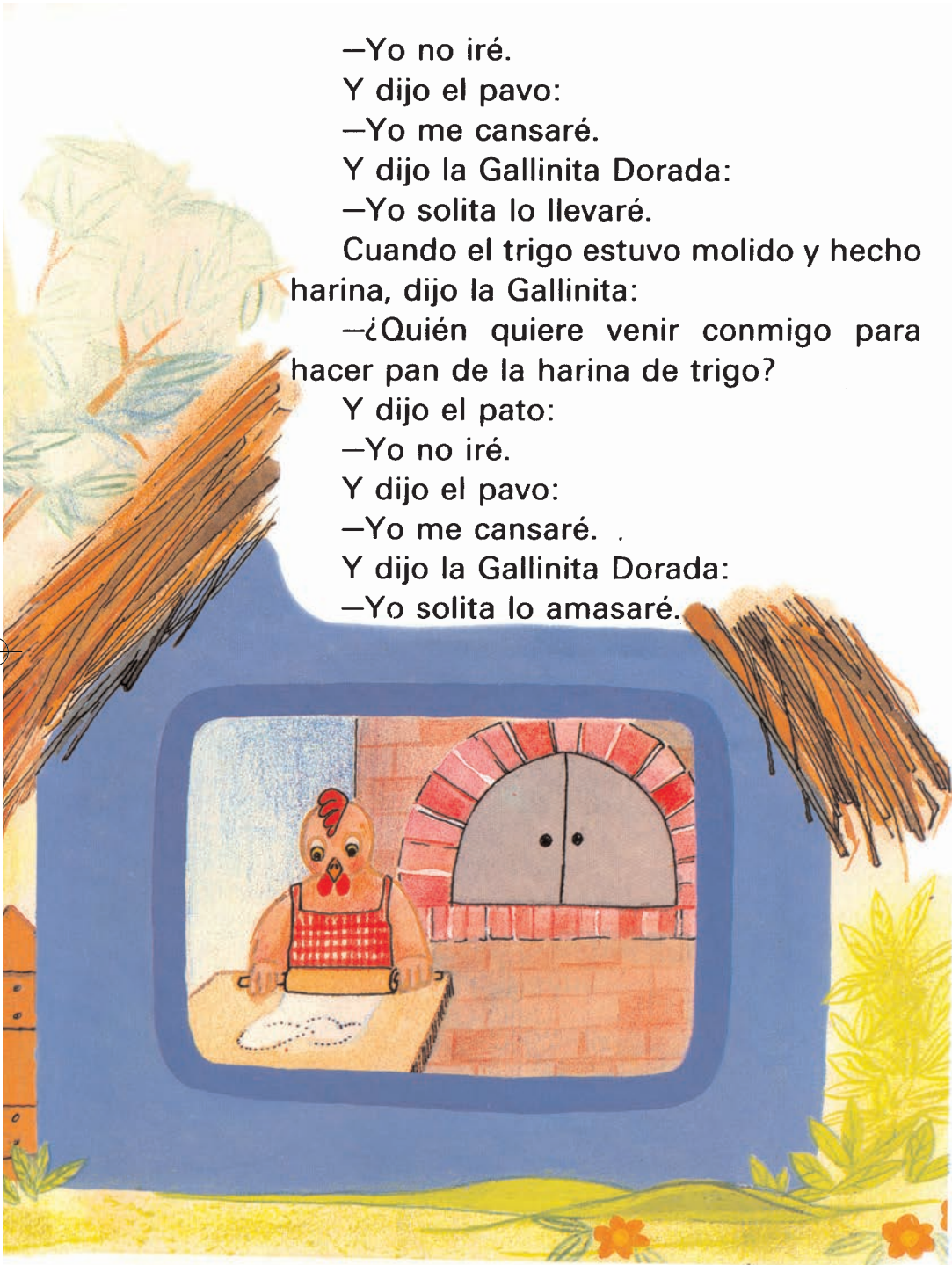
—Yo no iré.

Y dijo el pavo:

—Yo me cansaré.

Y dijo la Gallinita Dorada:

—Yo solita lo amasaré.



Cuando el pan estuvo cocidito y dorado,  
dijo la Gallinita:

—¿Quién quiere comerse conmigo el  
buen pan de harina de trigo?

Y gritó el pato:

—¡Yo, que soy tu amigo!

Y gritó el pavo:

—¡Yo, que siempre lo he sido!

Pero la Gallinita Dorada gritó:

—¡No, no y no! El pan es para mis polli-  
tos, que son chiquitos, y para mí. ¡Tiii, tiii,  
tiii!





### RONDA DEL PÍO... PÍO... \*

A la rueda–rueda,  
pío... pío... pío...  
la gallina blanca  
con sus diez pollitos  
juegan a la ronda,  
¡qué lindos, qué lindos!

Co co co co có...  
pío... pío... pío...  
donde va la madre  
van los pequeñitos,  
cuatro como nieve  
y seis amarillos...

.....

A la rueda–rueda  
pío... pío... pío...

Yolanda Lleont

\* Del libro *Rueda–rueda*.





## LA RANITA VERDE Y EL GANSO

En una charca había muchas ranas.

Había una ranita verde, que quería ser la rana mayor del mundo.

Un día se acercó un ganso a beber agua.

Las ranas dijeron:

—¡Mira, mira! Esa que viene a beber es la rana mayor que hemos visto.

La ranita verde dijo:

—Van a ver cómo yo me hago mayor que ella.

Y empezó a comer y a comer y a beber mucha agua.



La ranita se hinchaba como una pelota.

—¿Soy ya bastante grande? —preguntó.

Las ranas dijeron:

—No, no; es mucho mayor esa que viene a beber agua.

La ranita verde siguió comiendo y comiendo y bebiendo agua.

Y se hinchó más y más, hasta que reventó.

Las ranitas verdes son muy lindas cuando son pequeñas y, nunca, por mucho que coman, pueden llegar a ser tan grandes como los gansos.

## CUCÚ

Cucú, cantaba la rana.  
cucú, debajo del agua;  
cucú, pasó un caballero,  
cucú, vestido de negro;  
cucú, pasó una gitana,  
cucú, vestida de lana,  
y comiendo pan;  
le pedí un pedazo,  
no me quiso dar;  
la cogí del brazo  
y la hice bailar.

Si el cucú te gusta  
volveré a empezar.

Anónimo







## LA MARGARITA BLANCA

Era una vez una margarita blanca que vivía debajo de la tierra, en una casita caliente, tranquila y oscura.

Un día oyó unos golpes muy suaves en la ventana:

—Chas, chas, chas.

—¿Quién llama?

—Es la lluvia.

—¿Qué quiere la lluvia?

—Entrar en la casa.





—¡No se pasa! ¡No se pasa! —dijo la Margarita blanca, que tenía mucho miedo del frío, porque era invierno.

Pasaron muchos días y oyó otros golpecitos en la puerta.

—Tun, tun, tun.

—¿Quién llama?

—Es el sol.

—¿Qué quiere el sol?

—Entrar en la casa.

—¡Todavía no se pasa! ¡Todavía no se pasa! —dijo la Margarita blanca, y se durmió tranquila.

Después de muchos días, volvieron a tocar a la puerta y a la ventana.

—Tun, tun, tun.

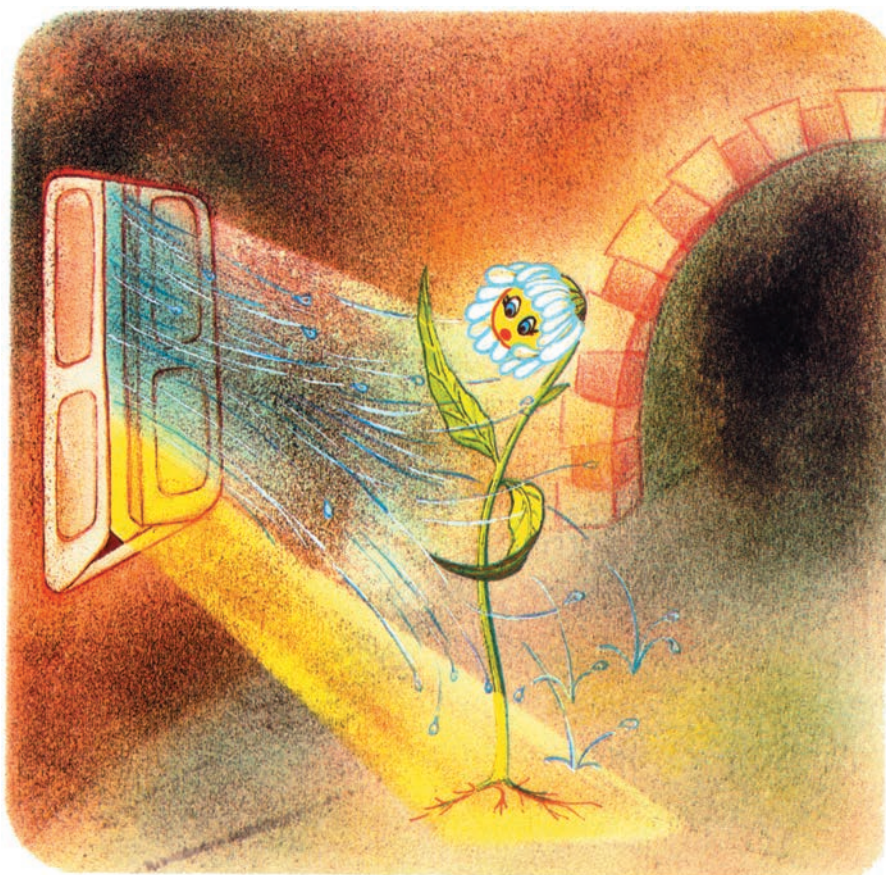
—Chas, chas, chas.

—¿Quién llama?

—Es el sol y la lluvia, la lluvia y el sol.

—¿Y qué quieren el sol y la lluvia, la lluvia y el sol?

—Queremos entrar, que nos manda Dios.  
—Pues pasen los dos —dijo la Margarita blanca.  
Y abrió una rendijita por donde se escurrieron el sol y la lluvia dentro de la casa.  
Entonces la lluvia la tomó por la mano derecha y el sol la tomó por la mano izquierda y tiraron de la Margarita blanca, y tiraron y tiraron hasta arriba y dijeron:  
—¡Margarita, Margarita, asoma tu cabecita!  
La Margarita blanca pasó su cabecita a través de la tierra y se encontró en un jardín precioso, con mariposas, pájaros y niños que jugaban a la rueda cantando:







Ya sale Margarita  
vestida de percal  
con sombrero amarillo  
y verde delantal.

Caracol, caracol,  
saca los cuernos al sol.

Con la cara empolvada  
Margarita ha salido  
a correr por el prado  
luciendo su vestido.

Caracol, caracol,  
para cada cuerno  
te traigo una flor.

Y la Margarita se abrió toda blanca con su moñito  
rubio. Y fue feliz.



### CAMPANILLITAS

Campanillitas, campanillitas,  
ovejitas enanas del campo,  
¿habéis visto pasar al ciempiés  
y cerráis vuestros pétalos blancos?

¡Abrid, que no es él!

María L. Muñoz de Buendía



## LOS TRES CERDITOS

Una vez eran tres cerditos que vivían contentos en el bosque.

El más pequeño se construyó una casita de paja.

El otro se construyó una casita con hojas y ramas.

El mayor se construyó una casita con piedras y ladrillos.

Un día llegó el lobo a la casita de paja y llamó a la puerta:

—Cerdito bonito, ábreme y déjame entrar.

—No quiero, lobo feroz, que me vas a matar.

Entonces el lobo se subió al tejado de la casita y empezó a dar saltos hasta que la hundió.

El cerdito salió corriendo y se metió con su compañero en la casita de hojas y ramas.

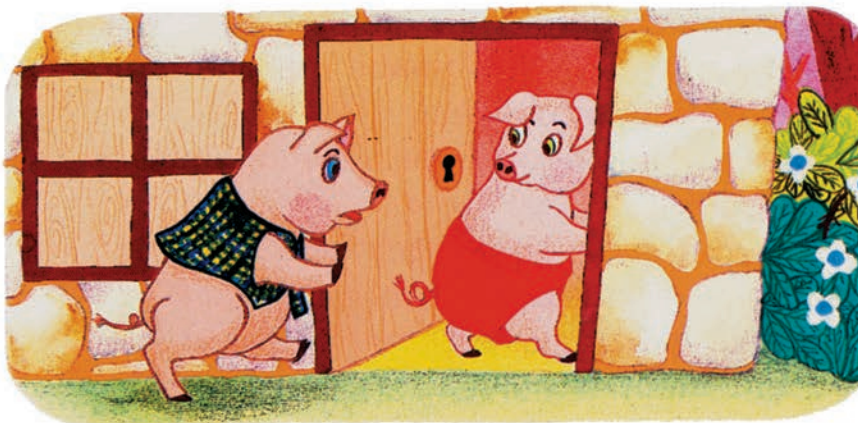
Poco después llegó el lobo a la puerta:

—Amigos cerditos, ábranme y déjenme entrar.

—No queremos, lobo feroz, que nos vas a matar.

El lobo se subió al tejado y empezó a dar saltos hasta que hundió la casita.





Los dos cerditos salieron corriendo y se metieron con su otro compañero en la casita de piedras y ladrillos.

Poco después llegó el lobo y llamó a la puerta:

—Amigos cerditos, ábranme y déjenme entrar.

—No queremos, lobo feroz, que nos vas a matar.

El lobo se subió al tejado y empezó a dar saltos, pero la casita era muy fuerte y no se hundió.

El lobo bajó del tejado y llamó al cerdito mayor por la cerradura de la puerta:



—Oye, cerca del río hay un gran campo de remolacha. Si quieres iremos juntos mañana temprano y traeremos mucha comida.

—Bueno —dijo el cerdito—, ¿a qué hora?

—A las seis.

El cerdito fue a las cinco y recogió la remolacha. Cuando vino el lobo a buscarlo, le dijo por la cerradura:

—Ya sé que me querías engañar. Por eso he ido antes que tú.

El lobo se puso furioso, pero probó otra vez:

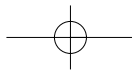
—Mira, en el huerto de arriba hay hermosas manzanas maduras. Si quieres, iremos a cogerlas mañana a las cinco.

El cerdito se levantó a las cuatro y se fue a coger las manzanas antes que el lobo.

Cuando cogía las manzanas, subido al árbol, vio venir al lobo.

El lobo se plantó debajo del manzano y dijo:





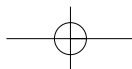
—Ya te he cogido. ¿Cómo están las manzanas?

—Están bien maduras y dulces. Toma, pruébalas —contestó el cerdito. Y tiró lejos una manzana.

Mientras el lobo iba a cogerla, el cerdito bajó del árbol y se fue corriendo a su casa.

El lobo, furioso, subió al tejado y quiso entrar por la chimenea, pero los tres cerditos habían puesto una caldera de agua al fuego, y el lobo cayó en el agua hirviendo.

Los cerditos bailaban de contentos, porque ya podían vivir sin miedo al lobo.



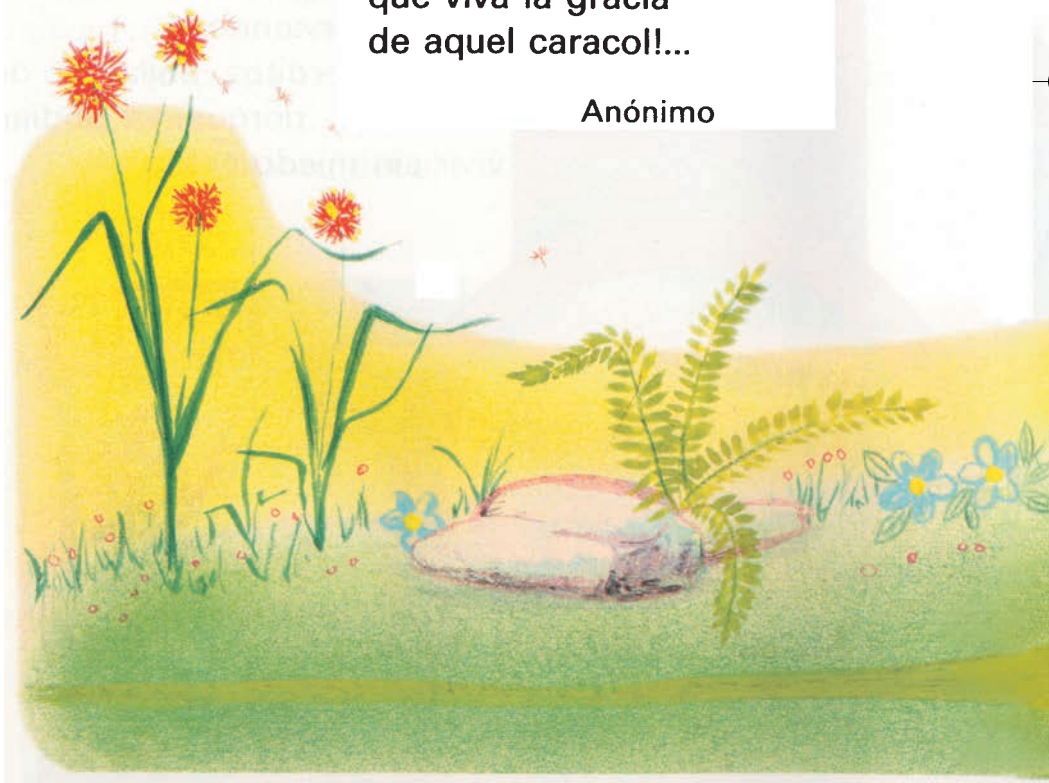


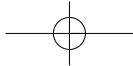
## EL CARACOL

Aquel caracol  
que va por el sol,  
en cada ramita  
llevaba una flor

¡Que viva la gracia,  
que viva el amor,  
que viva la gracia  
de aquel caracol!...

Anónimo





## LA CUCARACHITA MARTINA

Pues señor, esta era una cucarachita muy trabajadora y muy limpia, que se llamaba Martina.

Un día, barriendo en la puerta de su casa, se encontró un centavo.

—¿Qué me compraré? ¿Qué me compraré? ¿Me compraré caramelos? ¡Ay, no, no; que me dirán golosa!

¿Me compraré una prenda? ¡Ay, no, no; que me dirán vanidosa! Me compraré una caja de polvos.

Y la cucarachita se compró polvos de olor y, muy empolvadita, se sentó a la puerta de su casa.

Y pasó por allí un torito:

—Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!

—Como no soy bonita, te lo agradezco más.

—¿Te quieres casar conmigo?

—A ver, ¿qué haces de noche?

—¡Muuu, muuu!

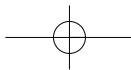
—¡Ay, no, no; que me asustarás!

Y pasó por allí un perrito:

—Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!







—Como no soy bonita, te lo agradezco más.

—¿Te quieres casar conmigo?

—A ver, ¿qué haces de noche?

—¡Guau, guau, guau!

—¡Ay, no, no; que me asustarás!

Y pasó por allí un gallito:

—Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!

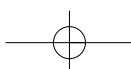
—Como no soy bonita, te lo agradezco más.

—¿Te quieres casar conmigo?

—A ver, ¿qué haces de noche?

—¡Quíquiriquiii!

—¡Ay, no, no; que me asustarás!





Y pasó por allí un chivito:

- Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!
- Como no soy bonita, te lo agradezco más.
- ¿Te quieres casar conmigo?
- A ver, ¿qué haces de noche?
- ¡Bee, beeee!

—¡Ay, no, no; que me asustarás!

Ya era muy tarde, cuando pasó el ratoncito Pérez:

- Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!
- Como no soy bonita, te lo agradezco más.
- ¿Te quieres casar conmigo?
- A ver, ¿qué haces de noche?
- ¡Dormir y callar! ¡Dormir y callar!

Y la cucarachita Martina y el ratoncito Pérez se casaron.

Al otro día, la cucarachita se fue al mercado y le dijo a su marido:

—Ratoncito Pérez, cuida bien la sopa de la olla. Pero no te la tomes hasta que yo vuelva. Espúmala solo con el cucharón.

El ratoncito Pérez era muy goloso y, enseguida que la cucarachita se fue, sintió hambre.

Se encaramó en la olla y trató de coger una cebolla doradita que asomaba en el caldo, pero, ¡ay!, se cayó dentro.

Cuando volvió la pobre cucarachita Martina, buscó al ratoncito por toda la casa y lo encontró completamente pelado, flotando entre los fideos.

Salió la cucarachita a la puerta de la casa, y lloraba desconsolada:

—¡El ratoncito Pérez  
cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla!

Y la cucarachita  
le canta y lo llora!





## LOS CINCO

—Este es el niño chiquito  
y bonito; al lado de él  
se encuentra el señor de anillos;  
luego, el mayor de los tres.

Este es el que todo prueba  
y, sobre todo, la miel.  
—¿Y este, más gordo que todos?  
—Ese el mata-pulgas es.

Amado Nervo





## LOS TRES OSOS

Una vez había una niña pequeñita y rubia a la que todos llamaban Ricitos de Oro.

Un día fue al campo a coger leña y se perdió en el bosque.

Andando, andando, vio entre los árboles una casa pequeña y linda.

Ricitos de Oro se acercó, abrió la puerta y entró.

Encima de una mesa había tres platos llenos de sopa con leche y miel.

Como tenía mucha, mucha hambre, probó la sopa del plato mayor, pero la encontró muy caliente.

Luego probó la sopa del plato mediano, pero la encontró muy fría.

Después probó la sopa del plato pequeño y la encontró tan rica, que se la tomó toda.

Había también en la casa tres sillas: una silla grande, otra silla mediana y otra pequeñita.

Ricitos de Oro fue a sentarse en la silla grande, pero era muy alta.

Luego fue a sentarse en la silla mediana, pero era muy ancha.

Después fue a sentarse en la silla pequeña y la encontró a su gusto.

Pero se dejó caer con tanta fuerza, que la rompió.

Ricitos de Oro entró en una habitación donde había tres camas: una cama muy grande, otra cama mediana y otra pequeñita.

Primero se acostó en la cama grande, pero la encontró muy dura.

Luego se acostó en la cama mediana, pero la encontró muy blanda.

Después se acostó en la cama pequeña, y la encontró tan a su gusto, que se quedó dormida.

Cuando dormía Ricitos de Oro, llegaron a la casa tres osos que allí vivían. Habían salido a dar un paseo por el bosque, mientras se enfriaban las sopas de leche y miel.

Uno de los osos era el padre, y era un oso muy grande.

El otro era la madre, y era un oso mediano.

El otro era el hijo, y era un osito pequeño.

El oso grande dijo rugiendo con voz de trueno:

**—¡ALGUIEN HA PROBADO MI SOPA!**

El oso mediano dijo gruñendo con voz de mal genio:

**—¡ALGUIEN HA PROBADO MI SOPA!**

El oso pequeñito dijo llorando con voz de pito:

**—¡ALGUIEN SE HA COMIDO MI SOPA!**

Los tres empezaron a buscar por la casa.

Al ver las sillas, el oso grande rugió:

**—¡ALGUIEN HA TOCADO MI SILLA!**





El oso mediano gruñó:

—¡ALGUIEN HA TOCADO MI SILLA!

El oso pequeño chilló:

—¡ALGUIEN HA ROTO MI SILLA!

Siguieron buscando por la casa y entraron en la habitación de dormir.

El oso grande dijo:

—¡ALGUIEN SE HA ACOSTADO EN MI CAMA!





El oso mediano dijo:

—¡ALGUIEN SE HA ACOSTADO EN MI CAMA!

Al mirar la cama pequeñita, vieron que estaba durmiendo en ella la niña de cabellos dorados y el osito dijo:

—¡ALGUIEN ESTÁ DURMIENDO EN MI CAMA!

En esto, se despertó asustada Ricitos de Oro y, al ver a los tres osos tan enfadados, dio un brinco, saltó por la ventana, que estaba abierta, y corrió sin parar por el bosque, hasta encontrar por fin el camino de su casa.



## LA LOBA, LA LOBA...

La loba, la loba  
le compró al lobito  
un calzón de seda  
y un gorro bonito.

La loba, la loba  
se fue de paseo  
con su traje rico  
y su hijito feo.

Juana de Ibarbourou





## POLLITO PITO

Un día Pollito Pito fue al bosque y ¡pum! le cayó una ciruela en la cabeza.

—¡Ay! ¿Qué es esto? —dijo muy asustado:



—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.  
Voy de prisa  
a darle la noticia.

Camina que te camina se encontró con Gallina Fina.

—Buen día, Pollito Pito. ¿Dónde vas tan tempranito?

—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.  
Voy de prisa  
a darle la noticia.

—Pues yo voy también  
a decírselo al rey.

Y allá fueron los dos, Gallina Fina y Pollito Pito, camina que te camina, hasta que se encontraron con Gallo Malayo.

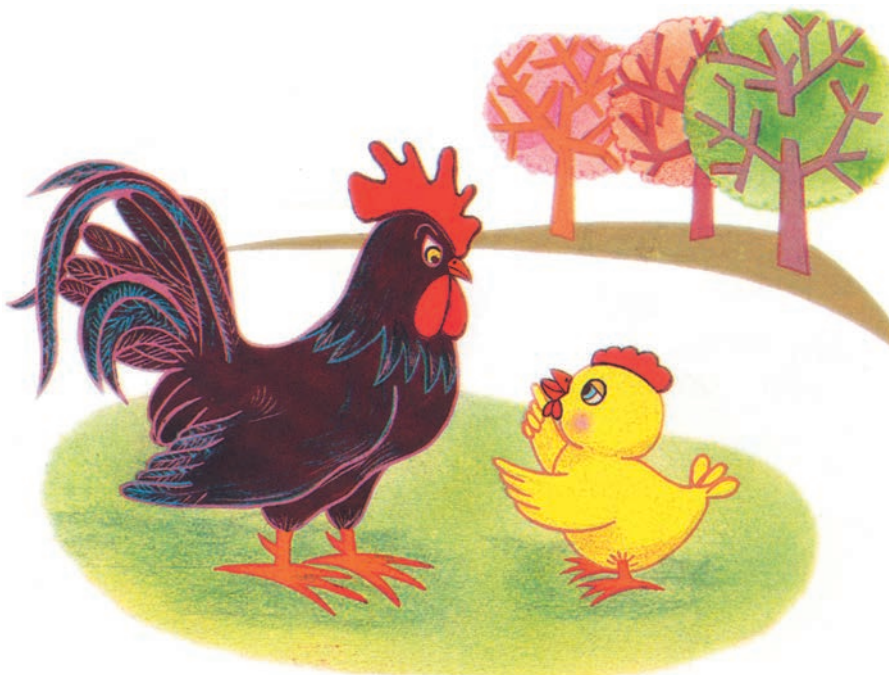
—Buen día, Gallina Fina y Pollito Pito. ¿Dónde van tan tempranito?

—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.

Vamos de prisa  
a darle la noticia.

—Pues yo voy también  
a decírselo al rey.

Y allá fueron los tres, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito, camina que te camina, hasta que se encontraron con Pato Zapato.



—Buen día, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito.  
¿Dónde van tan tempranito?

—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.

Vamos de prisa  
a darle la noticia.

—Pues yo voy también  
a decírselo al rey.

Y allá fueron los cuatro, Pato Zapato, Gallo Malayo,  
Gallina Fina y Pollito Pito, camina que te camina, hasta  
que se encontraron con Ganso Garbanzo.

—Buen día, Pato Zapato, Gallo Malayo, Gallina Fina  
y Pollito Pito. ¿Dónde van tan tempranito?

—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.

Vamos de prisa  
a darle la noticia.

—Pues yo voy también  
a decírselo al rey.





Y allá fueron los cinco, Ganso Garbanzo, Pato Zapato, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito, camina que te camina, hasta que se encontraron con Pavo Centavo.

—Buen día, Ganso Garbanzo, Pato Zapato, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito. ¿Dónde van tan tempranito?

—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.  
Vamos de prisa  
a darle la noticia.  
—Pues yo voy también  
a decírselo al rey.

Y allá fueron los seis, Pavo Centavo, Ganso Garbanzo, Pato Zapato, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito, camina que te camina, hasta que se encontraron con Zorra Cachorra.

—Buen día, Pavo Centavo, Ganso Garbanzo, Pato Zapato, Gallo Malayo, Gallina Fina y Pollito Pito. ¿Dónde van tan tempranito?



—El cielo se va a caer  
y el rey lo debe saber.  
Vamos de prisa  
a darle la noticia.

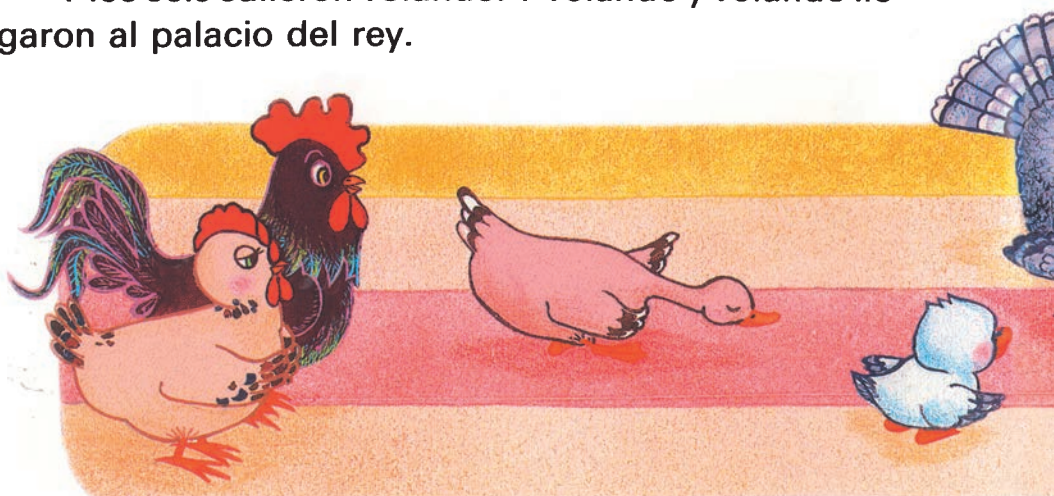
Entonces dijo la zorra relamiéndose los bigotes:

—Pues yo voy también  
a decírselo al rey;  
pero el camino es largo;  
vamos por el atajo.

Pollito Pito y sus amigos contestaron:

—Zorra Cachorra,  
no te hagas la buena;  
sabemos que el atajo  
lleva a tu cueva.  
Zorra Cachorra,  
no somos bobos;  
vamos a ver al rey;  
pero vamos solos.

Y los seis salieron volando. Y volando y volando llegaron al palacio del rey.



—Escucha, rey amado,  
el cielo se ha rajado.  
Mándalo a componer  
porque se va a caer.

El rey les dio las gracias con mucha amabilidad, y a cada uno le regaló una moneda de diez centavos, nuevecita.







### DIME, OVEJITA NEGRA

—¡Be! ¡Bee! ¡Bee!

—Dime, ovejita negra,  
¿tú tienes lana?

—Tengo tres sacos llenos  
sobre la espalda:  
uno para mi dueño,  
otro para mi dama,  
y para el niño llorón y mañoso  
no tengo nada.

Anónimo

## LOS CHIVITOS PORFIADOS

Había una vez un niño que tenía que cuidar cinco chivitos.

Muy temprano los sacaba del corral, los llevaba a pacer al cerro y, al oscurecer, volvía con ellos a la casa.

Una tarde los chivitos no quisieron irse a dormir.

El muchacho trató de hacerlos andar, pero los chivitos no se movían.

Por fin el pobre niño se sentó en una piedra y se puso a llorar.

Tenía miedo de que su padre lo castigara por demorarse tanto.

Al poco rato pasó por allí un conejo y le preguntó:

—Niño, ¿por qué lloras?

—Lloro porque los chivitos no quieren andar; y si tardo, mi padre me va a castigar.

—Pues verás cómo yo los hago marchar.

Pero los chivitos tampoco le hicieron caso, y el conejo dijo:

—Yo también me pondré a llorar.

Y se sentó al lado del niño, llora que te llora.





En esto pasó una zorra:

—¿Por qué lloras, conejo?

—Lloro porque el niño se ha puesto a llorar, porque sus chivitos no quieren andar, y si tarda, su padre lo va a castigar.

—Pues verás cómo yo los hago marchar.

Pero los chivitos porfiados siguieron paciando sin moverse y la zorra dijo:

—Yo también me pondré a llorar.

Y se sentó junto al conejo, llorando sin consuelo.

Entonces pasó un lobo:

—Zorra, ¿por qué estás llorando?

—Lloro porque llora el conejo, y el conejo llora, porque el niño se ha puesto a llorar, porque los chivitos no quieren andar, y si tarda, su padre lo va a castigar.

—Pues verás cómo yo los hago marchar. Pero los chivitos se quedaron tan tranquilos, que el lobo dijo:

—Yo también me pondré a llorar.





Y se sentó junto a la zorra, hecho un mar de lágrimas.

Poco después pasó por allí una abejita:

—¿Por qué lloras, lobo?

—Lloro porque llora la zorra, y la zorra llora porque llora el conejo, y el conejo llora, porque el niño se ha puesto a llorar, porque los chivitos no quieren andar, y si tarda, su padre lo va a castigar.

—Pues verás cómo yo los hago marchar.

Entonces todos: el niño, el conejo, la zorra y el lobo, se echaron a reír a carcajadas, diciendo:

—¡Ja, ja, ja! ¿Cómo una abeja tan chiquita va a poder más que todos nosotros?

Pero la abejita voló hasta donde estaban paciando los chivitos y se puso a zumbar:

—¡Zzz, zzz, zzz...!

A los chivitos les molestaba tanto el ruido, que dejaron de pacer.

La abejita se posó entonces en la oreja del chivito más grande y izzz!, le picó tan fuerte que salió disparado como un cohete.

Detrás de él echaron a correr los demás chivitos y no pararon hasta llegar al corral.

Tanto corrían, que el muchacho apenas pudo alcanzarlos.

Y el conejo, la zorra y el lobo se quedaron allí mirándose, con la boca abierta.



## MI PERRO

Yo tengo un perrito  
que se llama Tom,  
y aunque es chiquitito,  
es muy comilón.

Corre, salta y juega  
conmigo a la par,  
y nadie le pega  
ni le ha de pegar...

Yo tengo un perrito  
chato y gordinflón,  
y aunque no es bonito  
es muy juguetón.

Hambriento y sin ropa,  
papá lo encontró.  
¡Y toma la sopa  
lo mismo que yo!

Es desde aquel día  
mi perrito Tom  
la gran alegría  
de mi corazón.

E. V. Silveira





## LA GALLINITA RABONA

La gallinita Rabona vivía en su casita al pie de una montaña.

Al otro lado de la montaña vivía una zorra vieja y mala, que se creía muy lista.

Vivía con su madre en una cueva oscura, que las dos zorras habían cavado entre las rocas y bajo las raíces de los árboles.

Todas las mañanas al levantarse, decía la zorra:

—Esa gallinita Rabona debe de estar muy sabrosa.

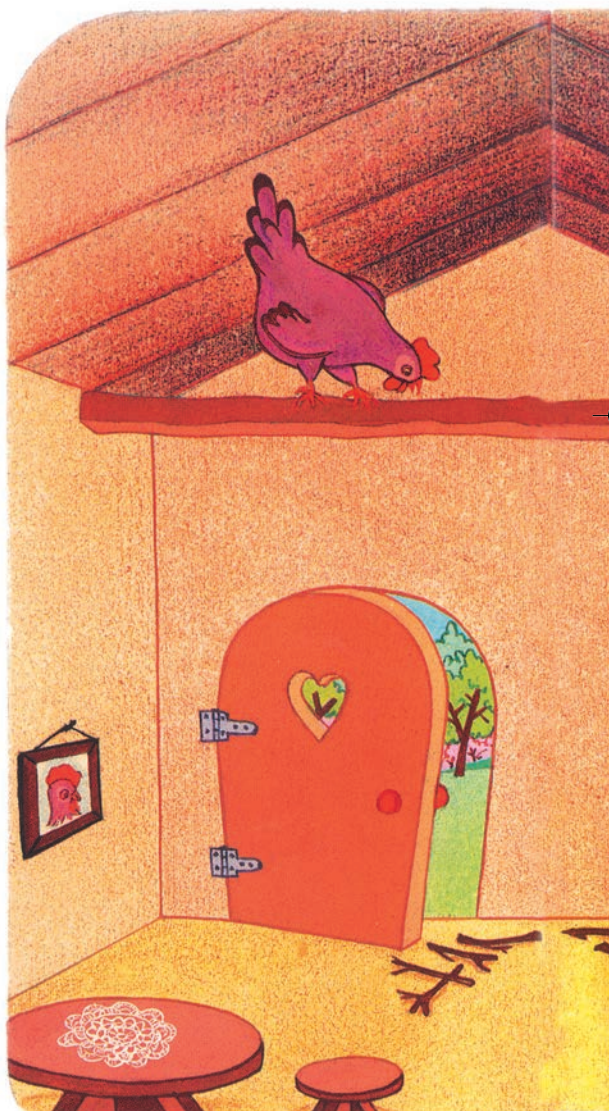
Y todo el día se lo pasaba pensando en cómo podría cazarla.

Por la noche se dormía y soñaba que se comía a la hermosa gallinita Rabona.

Una mañana se levantó muy temprano, cogió un gran saco y le dijo a su madre:

—Hoy voy a traer a la gallinita Rabona. Prepara la olla grande, que esta noche tendremos una sabrosa cena.

Andando, andando,



llegó a la casa de la gallinita Rabona, pero la gallina había ido por leña y estaba la casa sola.

Entró la zorra por la ventana y se escondió debajo de la cama, pero se le veía el hocico negro.

Se quiso esconder debajo de la mesa, pero se le veía la cola larga y pelona.

Por fin se escondió detrás de la puerta.

Cuando volvió la gallinita Rabona, abrió la puerta y se encontró con la zorra.

¡Dios mío, qué susto!

Dejó caer los palitos de leña que traía y, de un salto, se encaramó en una de las vigas del techo.

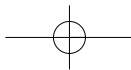
—¡Baja! —gritó la zorra.

—No, no bajaré hasta que te vayas.

—¿Que no bajas? Ahora verás.

Y la zorra empezó a dar vueltas de prisa, de prisa, como si fuese un trompo. Y la cola parecía lo mismo que un ventilador.





La zorra  
giraba y giraba.  
La cola  
zumbaba y zumbaba.

La cola, la cola  
sucía y despeinada,  
el hocico negro,  
los dientes de nácar,  
las patas bailando  
arremolinadas.

La cola, la cola,  
la cola, pelada,  
silba que te zumba,  
zumba que te baila.

¡Pobre gallinita Rabona! De ver a la zorra se mareó  
y cayó al suelo aturdida.

La zorra la metió en el saco y se fue corriendo, muy  
contenta, con su saco al hombro.

Por el camino, la gallinita Rabona lloraba de miedo  
dentro del saco, pero tuvo una idea feliz.

Buscó unas tijeritas que llevaba en el bolsillo, abrió  
con mucho cuidado un agujero en el saco y salió por  
allí. Después metió una piedra grande para que la zorra  
no se diera cuenta de que no estaba.

La gallinita volvió corriendo a su casa, y la zorra  
siguió su camino.

Cuando llegó a la cueva, mamá zorra la esperaba a  
la puerta.



—¿Está la olla preparada? —dijo la zorra.

—Sí, ya está hirviendo el agua —respondió la madre.

—Pues destápala, que allá voy.

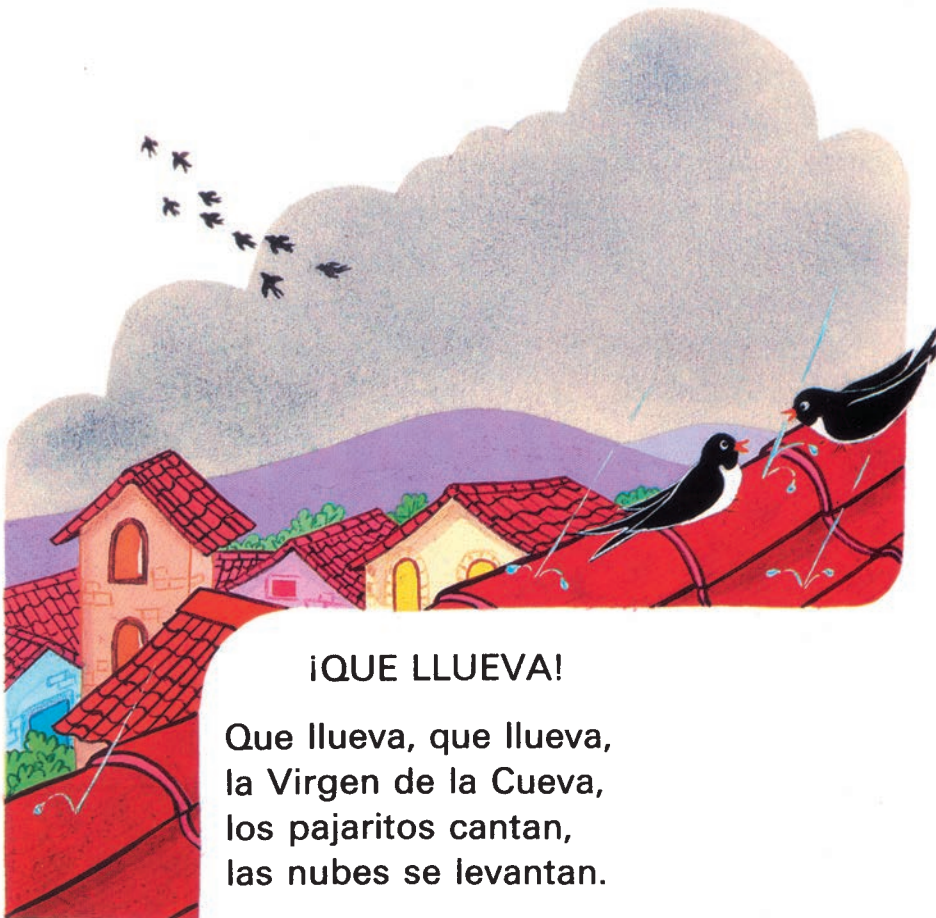
Se acercó a la olla, desató el saco y dejó caer la piedra. ¡Pum!...

¡Qué susto! Saltó el agua hirviendo y les cayó encima a mamá zorra y a la hija.

Y las dos tuvieron que estar en cama muchos días para curar las quemaduras, y se les cayó el pelo, que daba lástima.

Desde entonces ya no pensó más la zorra en cazar a la gallina Rabona.





### ¡QUE LLUEVA!

Que llueva, que llueva,  
la Virgen de la Cueva,  
los pajaritos cantan,  
las nubes se levantan.

¡Que sí, que no!  
¡Que llueva a chaparrón!

Anónimo

## NANA

La señora Luna  
le pidió al naranjo  
un vestido verde  
y un velillo blanco.

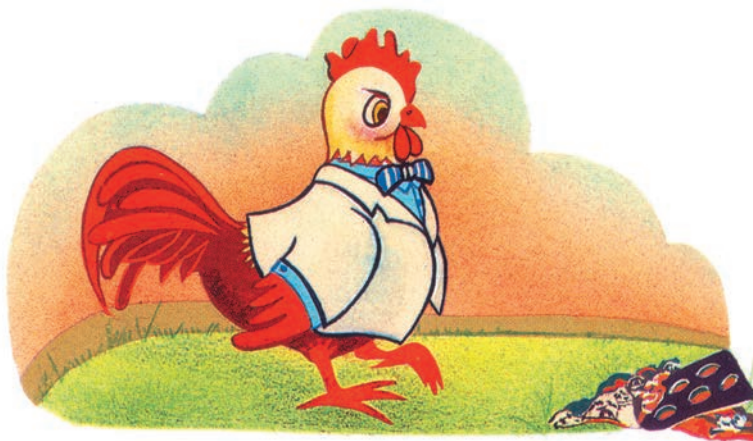
La señora Luna  
se quiere casar  
con un pajarito  
de plata y coral.

Duérmete, Natacha,  
e irás a la boda  
peinada de moño  
y en traje de cola.

Juana de Ibarbourou







## EL GALLO DE BODA

Pues señor: este era un Gallo que iba muy limpio y elegante a la boda de su tío Perico.

Por el camino se encontró un montón de basura y se apartó para no ensuciarse.

Pero en medio del basurero vio un grano de maíz.

El Gallo se detuvo y pensó:

—Si no pico  
pierdo el granico,  
y si pico,  
me mancho el pico  
y no podré ir  
a la boda de mi tío Perico.

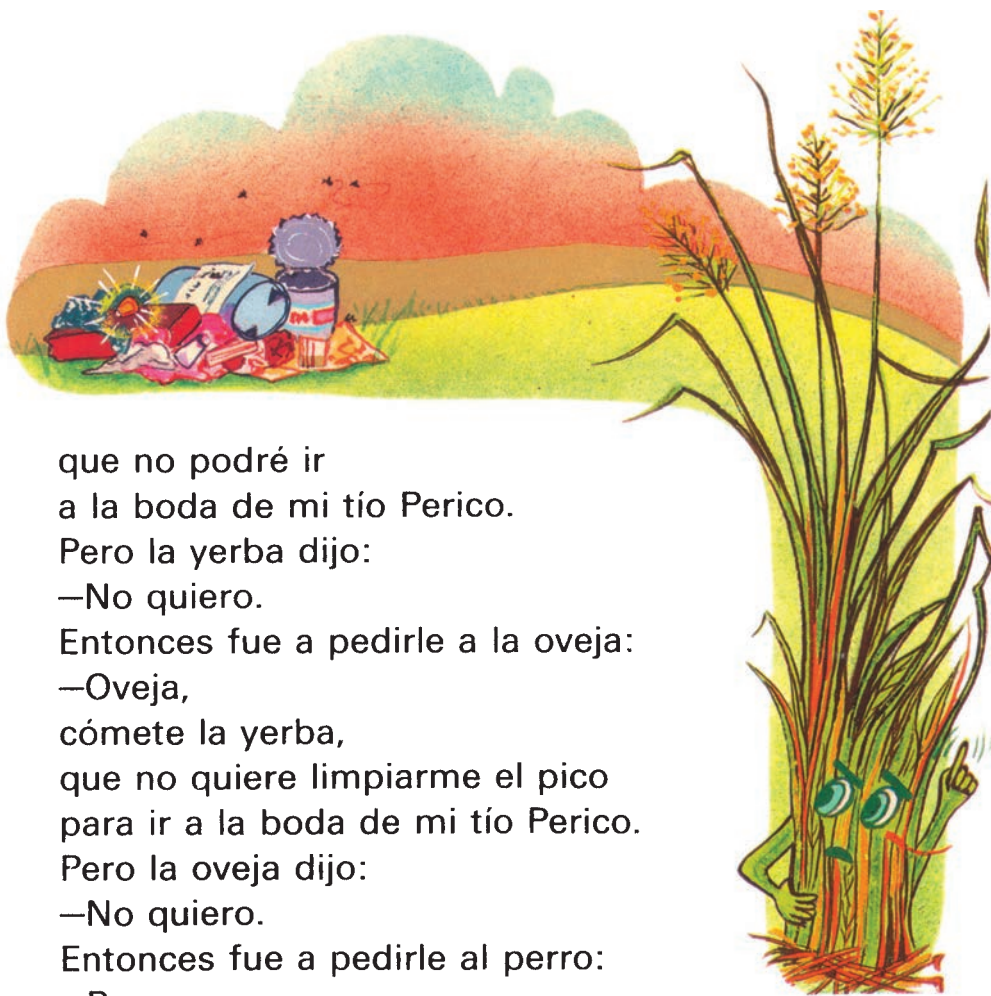
¿Qué hago?

¿Pico o no pico?

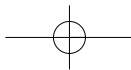
Al fin picó,  
y se ensució el pico.

Entonces fue a pedirle a la yerba:

—Yerba,  
límpiame el pico,



que no podré ir  
a la boda de mi tío Perico.  
Pero la yerba dijo:  
—No quiero.  
Entonces fue a pedirle a la oveja:  
—Oveja,  
cómete la yerba,  
que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.  
Pero la oveja dijo:  
—No quiero.  
Entonces fue a pedirle al perro:  
—Perro,  
muerde a la oveja,  
que no quiere comerse la yerba,  
que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.  
Pero el perro dijo:  
—No quiero.  
Entonces fue a pedirle al palo:  
—Palo,  
pégale al perro,



que no quiere morder a la oveja,  
que no quiere comerse la yerba,  
que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el palo dijo:

—No quiero.

Entonces fue a pedirle al fuego:

—Fuego,

quema el palo,

que no quiere pegarle al perro,  
que no quiere morder a la oveja,  
que no quiere comerse la yerba,  
que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el fuego dijo:

—No quiero.

Entonces fue a pedirle al agua:

—Agua,

apaga el fuego,

que no quiere quemar el palo,  
que no quiere pegarle al perro,  
que no quiere morder a la oveja,  
que no quiere comerse la yerba,  
que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el agua dijo:

—No quiero.

Entonces el Gallo miró a su amigo el Sol:

—Sol,

seca el agua,

que no quiere apagar el fuego,



que no quiere quemar el palo,  
que no quiere pegarle al perro,  
que no quiere morder a la oveja,  
que no quiere comerse la yerba,



que no quiere limpiarme el pico  
para ir a la boda de mi tío Perico.

Y el Sol dijo:

—Ahora mismo.

Entonces el agua dijo:

—No, perdón, que yo apagaré el fuego.

Y el fuego dijo:

—No, perdón, que yo quemaré el palo.

Y el palo dijo:

—No, perdón, que yo le pegaré al perro.

Y el perro dijo:

—No, perdón, que yo morderé a la oveja.

Y la oveja dijo:

—No, perdón, que yo me comeré la yerba.

Y la yerba dijo:

—No, perdón, que yo te limpiaré el pico.

Y se lo limpió.

Entonces el Gallo dio las gracias a su amigo el Sol con un largo quiquiriquí.

Y echó a correr para llegar a tiempo a la boda, y alcanzar algo de los dulces y el vino de la fiesta.

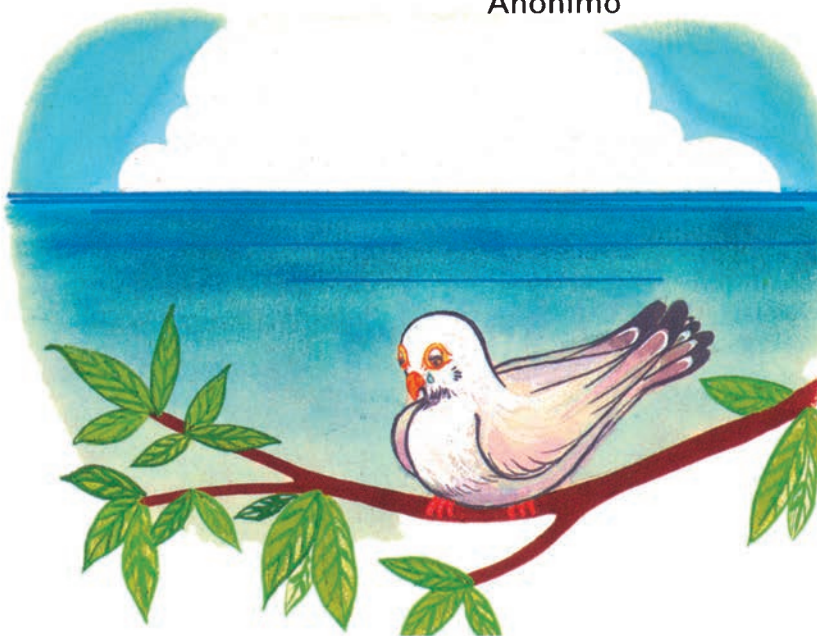




## PALOMITA EN LA PLAYA

A la orilla del mar  
canta una paloma;  
dulcemente canta,  
tristemente llora,  
dulcemente canta  
la blanca paloma;  
se van los pichones  
y la dejan sola.

Anónimo





## CÓMO ES QUE RATÓN PÉREZ RESUCITA Y DEJA DE LLORAR CUCARACHITA

La pobre cucarachita Martina estaba tan triste, que se sentó a llorar a la puerta de su casa.

En eso pasó un pajarito y le dijo:

—Cucarachita Martina, ¿por qué lloras?

La cucarachita contestó suspirando:

—Porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla.

—Pues yo, como pajarito,  
me cortaré el piquito.



Marchó el pajarito y, al verlo, una paloma le preguntó:

—Pajarito, ¿por qué te cortaste el piquito?

—Porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla,  
y la cucarachita  
suspira y llora.

—Pues yo, como paloma,  
me cortaré la cola.



La paloma fue a beber a una fuente y ésta le preguntó:

—Paloma, ¿por qué te cortaste la cola?

—Porque el pajarito  
se cortó el piquito;  
porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla,  
por la golosina  
de la cebolla  
y la cucarachita  
suspira y llora.

—Pues yo, como fuente,  
secaré mi corriente.



Mariquita, la criada del rey, fue por agua a la fuente  
y, al ver que estaba seca, le preguntó:

—Fuente, ¿por qué has secado tu corriente?

—Porque la paloma  
se cortó la cola;  
porque el pajarito  
se cortó el piquito;  
porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla,  
y la cucarachita  
suspira y llora.

—Pues yo, como Mariquita,  
voy a romper mi jarrita.

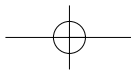


Cuando volvió al palacio, le preguntó la reina:  
—¿Por qué rompiste la jarra, Mariquita?

—Porque la fuente  
secó la corriente;  
porque la paloma  
se cortó la cola;  
porque el pajarito  
se cortó el piquito;  
porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla,  
y la cucarachita  
suspira y llora.

—Pues yo, como soy reina,  
me quitaré esta toca  
y me pondré otra negra.





Entonces el rey le preguntó a la reina:  
—¿Por qué te has puesto una toca negra?

—Porque Mariquita  
rompió la jarrita;  
porque la fuente  
secó la corriente;  
porque la paloma  
se cortó la cola;  
porque el pajarito  
se cortó el piquito;  
porque el ratón Pérez  
se cayó en la olla  
por la golosina  
de la cebolla  
y la cucarachita  
suspira y llora.

—Pues yo, como soy rey,  
me quito la corona  
y echaré a correr.

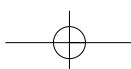
Corriendo y volando llegó el rey a casa del médico  
de palacio y le dijo:

—Doctor, hay que salvar al ratoncito Pérez.

El médico cogió su maletín y en un minuto llegó a  
casa de la cucarachita Martina.

Detrás de él iban el rey y la reina, Mariquita, la  
paloma y el pajarito.

Entre todos sacaron al ratón Pérez de la olla, lo  
acostaron y le dieron un cocimiento de espinacas y  
unas píldoras de vitaminas que recetó el doctor.



Al poco rato el ratoncito Pérez abrió los ojos, estornudó y se sentó en la cama.

Cuando la cucarachita Martina vio que su ratoncito estaba sano y salvo, corrió a la cocina y se puso a hacer engrudo para pegar el piquito del pajarito, la cola de la paloma y la jarra de Mariquita.

La reina, muy contenta, fue a cambiarse la toca negra por una colorada.

El rey recogió su corona y se la colocó muy derecha en la cabeza.

Y la fuente empezó a echar agua y a cantar:

Este cuento entró por un callejón dorado y salió por otro plateado.

Pero el tuyo, mi niño, no está empezado.





## LOS NÚMEROS

### 1

El “uno” es un lunarcito  
que adorna el blanco papel.  
El “uno” es como la luna,  
una sola nada más...  
sola, solita en la noche.  
¡Qué miedo debe tener!



### 2

¿El “dos”? Ya lo conozco:  
mis dos ojitos son.

Dos son mis piecitos  
y mis orejitas, dos.  
Dos son mis piecitos  
para salir al campo,  
para salir al campo  
a saltar y a correr.

### 3

Es una familia el “tres”.  
¿Tú la quieres conocer?  
Es muy corta, ahora verás,  
son: papá, mamá y nené.

### 4

Las dos palomas en su casita y  
dos pichoncitos a quien cuidar.  
Cuéntalos: “uno”, “dos”, “tres”, “cuatro”  
¿Ya lo aprendiste? Qué fácil es...

Emilio Ballagas



## MEDIOPOLLITO

(El cuento del gallito de las veletas)

La gallinita blanca se puso a incubar doce hermosos huevos.

Al cabo de veintiún días comenzaron a salir, uno, dos, tres, cuatro, hasta once pollitos amarillos y redondos como motas de darse polvos de olor.

Al romperse el último huevo, salió un pollito muy raro.

No tenía más que un ojo, un ala y una pata.

Sus hermanos le pusieron Mediopollito.

Como todo el mundo le tenía mucha lástima, Mediopollito hacía siempre lo que quería.

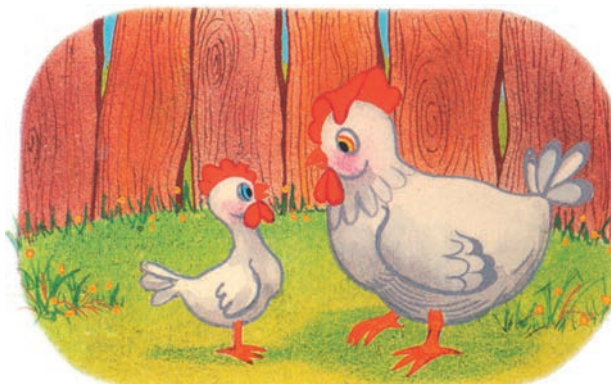
Un día Mediopollito dijo a su madre:

—Mamá, me voy a la Corte a ver al Rey. No quiero estar más tiempo en este corral.

Y, tip, tap, tip, tap, salió cojeando a través del campo.

Por el camino encontró un arroyo. El agua le dijo:

—Mediopollito, mira: no puedo pasar, porque he tropezado con este montón de hojas secas. Si no me ayudas a quitarlas con el pico, me pudriré aquí encharcada.





Mediopollito contestó:

—No tengo tiempo que perder,  
voy a la Corte a ver al Rey.

Y siguió, tip, tap, tip, tap, dando saltos con su única patita.

Al día siguiente encontró una lumbre que se apagaba bajo la leña verde. La lumbre dijo:

—Mediopollito, me estoy ahogando. Por favor, hazme un poco de aire con tu ala.

Mediopollito contestó:

—No tengo tiempo que perder;  
voy a la Corte a ver al Rey.

Y tip, tap, tip, tap, siguió su camino.

Poco antes de llegar a la Corte pasó junto a unas matas en las que se había enredado el viento y no podía pasar. El viento le dijo:

—Mediopollito, estoy aquí enredado. Si quieres apartar estas matas, yo podré seguir mi camino.

Mediopollito contestó.

—No tengo tiempo que perder;  
voy a la Corte a ver al Rey.

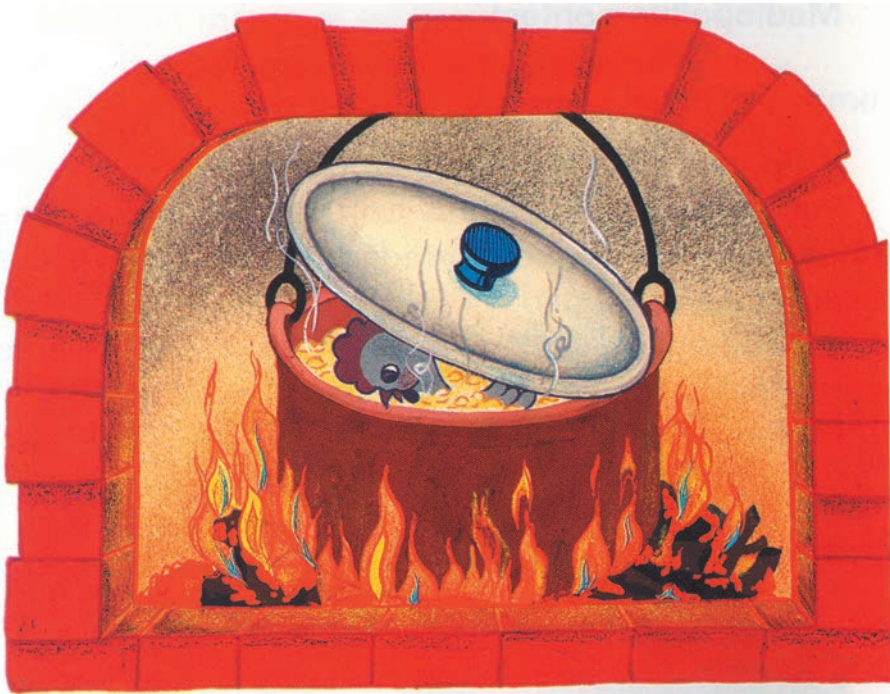
Y, tip, tap, tip, tap, siguió cojeando más aprisa aún.



Al fin llegó a la Corte y marchó al palacio del Rey. Pasó, sin pedir permiso, por delante de los centinelas y entró en el gran patio. Pero al cruzar bajo las ventanas de la cocina, el cocinero le cogió por la pata diciendo:

—Precisamente me hacía falta un pollito para la comida del Rey.

Y lo metió de cabeza en una olla de agua que se calentaba en el fuego.



Mediopollito sintió que se ahogaba y empezó a gritar:

—¡Agua, amiga mía, no subas, no subas, quédate en el fondo, que me vas a ahogar!

—Tú no me ayudaste a mí cuando yo te lo pedí.

El fuego era cada vez más fuerte, y el agua comenzaba a hervir.

Mediopollito gritó:

—¡Apágate un poquito, amigo fuego, que me quemo!

Pero el fuego respondió:

—Tú no me ayudaste a mí  
cuando yo te lo pedí.

En aquel momento levantó el cocinero la tapa de la olla, miró adentro y dijo:



—Este pollo está casi quemado, ya no sirve para nada.

Y cogiéndolo de la pata, lo tiró por la ventana.

Antes de que cayera al suelo, lo recogió el viento y lo remontó dando vueltas por encima de los árboles.

Mediopollito pudo gritar:

—¡Viento, amigo viento, no soples tan fuerte!



¡Déjame bajar despacio, que si no, me voy a estrellar!

Pero el viento respondió:

—Tú no me ayudaste a mí  
cuando yo te lo pedí.

El viento sopló con toda su fuerza y envió a Medio-pollito hasta lo alto del campanario, donde se quedó enganchado.

Y ese es el gallito que se ve clavado en las veletas, con una pata, un ala y un ojo con el que mira a todos lados para saber de dónde viene el viento.



## ADIVINA, ADIVINADOR...

Una arquita muy chiquita,  
blanquita como la cal;  
todos la saben abrir,  
nadie la sabe cerrar.

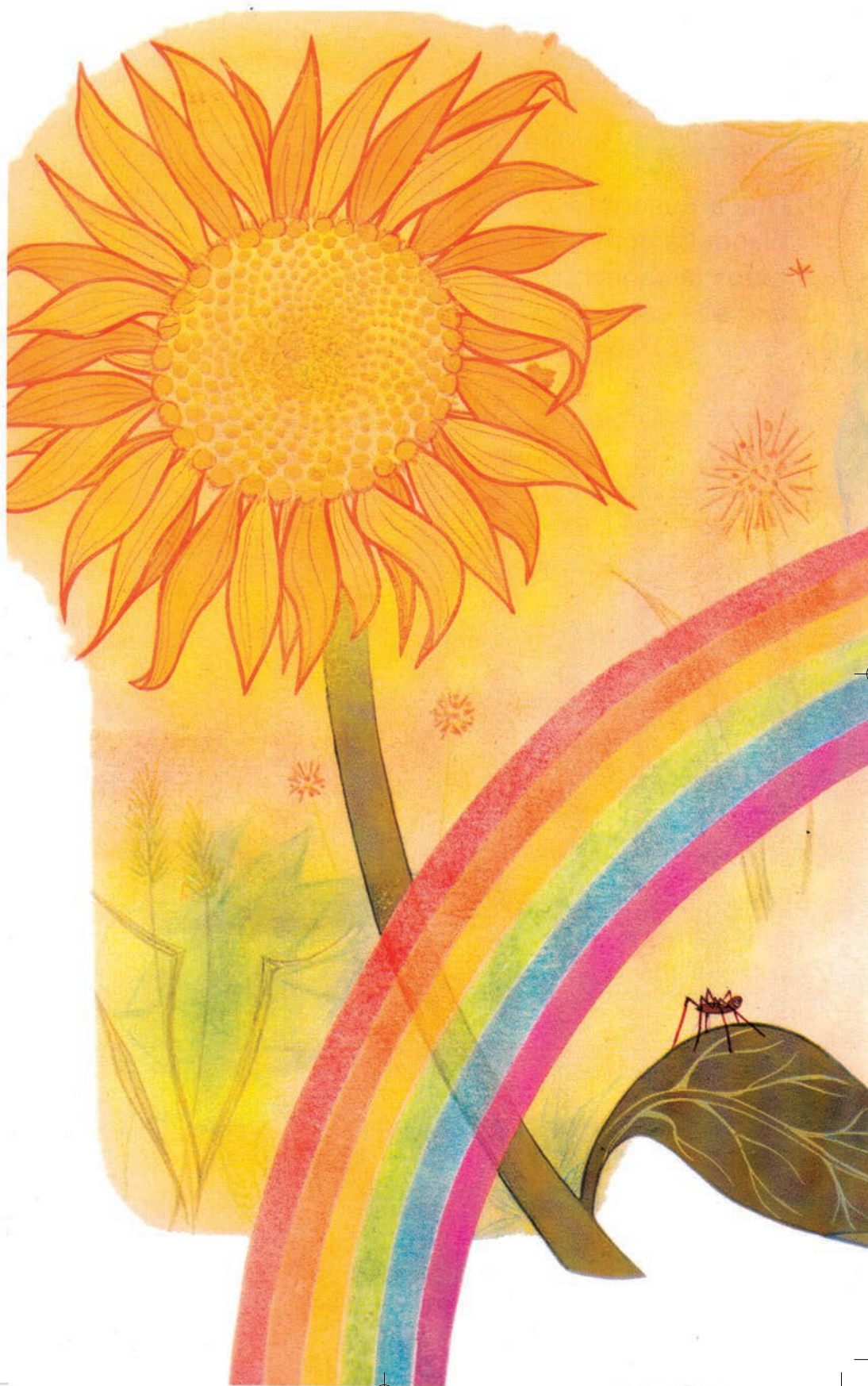


Canastica de avellanas:  
por el día se recogen,  
de noche se desparraman

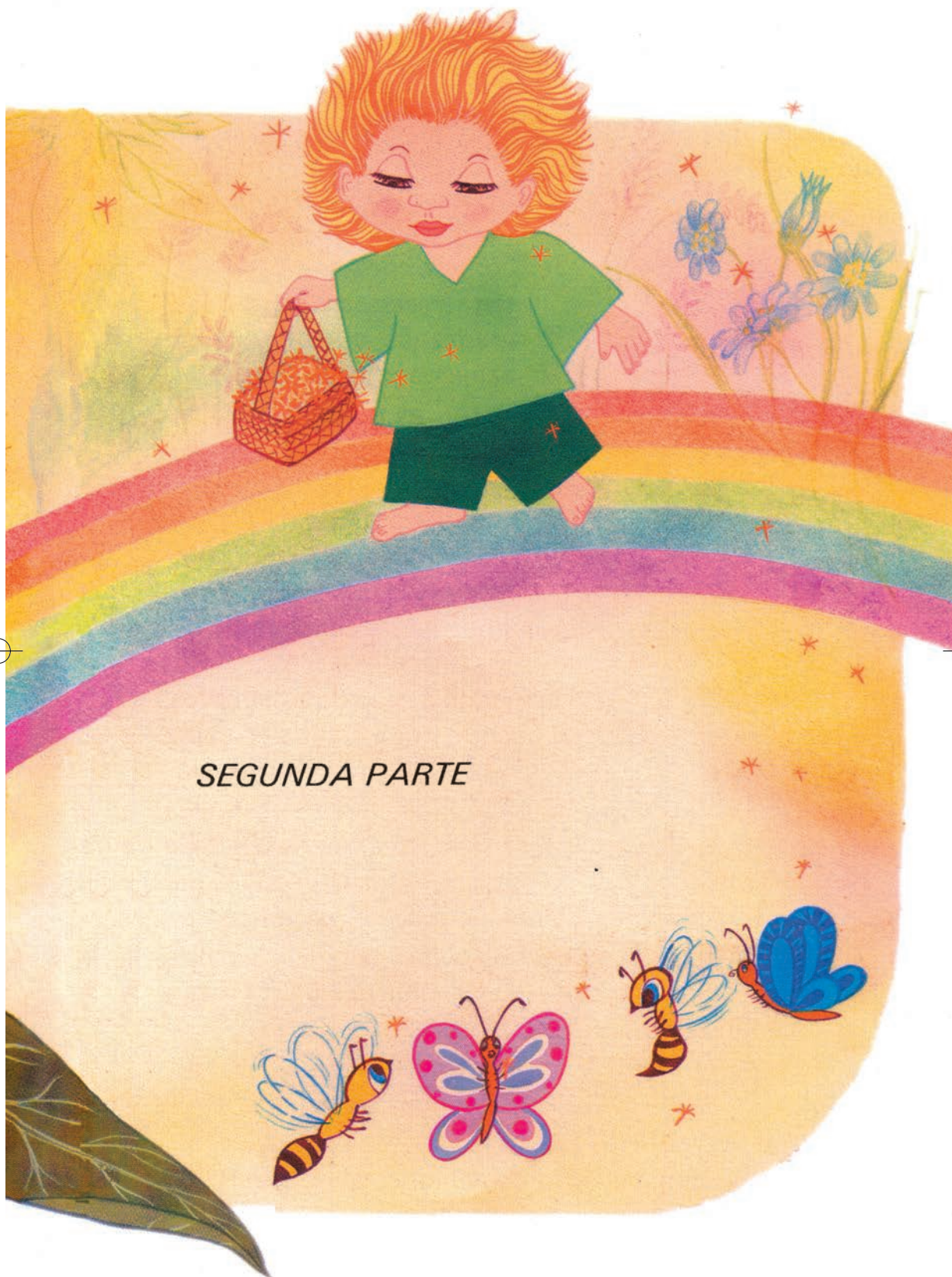
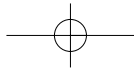


Blanca como la leche,  
negra como la pez;  
habla sin tener lengua;  
anda sin tener pies.

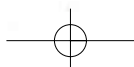








SEGUNDA PARTE





## CAPERUCITA ROJA

Esta era una niña que tenía el pelo tan rubio como el oro, los cachetes tan rosados como las manzanas y los ojos tan azules como el cielo.

En el pueblo nadie la llamaba por su nombre. Todos le decían Caperucita Roja, porque en invierno y en verano, de noche y de día, con viento

y con lluvia, siempre llevaba puesta su capucha colorada.

Una tarde su mamá la mandó a casa de su abuelita, que vivía al otro lado del bosque y que estaba en cama con catarro.

—Caperucita, corazón, llévale a tu abuelita esta ollita de caldo de pollo para que se ponga fuerte y esta botella de miel para que haga gárgaras. Pero no te detengas por el bosque. Acuérdate que el lobo sale al oscurecer.

La niña puso en su cesta la ollita y la botella, se hizo un lazo debajo de la barba con la cinta de su caperuza y salió andando.

Por el camino se encontró con un leñador que estaba probando el filo de su hacha. El buen hombre le dijo muy preocupado:

—Caperucita, cuidado con el lobo. Mira que lo han visto esta mañana por aquí... Y no cruces el bosque por



la parte espesa. Ve siempre por el trillo, que es lo más seguro, porque el lobo no se atreve a salir por donde pasa mucha gente.

Al poco rato de caminar por el trillo, Caperucita estaba cansada.

—¡Qué largo es este trillo con todas sus vueltas! —pensó la niña—. Mejor iré por el centro del bosque. Llegaré más pronto.

Y sin miedo ninguno atravesó aquella parte donde los troncos estaban tan juntos y las ramas tan bajas que apenas se veía alrededor.





No había caminado mucho cuando vio salir al lobo de detrás de unas matas.

—Buenas tardes, Caperucita. ¿Dónde vas tan apurada? —le dijo el lobo con mucha amabilidad.

A Caperucita le gustó que el lobo fuera tan bien educado y no quiso hacerle ningún desprecio.

—Muy buenas, lobo —le contestó—. Voy a casa de mi abuelita, a llevarle caldo de pollo y miel, porque está enferma.

—¡Oh, qué pena! —dijo el lobo relamiéndose de gusto—. ¿Dónde vive tu abuelita? ¿Queda muy lejos?

—No, ya falta poco. Es una casita azul y blanca que tiene delante tres pinos. Tú debes conocerla.

—Ah, ¡ya sé cuál es! Pero, oye, Caperucita: si tu abuela está en cama ¿quién te abrirá la puerta?

—Es muy fácil. Yo digo: “Abuelita, abre; es Caperucita que te trae miel y caldo de pollo.” Entonces ella, desde su cama, hala el cordel que levanta el pestillo y yo empujo la puerta.



El lobo se puso a hablar bajito:

—Entro en la casa, me como a la abuela, luego a la nieta y de postre me tomo el caldo y la miel.

—¿Qué dices? —preguntó Caperucita, que no entendió nada de lo que el lobo murmuraba.

—Digo que están preciosas aquellas florecitas amarillas y rojas... ¿Por qué no le llevas unas cuantas a tu abuelita? Los enfermos se alegran cuando ven flores.

—Es verdad, lobo. Eres más bueno de lo que yo creía —dijo la niña.

Y se puso a hacer un lindo ramillete, mientras que el lobo, corre que te corre, llegaba a casa de la abuela, llamaba imitando la voz de Caperucita, entraba en el cuarto, se tragaba a la anciana, se ponía su ropa y se metía debajo de la colcha.



Poco después llegaba Caperucita, que se sorprendió mucho al ver la puerta abierta y a la abuelita tan tapada.

—Buenas tardes, abuelita, ¿tienes mucho frío?

El lobo no contestó, pero sacó un poco la cabeza.

—Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—Para poder oírte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—Para poder mirarte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué manos tan grandes tienes!

—Para poder agarrarte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué boca tan grande tienes!

—Para poder comerte mejor.



Y el lobo saltó de la cama y se tragó a Caperucita. Después se tomó el caldo, se comió la miel y se metió de nuevo en la cama.

Al minuto ya estaba durmiendo y roncando tanto que parecía un serrucho cortando madera.

En esto pasó el leñador por allí.

—¿Cómo puede roncar así esa señora? Voy a ver si le pasa algo.



El leñador entró, y al encontrar al lobo dormido, exclamó furioso:

—¡Al fin te encuentro, bandido! ¡Hace tiempo que estaba buscándote!

Lo mató de un hachazo en la cabeza y ya lo iba a botar a la basura, cuando pensó que podía haberse comido a la abuelita y le abrió la barrigona con mucho cuidado.

De un salto salió Caperucita.

—¡Huy, qué miedo! ¡Por poco me ahogo en la panza del lobo!

Enseguida sacaron a la abuela, que apenas podía respirar, pero le echaron aire y se puso tan bien, que hasta el catarro se le curó.

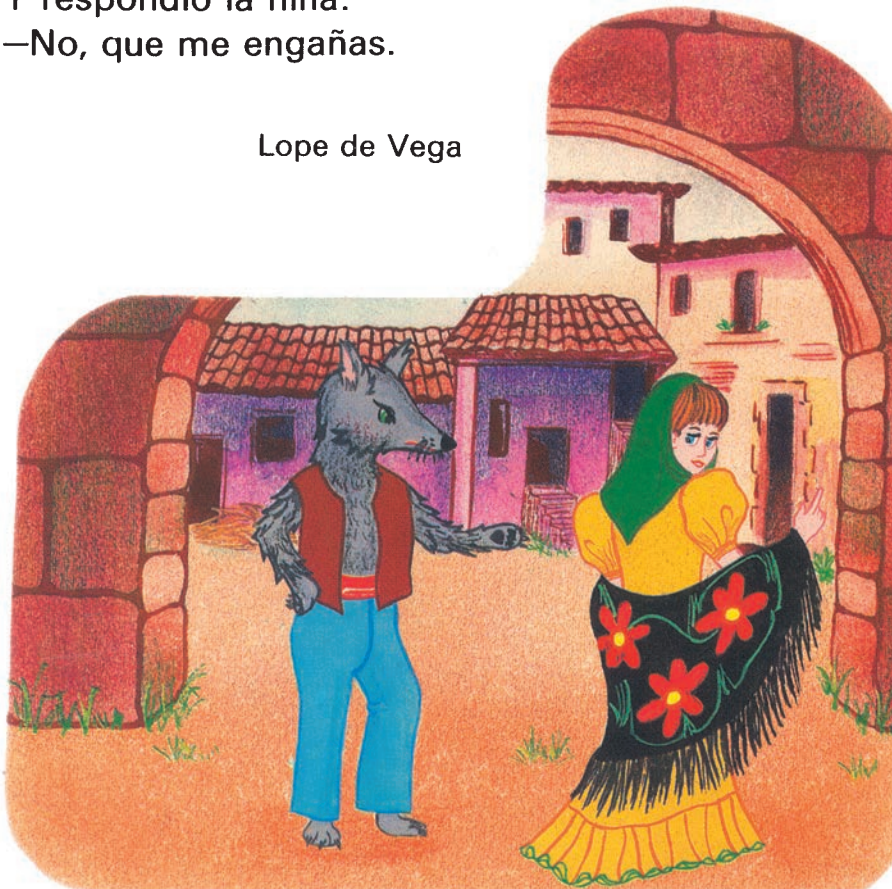


## LA NENA ASTUTA

Un lobito muy zorro,  
junto a un cortijo  
se ha encontrado una niña  
y así le dijo:

—Mi niña,  
vente conmigo a mi viña  
y te daré uvas y castañas.  
Y respondió la niña:  
—No, que me engañas.

Lope de Vega





## LOS SIETE CHIVITOS

Había una vez una cabra viuda que tenía siete chivitos rubios, y todos juntos vivían en el bosque, en una casita de barro, con las tejas coloradas.

Como en el bosque había muchos animales feroces, la madre nunca dejaba solos a sus hijitos más que cuando iba al pueblo a vender leche y a comprar caramelos.

Los chivitos estaban muy bien educados y obedecían en todo a su mamá.

Un día la madre les dijo:

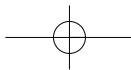
—Hijitos, voy al mercado. No abran la puerta a nadie, porque el lobo anda por ahí y si alguien toca, puede ser él.

—Y ¿cómo sabremos que es el lobo quien llama a la puerta?

—Porque el lobo tiene la voz ronca y las patas negras.

—¡Ay, mamá, no abriremos la puerta hasta que vengas!





Y cuando la cabra salió de la casa echaron el pestillo y el candado y los siete chivitos se pusieron a estudiar las lecciones para el día siguiente.

El lobo, que estaba escondido detrás de unos árboles, vio pasar a la cabra que se iba al pueblo y pensó:

—¡Ahora me comeré a los siete chivitos, que están gordos y tiernecitos!

Y en tres saltos llegó a la casita de las tejas coloradas.

—iTun, tun, tun!

—¿Quién es?

—Abran, hijitos. Es mamá, que les trae regalitos.

—No, no eres nuestra madre —dijeron los chivitos—. Ella tiene la voz clarita y tú la tienes ronca.

Entonces el lobo se fue a una granja, entró en el ponedero y se sorbió una docena de huevos que le aclararon la voz. Luego hizo gárgaras de agua tibia y volvió a casa de los chivitos.

—iTun, tun, tun!

—¿Quién es?

—Abran, hijitos. Es mamá, que les trae regalitos.

—No, no eres nuestra madre —dijeron los chivitos viendo sus patas por la rendija de la puerta—. Ella tiene las patas blancas y tú las tienes negras.

El lobo salió echando chispas de rabioso que estaba, pero tuvo una idea. Fue a un molino y le dijo al molinero:

—Molinero, úntame harina en las patas, que me las he pinchado con las matas.

Y el molinero se las envolvió en harina hasta que estuvieron completamente blancas. Entonces volvió a la casita del bosque.

—¡Tun, tun, tun!  
—¿Quién es?  
—Abran, hijitos. Es mamá, que les trae regalitos.

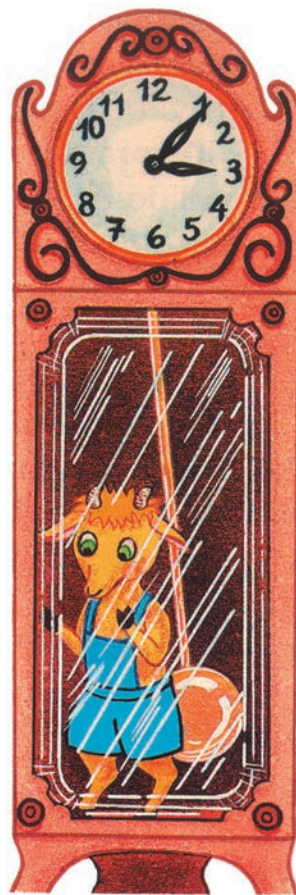
El lobo metió la pata, y al ver que era blanca, los chivitos abrieron el candado, corrieron el cerrojo y entró... ¡el lobo!

¡Ay, qué susto tan grande! Los chivitos corrieron a esconderse y uno se metió en el armario, otro debajo de la cama, otro en el cesto de la ropa sucia, otro en el aparador, otro debajo de la mesa, otro en el horno y otro en la caja del reloj.

Pero el lobo, con la boca abierta, la lengua fuera y los colmillos afilados, los fue sacando uno por uno y se los tragó a todos menos al que estaba escondido en el reloj, porque no se le ocurrió ir a buscar allí.

Luego, cansado de tanto correr y de tanto comer, salió dando traspiés, con la barriga llena y se marchó a dormir debajo de un árbol, tan tranquilamente como si no se hubiera comido un chivito en su vida.

Entre tanto, la cabra volvía del mercado y se encontraba la puerta abierta, la mesa caída, el armario revuelto, el horno echando humo, el cesto de la ropa sucia boca abajo, la cama destendida y el aparador roto. Y ni un chivito por ninguna parte.



—¡Ay, mis hijos! —gritaba la cabra—. ¡Ay, mis hijitos de mi alma, que se los ha comido el lobo! ¡Ay, mis chivitos! ¡Ay, que me los ha comido todos!

—¡A mí no! ¡A mí no! —dijo el chivito que estaba escondido en la caja del reloj.

La cabra le ayudó a salir y el chivito contó todo lo que había pasado.

—¡Vamos a buscar al lobo! —dijo la cabra desesperada.

Cogió su costurero, miró si estaban dentro las tijeras, la aguja, el carretel de hilo y el dedal, tomó a su único chivito de la mano y salieron al bosque.

¡Qué tristes estaban! Había muchos árboles cargados de frutas; los pájaros cantaban; pero la cabra y el chivito iban llorando de pena.

Caminaban, caminaban, cuando oyeron unos roncidos terribles, que hacían temblar las hojas de las plantas. Era el lobo que dormía al pie de un árbol y la barriga le subía y le bajaba como si los chivitos que tenía dentro quisieran escapar.

Entonces la cabra, andando de puntillas, se acercó al lobo y le hizo un ojal en la barriga con las tijeras. Por allí apareció la





cabeza de un chivito y saltó fuera, y luego otro chivito, y otro, hasta que estuvieron los seis y se pusieron a brincar alrededor de la mamá.

—No brinquen, hijitos, no vaya a despertarse el lobo... Lo que tienen que hacer es traer cada uno una piedra bien grande... ¡Ssss, calladitos y pronto!

Todos los chivitos trajeron su piedra y, la cabra, con aguja, hilo, dedal y mucho cuidado, cosió la piel de la barriga al lobo, después de haberle puesto dentro las piedras.

Entonces volvieron a su casa, aseguraron bien la puerta con candadó, cerrojo y trancas, pusieron todo en orden y la mamá le dio a cada uno un paquete de caramelos.

Mientras, el lobo seguía durmiendo, hasta que al dar una vuelta, todas las piedras rodaron para ese lado y el lobo se despertó.

—¡Huy, estos chivitos tiernos me pesan una tonelada! Y tengo una sed terrible. Me deben haber hecho daño.

Dando tumbos, porque no podía con el peso de su barriga, bajó al río a beber, pero al inclinarse, las piedras rodaron hacia delante y ¡pum! se cayó al río.

El agua se lo llevó.



## UNA NIÑA

Conozco una niña  
sumamente bella.  
Tiene ojos azules,  
melenita crespa,  
purísimos labios,  
manitas de seda;  
pero dice "haiga",  
y "enconde" y "agüela"...

¡Pobrecita niña!  
¡Tan linda y tan fea!

Gervasio Melgar



## ¡AGUA, SAN MARCOS!

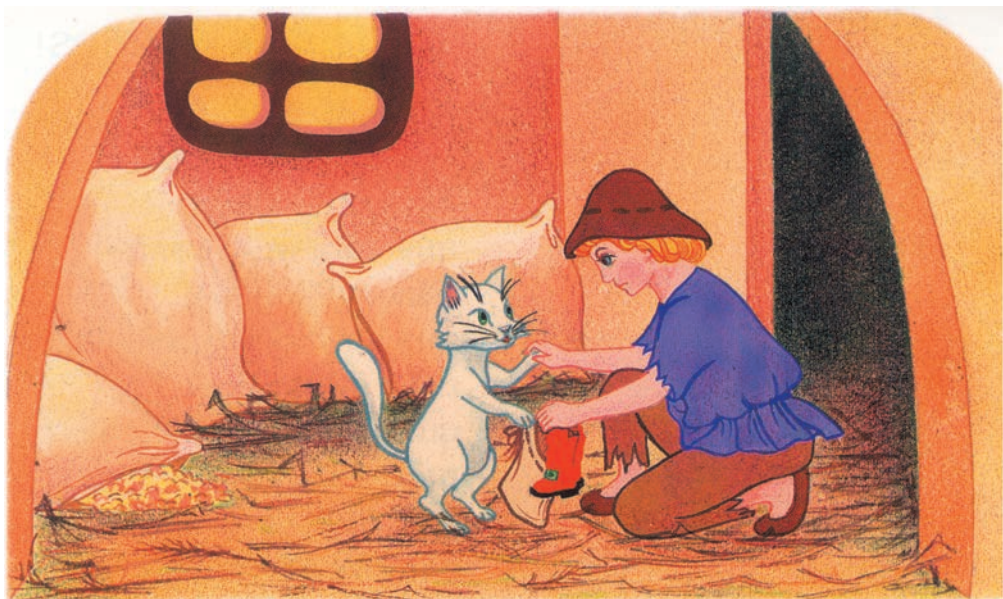
Agua, San Marcos,  
rey de los charcos,  
para mi triguito,  
que está muy bonito;  
para mi cebada,  
que está muy granada;  
para mi melón,  
que ya tiene flor;  
para mi sandía,  
que ya está florida;  
para mi aceituna,  
que ya tiene una.

La ovejita y el pastor,  
lloviendo y con sol.

Anónimo







## EL GATO CON BOTAS

Hace mucho tiempo vivía un molinero que tenía tres hijos.

Al morir le dejó al mayor el molino, al segundo el asno y al más pequeño el gato.

El pequeño quedó muy descontento con lo que le había tocado, pero el gatico le dijo:

—Cómprame un par de botas y un saco y verás cómo valgo más que un molino y que un burro.

Curioso el muchacho por saber lo que haría el gato con esas cosas, gastó todo el dinero que tenía en comprárselas.

En seguida se fue el gato a un campo donde había una conejera, abrió el saco, puso dentro unas zanahorias y se acostó al lado, haciéndose el muerto.

Muy pronto llegó un conejo y entró en el saco para comerse las zanahorias.

El gato se levantó de un salto, haló un cordel que tenía preparado y cerró el saco. Después cogió el conejo y lo mató.

Fue el gatito al palacio del rey y puso el conejo en el suelo, delante del trono.

—Señor, mi amo, el Marqués de Caravaca, manda este conejo. Guisado con cebollitas estará muy sabroso —dijo haciendo una reverencia.

—¿Un conejo? —exclamó el rey—. ¡Lo que más me gusta! Pero mi cocinero nunca puede coger ninguno. Dile a tu amo que le agradezco mucho su regalo.



Al día siguiente cazó el gatito otro conejo y dos perdices gordísimas y se las llevó al rey. El rey se puso tan contento, que llamó a la princesa y mandó preparar la carroza para ir a conocer al marqués.

El gato salió corriendo para casa de su amo y le dijo:

—Si vienes conmigo te enseñaré un lugar estupendo para nadar.

El muchacho, muy embullado, siguió al gatito hasta un río que quedaba muy cerca de la carretera. Cuando ya estaba en el agua, el gato le escondió las ropas viejas y pobres y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Le han llevado toda la ropa al Marqués de Caravaca!

En ese mismo momento cruzaba por allí la carroza real.

—¿Qué pasa? —preguntó el rey al oír el alboroto.

—Señor —contestó el gato—, ¡la chaqueta de terciopelo, los pantalones de seda, la camisa de holán, la corbata de encaje, toda la ropa de mi amo ha desaparecido!

El rey mandó a un criado que fuera corriendo al palacio a buscar la mejor ropa que hubiera, y el criado volvió con un riquísimo traje que había sido del propio rey cuando era joven.

El muchacho se vistió y lucía tan bien que la princesa se enamoró de él, pero estaba tan abochornado por la ocurrencia de su gato, que el rey creyó que estaba nervioso y le dijo al oído a la princesa:

—Así me ponía yo cuando era joven y me gustaba una muchacha.



El gato, en cambio, estaba muy contento por lo bien que le había salido todo. Y sin que nadie lo viera, salió corriendo delante de la carroza del rey.

Al atravesar unos hermosos campos sembrados de trigo y llenos de ganado, les dijo a los trabajadores:

—El rey va a pasar, y si no le dicen que estas fincas son del Marqués de Caravaca, algo terrible sucederá.

Los campesinos se asustaron y dijeron lo que el gato quería.

—¡Qué buenas propiedades tienes, Marqués! —exclamó el Rey.

Al muchacho, azorado, se le cayó el sombrero de la mano. Y el rey dijo muy bajito a la princesa:

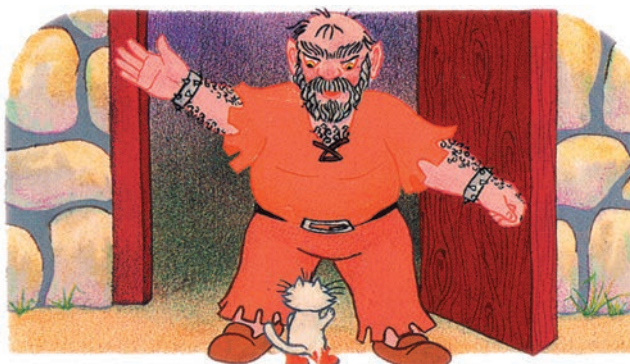
—Eso me pasaba a mí cuando me enamoraba.

Mientras tanto, el gatito llegaba a la puerta de un magnífico palacio, donde vivía un ogro que era el verdadero dueño de los trigales y el ganado.

El gato tocó a la puerta gritando:

—¿Es verdad que el ogro que vive aquí se puede transformar en cualquier animal? ¿O es un cuento de camino?

En ese momento se oyó un ruido espantoso, la puerta se abrió y una voz de trueno dijo:



—¡Claro que es verdad! ¿Quieres ver cómo me convierto en león?

Y al momento apareció un león tremendo, enseñando los dientes y sacando las uñas.

—Eso es muy fácil —dijo el gato—. Cualquiera puede hincharse y convertirse en un animal mayor. Lo difícil es transformarse en uno más pequeño. ¡A que no puedes convertirte en un ratón!

—¿Que no? ¡Ahora verás!

Y se convirtió en un ratoncito, pero entonces el gato se lo comió de un bocado.

Todavía se relamía los bigotes cuando llegaron al palacio el rey, la princesa y el muchacho.

—Bienvenidos al palacio del Marqués de Caravaca —dijo el gato.

El muchacho se puso colorado al oír la mentira de su gato, y el rey, al notarlo, le dijo:

—Marqués, te pareces mucho a mí cuando era joven. Y veo que te gusta mi hija y que tú le gustas a ella. ¿Por qué no se casan ustedes?

El muchacho y la princesa se casaron. Y cuentan los que fueron a la boda que todos los invitados tenían preciosos vestidos, pero ninguno estaba tan elegante como el gato, con un sombrero de plumas, un traje de raso y unas botas nuevecitas de charol.





### MARIQUITA, MARÍA

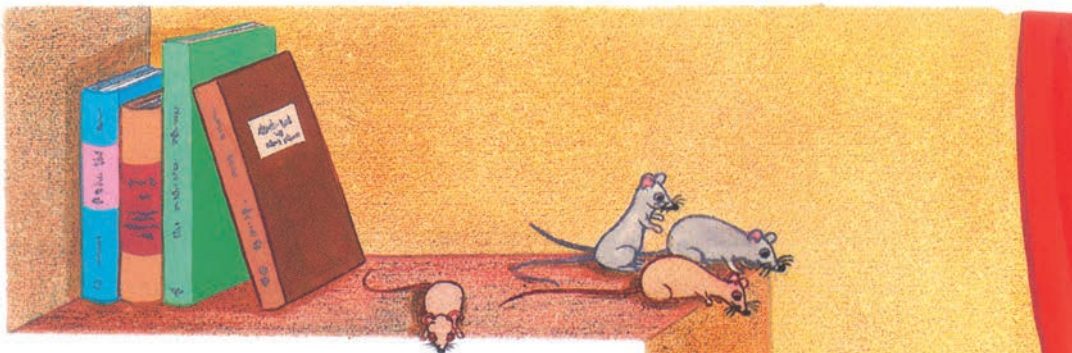
—Mariquita, María,  
¿dónde está el hilo?

—Madre, las cucarachas  
se lo han comido.

Niña, tú mientes,  
que las cucarachitas  
no tienen dientes;  
anda, embustera,  
que las cucarachitas  
no tienen muelas.

Anónimo



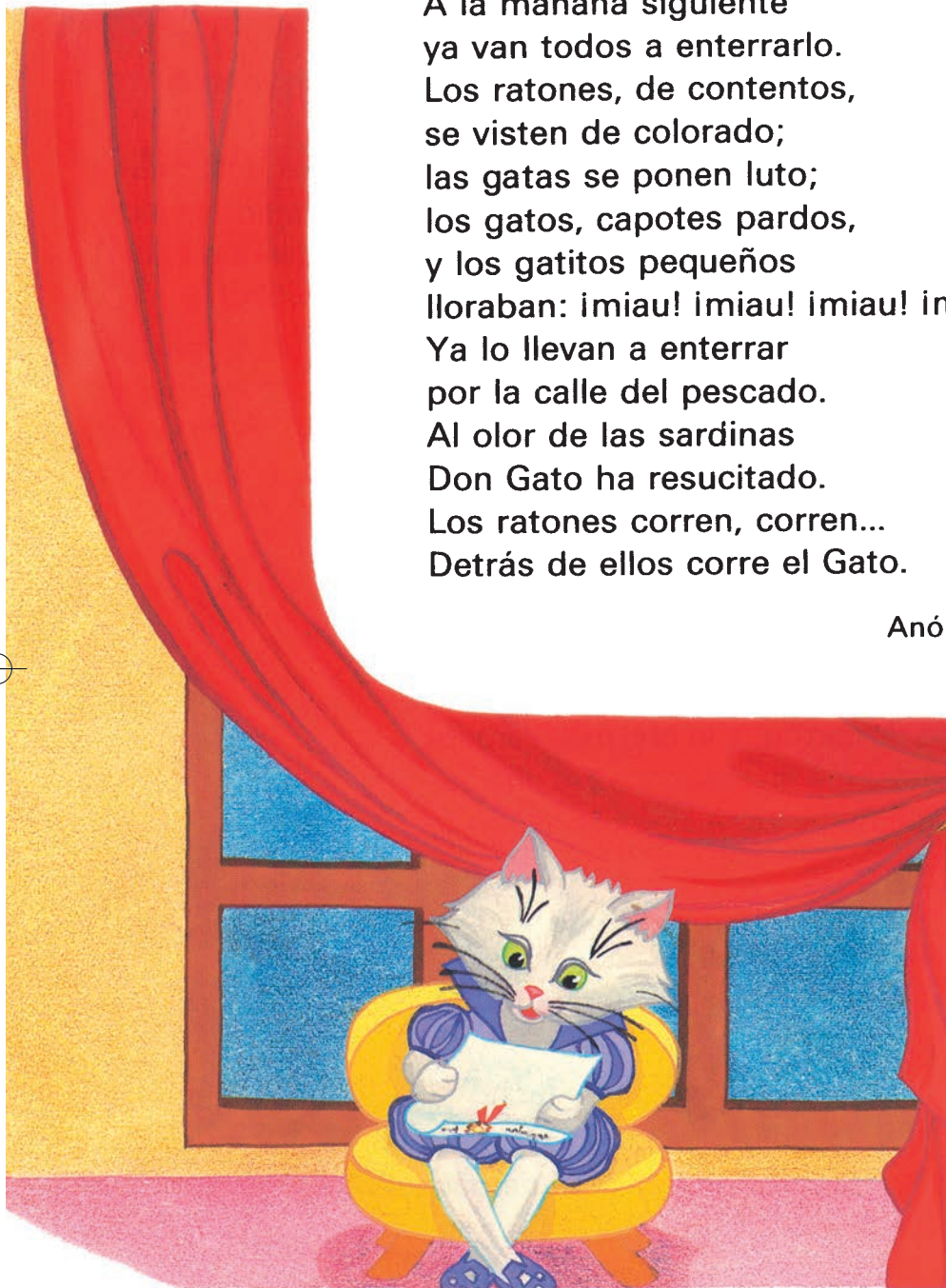


### ROMANCE DE DON GATO

Estaba el señor Don Gato  
en silla de oro sentado,  
calzando media de seda  
y zapatito calado,  
cuando llegó la noticia  
que había de ser casado  
con una gatita rubia  
hija de un gato dorado.  
Don Gato, con la alegría,  
subió a bailar al tejado;  
tropezó con la veleta,  
y rodando vino abajo;  
se rompió siete costillas  
y la puntita del rabo.  
Ya llaman a los doctores,  
sangrador y cirujano;  
unos le toman el pulso,  
otros le miran el rabo;  
todos dicen a una voz:  
—¡Muy malo está el Señor Gato!

A la mañana siguiente  
ya van todos a enterrarlo.  
Los ratones, de contentos,  
se visten de colorado;  
las gatas se ponen luto;  
los gatos, capotes pardos,  
y los gatitos pequeños  
lloraban: imiau! imiau! imiau! imiau!  
Ya lo llevan a enterrar  
por la calle del pescado.  
Al olor de las sardinas  
Don Gato ha resucitado.  
Los ratones corren, corren...  
Detrás de ellos corre el Gato.

Anónimo



## EL SOLDADITO DE PLOMO

De un viejo cucharón de plomo salieron veinticinco soldaditos iguales.

Derechitos, con el fusil al hombro, la chaqueta roja y el pantalón azul, parecían veinticinco hermanos gemelos. Pero si alguien se fijaba un poco, notaba que había uno diferente de los demás: le faltaba una pierna.

¿Que por qué estaba cojo el soldadito? Lo habían echado el último en el molde, cuando ya no quedaba suficiente plomo para que saliera completo. Pero en la fábrica no se dieron cuenta, y tal como quedó, lo colocaron en la caja con los demás.

En la misma mesa donde hacían sus filas y sus paradas los soldaditos había otros juguetes, pero el más bonito de todos era un precioso castillo de cartón. Y lo que más llamaba la atención en el castillo era una bailarina que estaba siempre asomada a la puerta.

La bailarina era una muñequita de papel, tan linda y tan bien hecha, que el soldadito se enamoró de ella y se pasaba las horas embobado, mirándola.

Ella también miraba mucho al soldadito cojo. ¿Le tendría lástima?

No; no era lástima. Los demás juguetes también lo notaron.

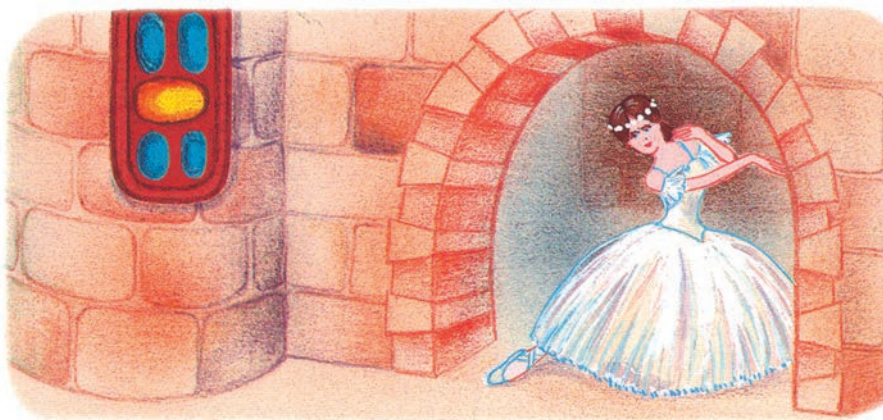
—A la bailarina le gusta el soldadito —decían en voz baja.





Y todos se alegraron mucho. Todos, menos un muñeco feo y envidioso, un antipático payaso de sorpresa.

Una noche, cuando todo estaba tranquilo en la casa y el reloj empezó a dar las doce campanadas, ¡crac! se abrió la caja, salió el payaso, empujó al soldadito, que estaba cerca, y lo tiró por la ventana.

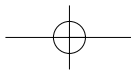


¡Qué caída tan espantosa! El soldadito quedó cabeza abajo, clavado en el asfalto por la bayoneta. Y así pasó toda la mañana, sin que nadie bajara a buscarlo.

Por la tarde el cielo se nubló. ¡Chas, chas, chas! Cayó la lluvia y el agua corrió por la calle con tal fuerza que arrastró al soldadito hasta la acera donde jugaban unos muchachos.

—¡Eh, miren, un soldadito de plomo! —gritó uno—. Vamos a enseñarlo a navegar.





Hicieron un barquito de papel, montaron en él al soldadito y lo echaron al agua.

El soldadito nunca se había embarcado, pero era un valiente y no sintió miedo.

Al poco rato, el agua empezó a formar remolinos.

—Creo que me voy a marear —pensó el soldadito.

De repente, el barco se coló por una alcantarilla.

—¿A dónde iré? —se dijo el soldadito que, con el susto, ya se sentía bien del mareo.

La corriente, cada vez más rápida arrastraba al barquito hasta un lugar donde había un ruido terrible. La alcantarilla iba llegando al mar.

¡Bruuum! sonó el agua al caer sobre las olas frías.

Con el choque, el barco se rompió y el soldadito solo dijo en un suspiro:

—¡Me ahogo! ¡Adiós para siempre, mi linda bailarina!

Pero en ese momento un pez abrió la boca y se lo tragó.

En el vientre del pez el soldadito estaba muy incómodo, pero se consolaba pensando que así se había salvado de morir ahogado.

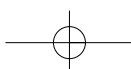
Allí pasó mucho tiempo. Un día sintió que el pez daba grandes saltos y se retorció. Luego quedó todo quieto. Después sintió un ruido como de algo que se rajaba, vio la luz y oyó un grito:

—¡Un soldado de plomo!

Habían pescado al pez, lo habían vendido y ahora una cocinera lo abría con su cuchillo para limpiarlo.

La cocinera cogió al soldadito y lo llevó al cuarto de los niños:

—¡Miren qué encontré dentro de un pescado!



—¡El soldadito cojo! ¿Cómo habrá podido ir hasta el mar y volver?

Y los niños se pusieron a hablar del valiente soldadito que había hecho un viaje tan largo.

Sin embargo, el soldadito no estaba orgulloso; solo pensaba en la linda bailarina. Y cuando los niños lo pusieron en la mesa, frente a ella, no le dijo nada, ni ella tampoco habló, pero por su mirada supo el soldadito que lo había estado esperando.

Esa noche todos los juguetes llegaron a saludar al soldadito y se habló de la boda.

Las tijeras ofrecieron cortarle a la novia un precioso velo de papel celofán. Una muñeca de goma quiso ser la madrina. La pelota de cuero se brindó para ser el notario. El automovilito de cuerda prometió llevar a la pareja en el viaje de boda. Y la filarmónica dijo que ella tocaría cuando los novios pasaran del brazo. Hasta el trompo de colores, que no podía hacer ningún favor, se puso a dar vueltas, para demostrar la alegría de todos.





De todos, no; porque el odioso muñeco de sorpresa salió de su escondite, y sin que nadie lo notara, dio un empujón al soldadito y lo arrojó a las llamas de la chimenea.

¡Qué calor había allí! Los colorines del uniforme del soldadito empezaron a chorrear. Su cuerpo empezó a deformarse, pero él, sin dar un solo grito, seguía derecho, con el fusil al hombro, mirando siempre a la bailarina.

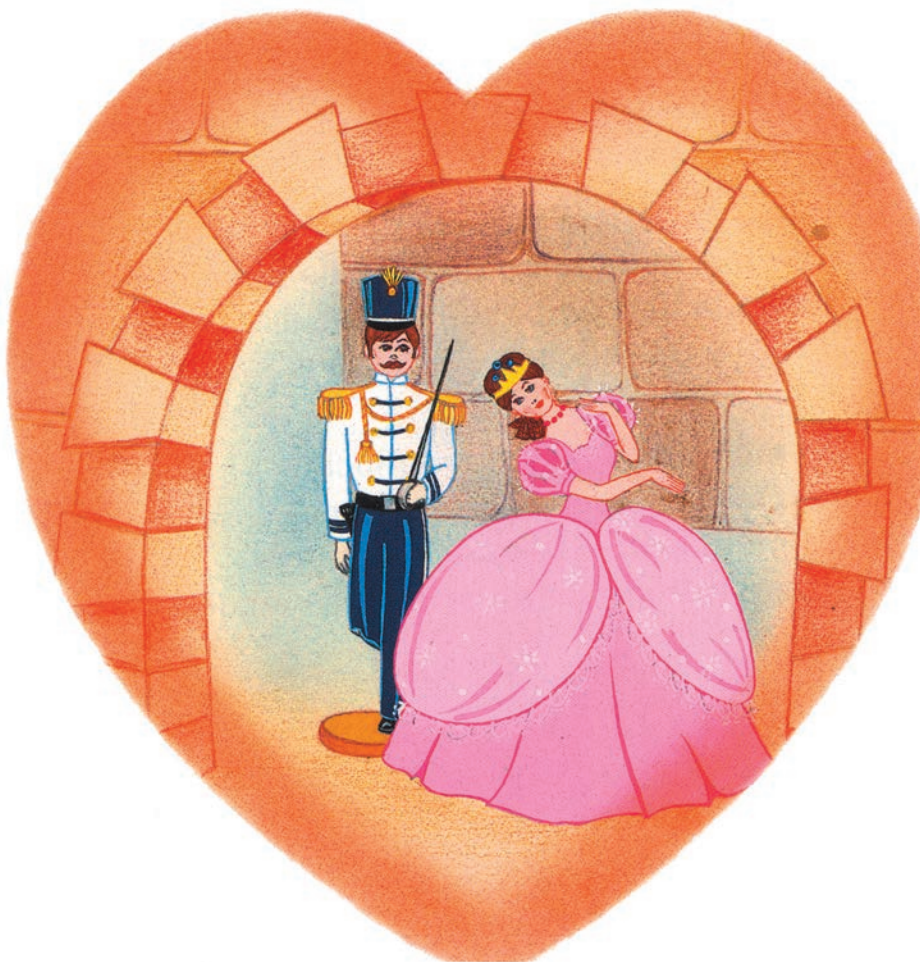
Entonces sucedió una cosa que nadie esperaba. Se abrió la puerta, el aire sopló dentro del cuarto y la muñeca de papel salió volando hasta caer en la chimenea, como si se hubiera tirado al fuego para morir con el soldadito.

¡Qué final tan triste para un cuento tan lindo!, ¿verdad? Sin embargo, me ha dicho alguien que lo sabe muy bien que las cosas pasaron de otra manera.

Yo no puedo decir quién me lo contó, aunque cualquiera puede pensar que fue el ratoncito gris que tenía su cueva detrás de la mesa de los juguetes. Pero yo sé muy bien que quien abrió la puerta fue la mamá de los niños, que venía a recoger las cosas que habían quedado tiradas en el cuarto de jugar. Y sé que la señora no tuvo miedo de estropear sus suaves manos blancas para salvar del fuego a los pobres muñequitos que se quemaban.



Yo no puedo decir quién me lo contó, aunque cualquiera puede pensar que fue el gorrión que iba todas las tardes a comer las migajas de la merienda. Pero yo sé muy bien que al día siguiente un tío de los niños, que era un hombre bueno y un gran pintor, arregló los muñequitos chamuscados, sacó su caja de doscientos colores, y le pintó al soldadito un uniforme nuevo de general y a su novia un traje como el de una reina.



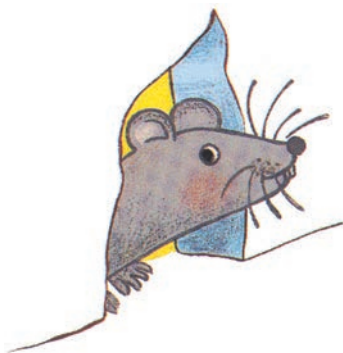
## EL SOLDADITO DE PLOMO

Mi padre, asador; mi madre, cuchara;  
yo soy soldadito de liviana tropa.  
Mi padre, asador; mi madre, cuchara  
de sopa.

Tengo una peana de raíz de brezo,  
redonda; no tiene de talón asomo.  
Tengo una peana de raíz de brezo  
y el cuerpo de plomo.

Tengo la barriga pintada de azul,  
y de hinchada temo que estalle y me muera.  
Tengo la barriga pintada de azul  
y de rojo la parte trasera.

No me muevo ni poco ni mucho  
y en mi aparador hago centinela.  
No me muevo ni poco ni mucho  
viendo a Doña Rata por dónde se cuela.





Y si, andando el tiempo, llego a capitán,  
tres galones de oro mis mangas tendrán.  
Y si, andando el tiempo, llego a capitán,  
me uniré con una muñeca de palo.

Le pondrán sus damas, linda y blanca toda,  
su traje de cola, del novio regalo,  
y alegres tonadas del clarín oiréis  
como cuando celebran su boda  
la reina y el rey.

Tristán Klingsor

Traducción de Enrique Díez Canedo



## EL MAYOR CASTIGO

El mayor castigo que me puedes dar,  
no será, mamita, prohibirme jugar.  
¡Qué me importa el juego,  
si me he portado mal!

El mayor castigo que me puedes dar,  
no será, mamita, mandarme acostar.  
Buen amigo, el sueño,  
si me he portado mal.

El mayor castigo que me puedes dar,  
no será, mamita, dejarme sin cenar.  
No tengo apetito,  
si me he portado mal.

Pero si me dices: “No te quiero más”,  
entonces, mamita, me pondré a llorar.

Julia Bustos





## PULGARCITO

Un pobre leñador y su mujer estaban sentados junto al fuego una noche de invierno.

—¡Qué solos estamos! —dijo el leñador—. ¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa, mientras que en las otras todo es ruido y alegría!

—Sí —respondió la esposa—. Yo me daría por satisfecha aunque no tuviéramos más que uno. ¡Aunque fuese pequeñito como el dedo pulgar estaría contenta! —agregó suspirando.

Algún tiempo después el deseo de la buena mujer se cumplió y les nació un niño sano y lindo, pero no más alto que el dedo pulgar.

—No por eso dejaremos de quererlo con todo nuestro corazón —dijeron los padres. Y le llamaron Pulgarcito.

Lo cuidaron mucho, lo alimentaron bien, pero Pulgarcito no creció nada. Sin embargo, era ligero como un resorte, tenía unos ojos brillantes y vivos y le gustaba mucho ayudar a los demás.



Un día, cuando se preparaba para ir a cortar leña al bosque, le dijo el padre:

—Si alguien me llevara el carro por la tarde, no tendría que volver a buscarlo.

—Papá —dijo Pulgarcito—, yo me encargaré de llevártelo. No tengas cuidado; estaré a tiempo para cargar la leña.

El leñador se echó a reír.

—¿Cómo vas a poder guiarlo, si no alcanzas a la brida del caballo?

—No importa, papá. Si mamá lo puede enganchar, yo me sentaré en la oreja del caballo y lo guiaré.

—Bien —dijo el padre convencido—. Probaremos por una vez.

Y así fue. Por la tarde iba Pulgarcito muy orgulloso gritando ¡Sol! y ¡Arre! al caballo, como el mejor de los carreteros.

En esto pasaron dos desconocidos.

—¡Eh! —dijo uno de ellos—. Mira ese carro; se oye la voz del carretero, pero no se ve a nadie.

—Parece cosa de magia —dijo el otro—. Vamos a seguirlo y veremos adónde va.

Cuando llegó al bosque y vio a su padre, le gritó muy satisfecho:

—¿Ves, papá, lo bien que he llegado? ¡Bájame ahora!

El padre bajó a Pulgarcito de la oreja del caballo y los dos desconocidos se quedaron asombrados.

Uno de ellos le dijo al otro en voz baja:

—Ese enanito podría hacernos ricos si lo lleváramos de pueblo en pueblo. La gente pagaría por verlo.

Entonces se acercaron al leñador y le dijeron:  
—Véndenos ese chiquillo. Le irá bien con nosotros.  
—No —repuso el padre indignado—. Es mi hijo y no lo vendo por todo el oro que hay en la tierra.

Al oír esto, pulgarcito trepó por los pliegues de la ropa de su padre y le suplicó al oído:

—Papá, véndeme a esos hombres. Quiero ver el mundo, pero te prometo que volveré.

El leñador lo vendió entonces por una hermosa moneda de oro.

Después que Pulgarcito se despidió de su padre, uno de sus amos le preguntó:

—¿Dónde quieres que te llevemos?

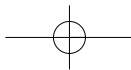
—Póngame en el ala de su sombrero. Allí estaré como en un balcón; podré ver el paisaje y caminar sin caerme.

Al cabo de mucho rato, cuando ya era de noche, Pulgarcito empezó a dar gritos:

—¡Déjenme bajar! ¡Necesito bajar! —hasta que lo pusieron en el suelo.

Entonces salió corriendo, se metió en un caracol vacío y les gritó a los hombres, que se cansaron de buscarlo por todas partes:





—Adiós, señores. Esto es para que aprendan que los hombres no se compran ni con dinero, ni con nada.

En el caracol se sentía Pulgarcito seguro de que nadie lo podría pisar en la oscuridad de la noche. Además, estaba casi tan cómodo como en su cama y ya empezaba a quedarse dormido cuando oyó pasos en el camino y una voz de hombre que le preguntaba a otro:

—¿Y cómo haremos para llevarnos el oro y la plata del cura sin que nos vean?

—¡Yo te lo diré! —gritó Pulgarcito. Y su voz salió gorda, como si el caracol fuera una trompeta.

Como estatuas de piedra se quedaron los ladrones del susto y Pulgarcito, desde su escondite, gritó nuevamente:

—¡Aquí estoy, junto al camino, dentro de un caracol! Llénenme con ustedes y los ayudaré.

Los ladrones al fin hallaron a Pulgarcito y al verlo le preguntaron muy divertidos:

—A ver, Comino, ¿cómo piensas ayudarnos?

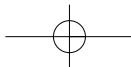
—Puedo meterme por entre los barrotes de la ventana y tirarles por allí lo que ustedes me digan.

—No es mala idea —dijeron los ladrones. Metieron a Pulgarcito en uno de sus bolsillos, y siguieron su camino hasta la casa del cura.

Cuando llegaron y Pulgarcito se coló por la ventana, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Qué cosa quieren de lo que hay aquí? ¿Lo tiro todo? ¿El dinero también?

La criada del cura, que dormía en el cuarto de al lado, se despertó con el ruido; al oír esto comprendió enseguida lo que pasaba, salió a la puerta y los ladro-



nes tuvieron que irse a la carrera, con las manos vacías.

Entretanto, Pulgarcito se había deslizado por los barrotes de la ventana hasta el establo y allí se quedó, pensando pasar la noche cómodo y seguro entre la yerba y la maloja.

A la mañana siguiente la criada fue a buscar la comida para la vaca y se llevó al pobre Pulgarcito, dormido aún.

Cuando se despertó, creyó que había caído en un molino, pero pronto comprendió que estaba en la boca de un animal y que tenía que andar con mucho cuidado para no morir aplastado entre las muelas.

Al fin bajó a la panza de la vaca y pensó que estaba salvado, pero al ver que cada vez llegaba más yerba y el espacio se iba haciendo más estrecho, empezó a gritar:



—¡No quiero más yerba!  
¡No quiero más maloja!

La criada del cura, que andaba por allí, salió gritando horrorizada:

—¡Señor cura! ¡La vaca está hablando!

—Muchacha, ¿te has vuelto loca? —preguntó el cura. Pero fue también al establo, y al oír los gritos de Pulgarcito, decidió que la vaca tenía el diablo en el cuerpo y que había que matarla.



Así lo hicieron, y la tripa donde estaba Pulgarcito fue arrojada a la basura.

El pobre trabajó sin descanso todo el día para poder salir, y al llegar la noche ya tenía la cabeza fuera, cuando un lobo hambriento pasó por allí y ¡zas! de un bocado se tragó la tripa entera.

Pulgarcito no perdió el valor y desde el estómago del lobo gritó:

—Querido lobo, yo conozco un sitio donde hay una buena comida. Y le dio la dirección de la casa de sus padres.

El lobo, aconsejado por Pulgarcito, logró escurrirse en la cocina por un postiguito que había sobre el fogón, y se dio un atracón tan grande que luego no podía pasar por donde había entrado.

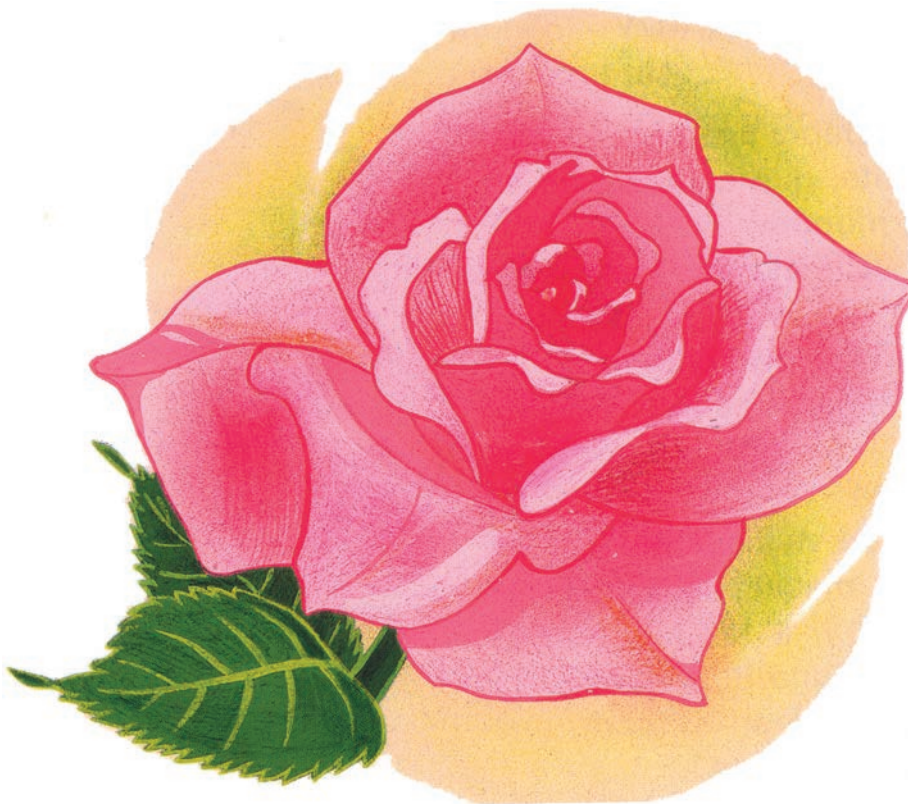
Aprovechándose de esto, Pulgarcito comenzó a gritar:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Aquí estoy de nuevo como les prometí! ¡Aquí estoy metido en la barriga de este lobo comilón!

Los padres acorralaron al lobo, lo mataron y con mucho cuidado sacaron a Pulgarcito sano y salvo.

Y desde entonces fueron felices  
comieron perdices  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.





## MAMÁ

Mamá...  
¡Cuán fácil te deslizas,  
nombre de cuatro letras...  
como en AMOR y en RISA,  
como en FLOR, como en BESO!...

¡Porque todo, todo eso,  
se resume en M A M Á!...  
En cuatro letras solas  
el universo está.

Laura F. Gordard

## ALMENDRITA

Había una vez una viejecita, que estaba sola en el mundo.

Un día se le apareció un hada y le dio una semilla del tamaño de un grano de maíz.

—Siémbrela —le dijo el hada.

La viejecita sembró en una maceta la semilla, la regó y, a los pocos días nació una flor, la viejecita encontró en el fondo una niña preciosa.

Como la niña era tan pequeña, la anciana le puso de nombre Almendrita.

Con un pañuelo de seda le hizo seis lindos vestidos. Le arregló una cama dentro de una cáscara de nuez bien barnizada, y con otra cáscara le hizo una barca. En las tardes de calor, Almendrita se paseaba en su barquilla por una fuente llena de agua, remando con dos palillos de dientes.

A la hora de dormir, la viejecita ponía a Almendrita en su cama de cáscara de nuez con una colchoneta de algodón. Y Almendrita se dormía tapada con un pétalo de rosa.

Una noche entró por la ventana un feísimo sapo y, al ver a Almendrita durmiendo, pensó:



—¡Qué linda novia para mi hijo! —Y se llevó la cáscara de nuez, con la niña dormida.

Cuando el sapo llegó a su casa, todos los parientes rodearon a la niña.

—¡Croac, croac! —dijo el novio—. Tienen que ayudarme a hacer una casa en el fondo de la laguna para el día de la boda.

Y mientras todos trabajaban, colocaron a Almendrita en una hoja de nenúfar, de esas que flotan en el agua.

La niña lloraba y lloraba, hasta que unos pececillos vinieron y cortaron con sus dientes la pajita que sujetaba la hoja a la orilla.

La hoja con Almendrita fue navegando de prisa por la corriente de un río, y la niña empezó a sentir mucho miedo. ¿Qué le pasaría cuando la hoja llegara al mar?, pensó.

En esto pasó volando una mariposa. Almendrita le gritó para que la oyera:

—Mariposa dorada, ayúdame a llegar a la orilla.

La mariposa se puso cerca de la hoja y dejó que la niña la amarrara al tallito con su cinturón.

—Ya verás —le dijo la mariposa—, te voy a llevar a un jardín lindísimo donde hay muchas flores. Allí te cuidarán mis amigas las abejas, te darán de comer su rica miel, jugarás todo el día en el jardín y dormirás en la colmena.

En esto pasó volando un escarabajo. El bicho se encantó con lo linda que era la niña, la agarró con sus seis patas peludas y se la llevó al árbol donde vivía.



Llegaron enseguida a verla todos los escarabajos del árbol, y las señoras y señoritas escarabajas la encontraron muy fea.

—¡Mira, no tiene más que dos piernas y dos bracetos! ¡La pobre no tiene alas!

Tanto la despreciaron, que el escarabajo que la había llevado la bajó del árbol y la dejó libre.

Almendrita pasó todo el verano sola en el bosque. Se hizo con paja una cama debajo de una hoja

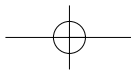


grande que la protegía del viento, del sol y de la lluvia. Comía trocitos dulces y bebía jugo de flores y gotas de rocío.

Pero llegó el invierno. Las hojas se secaron. Los árboles perdieron sus frutos. Las flores fueron marchitándose, y empezó a caer la nieve.

La pobre niña tenía mucho frío. Su vestido de seda estaba roto y no la abrigaba.





Andando por el bosque helado encontró un agujero en la tierra. Era la cueva de una rata campestre.

Almendrita tuvo miedo, pero más miedo tenía de morir de hambre y de frío.

Entró en la cueva y le pidió a la rata comida y casa hasta el verano.

La rata, que no era mala, se compadeció y la dejó vivir con ella.

Por la mañana, Almendrita ayudaba a la rata a limpiar la casa y a preparar la comida.

Por la tarde salía hasta la puerta de la cueva para ver un ratito la luz del sol.

Un día vio tendida en el suelo una golondrina. Parecía que se había muerto de frío, pero no; estaba viva todavía.

La niña la llevó debajo de un árbol, le puso hojas encima para que estuviera calentita y, cuando la golondrina abrió los ojos, le prometió venir todos los días a cuidarla hasta que llegara el verano.

Mas ocurrió que un topo, que iba mucho a la casa de la rata, se prendó de la niña y decidió casarse con ella. La boda quedó fijada para principios del verano.

Cuatro arañas tejían día y noche, haciendo la tela de sábanas, manteles y lindos vestidos para la novia. Pero Almendrita lloraba y lloraba. Solo se sentía feliz cuando iba a cuidar a su amiga la golondrina, que cada día se ponía mejor y más fuerte.

Un día le dijo el pájaro:

—Ya puedo volar. ¿Quieres venir conmigo? Así no tendrás que casarte con el topo.

A la niña le daba tristeza dejar a la rata, que había sido tan buena con ella, pero no podía quedarse siempre en la cueva sin poder ver la luz del sol.

Y una mañana salió por los aires subida en el lomo de la golondrina.

La golondrina se llevó a la niña que la había salvado. Volaron y volaron hasta llegar a un hermosísimo jardín.

—¿Será el mismo de que me hablaba la mariposa? —pensó Almendrita.

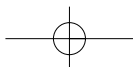
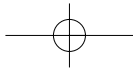
Pero era otro más maravilloso aún. En lugar de abejas, vivían en las flores hombrecillos y mujercitas tan pequeños como ella, y no hacían otra cosa que cuidar las plantas.

Cuando Almendrita fue mayor, el hijo del rey del jardín le pidió que se casara con él.

Aceptó Almendrita muy contenta y reinaron felices y tuvieron muchos hijos. Al nacer, todos eran del tamaño de un grano de anís; pero eran tan lindos, inteligentes y simpáticos, que fueron el orgullo de sus padres y de su reino.









## CANCIÓN DE CUNA DE LOS ELEFANTES

El elefante lloraba  
porque no quería dormir...

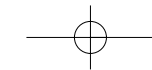
—Duerme, elefantito mío,  
que la luna te va a oír...

—Papá elefante está cerca,  
se oye en el manglar mugir;  
duerme, elefantito mío,  
que la luna te va a oír...

El elefante lloraba  
(icon un aire de infeliz!)  
y alzaba la trompa al viento...  
Parecía que en la luna  
se limpiaba la nariz...

Adriano del Valle





## ADIVINANZA

¡Adivina, adivinador!  
Vino a mi casa un gran señor.  
¡Tic-tac! itic-toc!

Cuando llama toca el timbre  
y es chiquito y barrigón.  
¡Tic-tac! itic-toc!

Tiene dos cuchillos negros  
y paticas de gorrión.  
¡Tic-tac! itic-toc!

En la espalda tiene llaves  
y ganzúas de ladrón.  
¡Tic-tac! itic-toc!

Se ha venido con paraguas  
y no llueve ni hace sol,  
¡Tic-tac! itic-toc!

¡Adivina, adivinador!  
¿Quién es este gran señor?  
¡Tic-tac! itic-toc!

José Sebastián Tallón



## CENICIENTA

Había una vez un hombre rico que, después de muerta su esposa, se casó con una mujer antipática y mala.

La mujer tenía dos hijas que se le parecían mucho.

El hombre rico tenía de su primer matrimonio una hija de muy dulce carácter y muy linda y bondadosa.

Aquella mala madrastra encargaba siempre a la pobre niña los trabajos más pesados de la casa, y ella lo soportaba todo con paciencia.

Cuando terminaba sus quehaceres iba a sentarse silenciosa, con sus vestidos viejos y sucios, junto a la ceniza blanca en un rincón de la cocina. Por eso todos le llamaban Cenicienta.

Aunque Cenicienta llevaba siempre vestidos viejos, era mucho más bonita que sus antipáticas hermanas con vestidos nuevos y lujosos.

Un día dio un baile el hijo del rey, y las dos hermanas fueron invitadas.

La noche del baile llamaron las dos hermanas a Cenicienta para que les ayudara a vestirse, pues sabían que tenía mejor gusto que ellas.

Cenicienta les puso lindos lazos y les hizo hermosos peinados, pero cuando las dos hermanas salieron, la pobre niña se echó a llorar.

Al punto se le apareció su hada madrina y le preguntó:

—¿Por qué lloras, niña mía?

—Lloro porque yo quería ir también al baile.  
—Pues no llores. Tráeme enseguida una hermosa calabaza, seis ratones, una rata grande y seis lagartos.  
Cenicienta salió y lo trajo todo, y el hada madrina fue señalando con su varita mágica.





La calabaza se convirtió al momento en una lujosa carroza dorada. Los ratones se cambiaron en dos hermosos caballos grises. La rata se convirtió en un cochero gordo y elegante. Y los seis lagartos se volvieron lacayos con casacas verdes y sombreros colorados.

El hada le dijo a Cenicienta:

—¿Qué te parece? ¿No estás contenta con todo esto para ir al baile?

—Sí, madrina, pero no podré ir con estos vestidos tan viejos.

El hada la tocó con su varita, y al punto los vestidos se volvieron lujosos trajes de seda con adornos de oro y piedras preciosas. Los pies de Cenicienta brillaban con unos lindos zapatitos de cristal.

Así adornada, subió a la carroza para ir al baile al tiempo que el hada le decía:

—No te quedes en el palacio hasta después de las doce de la noche. Si te quedas allí un minuto más, la carroza volverá a ser otra vez una calabaza, y los caballos ratones, y el cochero una rata, y los lacayos lagartos, y estarás vestida con los vestidos viejos.

Cenicienta prometió que saldría del baile antes de la media noche, y se fue contenta y feliz.

Le anunciaron al hijo del rey que acababa de llegar una gran princesa desconocida, y él mismo fue a recibirla y la condujo al salón cogida de la mano.

Al entrar, todo el mundo dejó de bailar; se hizo un gran silencio y todos miraban a Cenicienta y decían:

—¡Qué hermosa princesa!

El príncipe la invitó a bailar y ella bailó con tanta gracia que causaba admiración. Cenicienta se divertía

mucho, pero cuando oyó que daban las doce menos cuarto, hizo una reverencia para saludar a todos y salió rápidamente.

Cuando llegó a su casa le dio las gracias al hada y le pidió que le permitiera volver al baile la noche siguiente, pues el hijo del rey le había rogado que volviera.

Al día siguiente volvió Cenicienta al baile, más adornada y bella que la primera vez.



El hijo del rey la acompañó bailando toda la noche, y Cenicienta se divertía tanto, que olvidó la recomendación del hada, de manera que oyó sonar las campanadas de la media noche creyendo que solo eran las once.

Cuando se dio cuenta salió rápidamente, corriendo por las escaleras del palacio. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla. En las anchas escaleras recogió un zapato de cristal que Cenicienta había perdido al bajar.



Llegó Cenicienta a su casa, sofocada, sin carroza, sin lacayos y con sus viejos vestidos. Solo le quedaba uno de sus lindos zapatitos de cristal.

Unos días después, el hijo del rey anunció que se casaría con la joven a quien le viniera bien un zapato de cristal que él tenía.

Es claro, todas las princesas y duquesas y damas de la corte quisieron probarse el zapato, pero a ninguna le venía bien. Las hermanas de Cenicienta hicieron también grandes esfuerzos por ponérselo, pero inada!

Cenicienta, que las estaba mirando, dijo:

—Déjenme probar a mí.

Las hermanas se echaron a reír y se burlaron de ella, pero el noble de palacio que llevaba el zapato para probarlo, encontró tan bonita a Cenicienta, que quiso hacer la prueba con ella. El zapato le venía perfectamente justo.

Grande fue la sorpresa de las dos hermanas, pero fue mayor todavía cuando vieron que Cenicienta sacaba de su bolsillo el otro zapatito de cristal para su otro pie.

En este momento se apareció su hada madrina, tocó con su varita mágica el vestido de Cenicienta y lo convirtió en otro muy hermoso.

Adornada de aquella manera, llevaron a Cenicienta al palacio. El príncipe la encontró más bella que nunca y pocos días después se casó con ella.

Cenicienta, que era tan buena como linda, perdonó a su madrastra lo mal que la había tratado, y perdonó también a sus dos hermanas, a las que casó con dos grandes señores de la corte.



## EL LAGARTO ESTÁ LLORANDO

El lagarto está llorando.  
La lagarta está llorando.

El lagarto y la lagarta  
con delantalitos blancos.

Han perdido sin querer  
su anillo de desposados.

¡Ay, su anillito de plomo!  
¡Ay, su anillito plomado!

Un cielo grande y sin gente  
monta en su globo a los pájaros.

El sol, capitán redondo,  
lleva un chaleco de raso.

¡Miradlos qué viejos son!  
¡Qué viejos son los lagartos!

¡Ay, cómo lloran y lloran;  
ay, ay, cómo están llorando!

Federico García Lorca



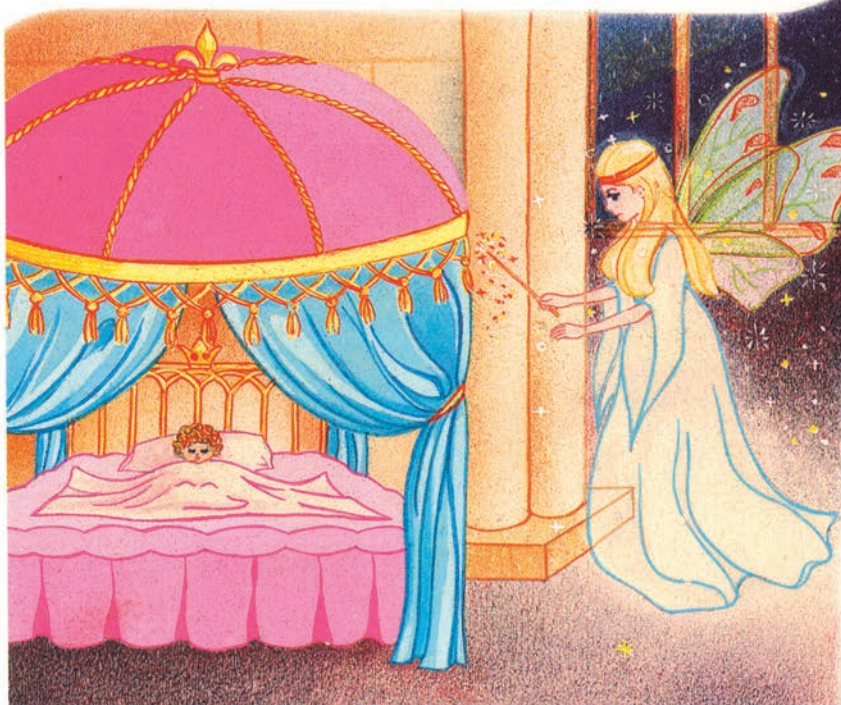


## LA BELLA DURMIENTE

Había una vez un rey y una reina que tuvieron una hija. Y se pusieron tan contentos, que hicieron la mayor fiesta que se conocía.

A la fiesta fueron invitadas todas las hadas que se pudo encontrar en el país, para que fueran madrinas de la niña, y en total fueron invitadas siete hadas.

Cuando todos los convidados se disponían a sentarse a la mesa en el gran festín que se daba en honor de las hadas, vino también a sentarse una vieja hada a la que no se había invitado y que estaba por eso muy furiosa.







Durante la comida, una joven hada que estaba a su lado, la oyó murmurar amenazas contra la princesita, y se dijo:

—Esta vieja gruñona es capaz de hacerle algún daño a nuestra ahijada cuando llegue el momento de regalarle nuestros dones. Tengo que vigilarla para deshacer el mal que pueda hacerle. Y se escondió detrás de unas cortinas, cerca de la cuna de la princesa.

Las hadas fueron pasando al lado de la cuna para hacerle cada una su regalo a la niña.

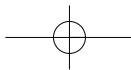
La más joven de las hadas dijo:

—La princesa será la más bella de todas las princesas.

Otra hada dijo:

—Será la más inteligente.





La tercera dijo:

—Sabrá danzar como ninguna.

La cuarta dijo:

—Cantará mejor que los ruiseñores.

La quinta dijo:

—Ninguna como ella será tan fina y graciosa.

La sexta, que era la mejor de las hadas, dijo:

—Ninguna como ella será tan buena para todo el mundo.

Llegó entonces el turno a la vieja hada descontenta, que dijo:

—Sí, tendrá todas esas cualidades, pero un día se pinchará la mano con un huso y morirá.

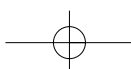
Al oír esta predicción el rey y la reina se echaron a llorar desconsolados. Pero entonces salió el hada que estaba escondida detrás de la cortina y dijo:

—No se aflijan ustedes, buenos reyes; la princesa no morirá como ha dicho el hada, sino que quedará dormida por cien años, hasta que llegue un príncipe a despertarla.

Para evitar que se cumpliera lo que el hada había anunciado, el rey prohibió a todo el mundo en su reino el empleo del huso para hilar y mandó que se destruyeran todos los husos que se encontraran.

Pasaron quince años y el rey y la reina fueron a pasar una temporada a uno de sus castillos del campo.

La joven princesa subía y bajaba, recorriendo todas las habitaciones del castillo, y un día subió a lo alto de un torreón y encontró allí un cuartito escondido. Dentro había una viejecita que hilaba en su rueca.



—¿Qué hace usted ahí, buena mujer? —preguntó la princesa.

—Estoy hilando esta lana de un corderillo blanco —contestó la anciana, que no conocía a la hija del rey.

—¡Ah, qué bonito! ¡Cómo da vueltas! ¿Quiere dejarme que pruebe yo a ver si lo sé hacer? —dijo la princesa.

La anciana le ofreció el huso y, al instante, la joven se hirió la mano y cayó como muerta.

Vinieron los criados y los reyes a los gritos de auxilio de la pobre viejecita. Todos corrían, echaban agua a la cara de la princesa, le frotaban las sienes con vinagre..., todo fue en vano.

El rey recordó lo que habían anunciado las hadas y pensó que había remedio. Entonces hizo llevar a la princesa a la habitación más hermosa del castillo y la acostaron allí en una cama bordada de plata y oro.

La princesa estaba muy bella; las mejillas conservaban su color rosado, los labios continuaban rojos; tenía cerrados los ojos, pero se la oía respirar dulcemente.

El hada buena que le había salvado la vida a la princesa anunciando que dormiría durante cien años, estaba entonces a mil leguas del castillo, pero fue avisada enseguida por un enanillo que poseía botas de siete leguas.

Partió inmediatamente el hada y al cabo de una hora llegaba al castillo en un carro de fuego tirado por dragones.

Fue a recibirla el rey y la condujo a la sala donde reposaba la princesa y lloraba la reina.

Pensó el hada que cuando la princesa se despertara al cabo de cien años se encontraría muy sola y desamparada en un castillo tan grande y apartado. Y entonces, sin decir nada a nadie recorrió todas las habitaciones, todos los salones, las cocinas, las casas de los criados y jardineros, las cuadras... y por donde pasaba tocaba con su varita mágica todo lo que encontraba.

Personas, animales, todos se quedaban dormidos en el mismo sitio donde estaban, para no despertar hasta que la princesa despertara. Así, cuando un día abriera los ojos la princesa, se encontraría rodeada de sus criadas, y pajes, de sus guardianes, de todos los cocineros y criados dispuestos a servirla y a continuar la vida que quedaba así suspendida durante cien años.

El rey y la reina abrazaron por última vez a su hija y salieron llorando del castillo.

El hada hizo entonces crecer alrededor árboles pequeños y árboles grandísimos, y las matas grandes y pequeñas entrelazaban sus ramas formando un bosque espeso que nadie habría podido atravesar. No se veía el castillo; solo de lejos se divisaban las altas torres que protegían a la princesa y a toda su corte dormida.

Al cabo de cien años, el hijo del rey que entonces reinaba, y que era de otra familia que la de la princesa dormida, pasó cazando por los alrededores del castillo. Preguntó qué torres eran aquellas que se veían desde lejos rodeadas del espeso bosque, y las gentes le contaban historias diferentes. Un viejo campesino le dijo:

—Hace más de cincuenta años oí contar a mi padre que una princesa muy bella está allí dormida esperando el príncipe que ha de despertarla para casarse con ella.

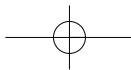
Al oír esto, el joven príncipe se dijo:

—Yo soy quien ha de despertarla.

Y comenzó a avanzar por el bosque. A su paso se separaban las ramas y los árboles para dejarle pasar. Las personas que lo acompañaban no podían seguirle, porque tras él se cerraban otra vez las ramas y los árboles. Al final de una larga alameda vio el castillo, y siguió avanzando sin miedo, porque era un príncipe valiente.







Cuando llegó al castillo vio un espectáculo sorprendente. No se oía ni un ruido, y por todos sitios había hombres y animales inmóviles, como muertos. Fue observándolos bien y se dio cuenta de que no estaban muertos; todos estaban tranquilamente dormidos.

Atravesó un patio de mármol, subió por una ancha escalera, atravesó puertas guardadas por soldados dormidos, pasó por entre criados, señores y damas de la corte dormidos unos de pie y otros sentados, como los dejó la varita mágica del hada, y llegó a un hermoso salón dorado.

Allí, tendida en el lecho bordado de plata y oro, vio a la más bella princesa que jamás había visto. La princesa estaba tan joven, tan fresca y bella como sus padres la dejaron allí hacía cien años.

Aproximóse el príncipe tembloroso de emoción, se arrodilló junto al lecho y tomó entre sus manos la mano de la princesa.

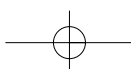
Y entonces abrió los ojos la bella dormida y dijo:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto tiempo te he estado esperando!

El príncipe se sentía conmovido y feliz.

Desde el momento en que la princesa abrió los ojos, todos los que en el castillo dormían se despertaron también. Las personas y los animales continuaron sus trabajos y sus ocupaciones y algunos terminaban los gritos y las palabras que no habían podido terminar cuando les sorprendió el sueño hacía un siglo.

Cuando todo en el castillo volvió a estar arreglado y en orden, y cuando el príncipe y la princesa se hubieron contado sus vidas, se casaron. Y hubo un gran ban-

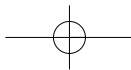


quede. Puede uno imaginar con qué apetito comerían aquellas gentes que no habían comido ni bebido nada desde hacía cien años.

El príncipe llegó a ser rey a la muerte de su padre, y la princesa fue la reina.

Y vivieron siempre felices.





## EL BURRO ENFERMO

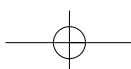
A mi burro, a mi burro  
le duele la cabeza;  
el médico le ha puesto  
una corbata negra.

A mi burro, a mi burro  
le duele la garganta;  
el médico le ha puesto  
una corbata blanca.

A mi burro, a mi burro  
le duelen las orejas;  
el médico le ha puesto  
una gorrita negra.

A mi burro, a mi burro  
le duelen las pezuñas;  
el médico le ha puesto  
emplasto de lechugas.

A mi burro, a mi burro  
le duele el corazón;  
el médico le ha dado  
jarabe de limón.

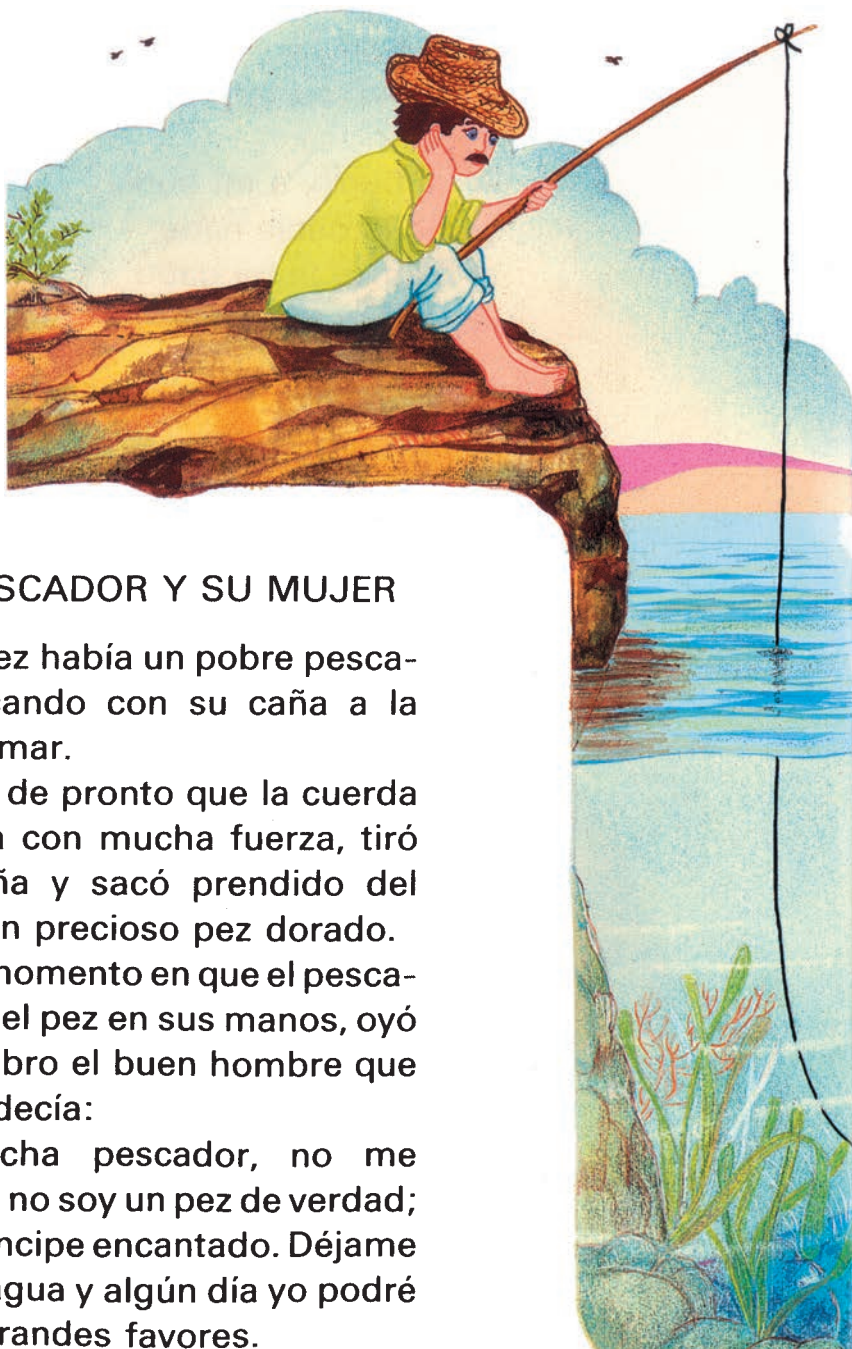


A mi burro, a mi burro  
ya no le duele nada;  
el médico le ha dado  
jarabe de manzana.

Anónimo







## EL PESCADOR Y SU MUJER

Una vez había un pobre pescador, pescando con su caña a la orilla del mar.

Sintió de pronto que la cuerda se hundía con mucha fuerza, tiró de la caña y sacó prendido del anzuelo un precioso pez dorado.

En el momento en que el pescador cogía el pez en sus manos, oyó con asombro el buen hombre que el pez le decía:

—Escucha pescador, no me mates. Yo no soy un pez de verdad; soy un príncipe encantado. Déjame volver al agua y algún día yo podré hacerte grandes favores.

—No digas más —dijo el pescador— te dejaré ahora mismo. No quiero tratos con peces que hablan.

Y el pez dorado volvió al agua y desapareció.

Volvió el pescador a su cabaña y le contó a su mujer todo lo que le había pasado y las palabras que el pez había dicho.

La mujer, que era bastante avariciosa, le preguntó con mal genio:

—Y tú, tonto, ¿no le pediste nada?

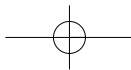
—¿Qué querías que le pidiera?

—¿Es que no te has dado cuenta de esta cabaña miserable en que vivimos? Anda, vuelve y dile al pez que deseamos una buena casa.

Volvió el pescador de mala gana a la orilla del mar, solo por complacer a su mujer, y dirigiéndose al agua dijo:

—Pececito dorado,  
mi buen amigo,  
¿quisieras concederme  
lo que te pido?





Asomó el pez la cabeza al momento y preguntó:

—¿Ya estás de vuelta? ¿Qué es lo que deseas?

—Mira, mi mujer me ha dicho que te pida algo. Ella no quiere vivir en nuestra choza y desea una casita de campo.

—Está bien. Vuelve a tu casa —dijo el pez.

Cuando el pescador llegó a su casa la encontró convertida en una preciosa finca con jardines y árboles frutales y toda clase de comodidades.

El buen hombre abrazó a su mujer contentísimo.

Pero al cabo de unas semanas la mujer dijo:

—Mira, tenemos tantos animales, que ya esta casa y esos patios y jardines resultan pequeños. Sería mejor para nosotros un gran castillo. Anda y pídeselo al pez.

El pescador se fue al mar de mal humor, solo por complacer a su mujer, y cuando llegó a la orilla dijo:

—Pececito dorado,  
mi buen amigo,  
¿quisieras concederme  
lo que te pido?

Apareció el pez como la vez anterior.

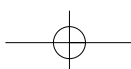
—Ya estoy aquí. ¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Mira, querido príncipe, yo lo siento mucho, pero mi mujer quiere vivir en un gran castillo.

—Vuelve a tu casa —dijo el pez— y tu mujer estará contenta.

Cuando llegó el pescador a su casa, entró en un soberbio castillo de piedra con grandes campos y grandes salones y muchos criados.

La mujer estaba vestida como una gran dama.



Aquella noche se durmió tranquilo, con la seguridad de que su mujer se sentiría completamente feliz. Pero por la mañana muy temprano lo despertó su mujer y le dijo:

—Anda, levántate pronto. He pensado que tenemos que llegar a ser los reyes de este país. Anda y díselo a tu amigo.

—Pero, mujer —contestó el pescador—, ¿no tienes bastante? A mí no me gustaría ser rey.

—Yo sí que quiero —dijo la mujer—. Haz lo que te digo y no seas perezoso.

El pobre hombre se puso en camino, muy triste porque su mujer no estaba nunca satisfecha. Cuando llegó a la orilla del mar, llamó como siempre:

—Pececito dorado,  
mi buen amigo,  
¿quisieras concederme  
lo que te pido?

—¿Qué es lo que quieres ahora? —dijo el pez.

—Mira, perdóname, pero mi mujer quiere ser reina.

—Vuelve a tu casa —dijo el pez.

Al llegar a su casa vio a su mujer en un palacio, sentada en un trono de oro y rodeada de servidores y de nobles de la corte.

—Mujer, ya eres reina —dijo el buen hombre—. Supongo que ya estarás contenta.

—Pues mira, mientras tú regresabas, me he cansado de ser reina y he pensado que me gustaría más ser emperatriz. Anda y pídeselo a tu príncipe encantado.



—Pero eso es imposible. ¿Qué va a pensar de nosotros?

—No hables más. Tienes que ir, porque yo soy la reina y te lo mando.

El pobre pescador volvió a la orilla del mar y llamó otra vez, con voz apagada por el miedo:

—Pececito dorado,  
mi buen amigo,  
¿quisieras concederme  
lo que te pido?

—¿Qué es lo que quiere ahora tu mujer? —preguntó el pez.

—Ahora se le ha metido en la cabeza ser emperatriz.

—Vuelve, que ya es emperatriz.



Al llegar a su casa, el buen hombre vio a su mujer con una corona de cerca de dos metros de alto en la cabeza.

—¿Ya estarás contenta? —le preguntó.

—Sí, creo que sí. Ya soy emperatriz.

Pero a la mañana siguiente, en cuanto se levantó la mujer, miró por la ventana llena de sol, llamó a su esposo y le dijo:

—Soy emperatriz, pero no puedo disponer que salga o no salga el sol. El sol sale sin mi permiso, y eso no me gusta. Ve a decirle a tu amigo que quiero mandar en el sol y en la luna.

—Pero ¿estás loca? Eso es imposible, ¿qué dirá de nosotros?

—No hables más y haz lo que te ordeno.

El pobre pescador se sintió tan desgraciado, que echó a andar casi sin darse cuenta de lo que hacía. Llegó a la orilla del mar y llamó con voz llorosa:

—Pececito dorado,  
mi buen amigo,  
¿quisieras concederme  
lo que te pido?

—¿Qué es lo que quiere ahora tu mujer? —preguntó el pez.

—¡Ay!, amigo mío, ahora quiere ser señora del sol y de la luna.

—Vuelve a tu casa, pobre amigo. Ya verás lo que merece la soberbia de tu mujer.

A su regreso, el buen pescador encontró a su mujer a la puerta de la cabaña donde habían vivido siempre.

Y allí continuaron viviendo.



## EL SAPITO GLO-GLO-GLO

Nadie sabe dónde vive.  
Nadie en la casa lo vio.  
Pero todos escuchamos  
al sapito: glo... glo... glo...

¿Vivirá en la chimenea?  
¿Dónde el pillo se escondió?  
¿Dónde canta cuando llueve  
el sapito Glo-Glo-Glo?

¿Vive, acaso, en la azotea?  
¿Se ha metido en un rincón?  
¿Estará bajo la cama?  
¿Vive oculto en una flor?

Nadie sabe dónde vive.  
Nadie en la casa lo vio.  
Pero todos escuchamos  
cuando llueve: glo... glo... glo...

José Sebastián Tallón

## BLANCA NIEVE

Una tarde de invierno estaba una reina sentada a la ventana de su palacio, bordando con hilos de oro y plata los pañuelos de seda del rey, mientras los copos de nieve caían como plumas y se amontonaban en el marco de la ventana, que era negro y brillante.

Como la reina se entretuvo mirándolos, se pinchó un dedo con la aguja, y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve.

—¡Quisiera tener una hija tan blanca como esta nieve, con mejillas y labios tan rojos como esta sangre y con cabellos tan negros como esta madera pulida!  
—pensó la reina.



Poco después le nació una niña que era como la reina había deseado y le pusieron de nombre Blanca Nieve. Pero la madre no pudo ver crecida a su hijita. La reina murió y un año más tarde el rey volvió a casarse con una mujer lindísima, tan orgullosa de su belleza, que no podía soportar que otra fuera más hermosa que ella.



La nueva reina tenía un espejo mágico y cuando se miraba le preguntaba siempre:

“Dime, espejo que destellas:  
¿quién es bella entre las bellas?”

Y el espejo contestaba sin variar:

“Reina y señora preciosa:  
eres tú la más hermosa.”

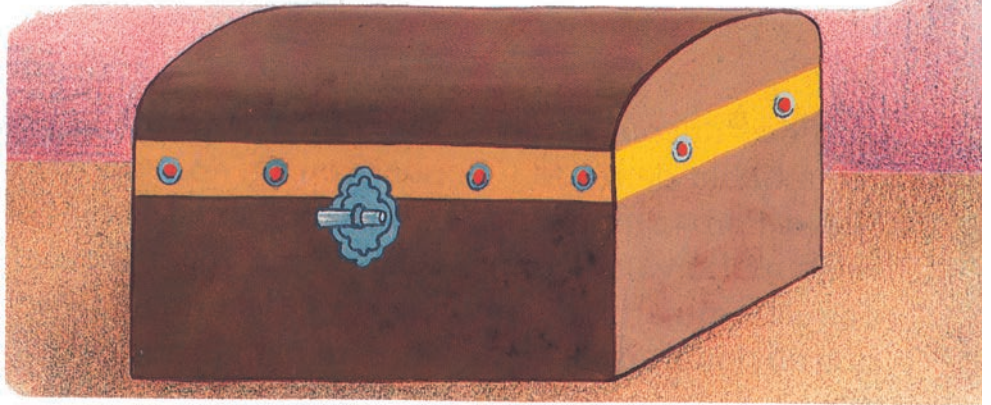
Entonces la vanidosa mujer quedaba satisfecha, porque sabía que el espejo no podía decir más que la verdad.

La pequeña Blanca Nieve fue creciendo y cada vez se ponía más linda; tanto que, cuando cumplió los quince años, era más hermosa aún que su madrastra.

Ese día, cuando la reina preguntó al espejo, oyó que respondía:

“Todavía eres hermosa, reina y señora,  
pero la princesita es más linda ahora.”

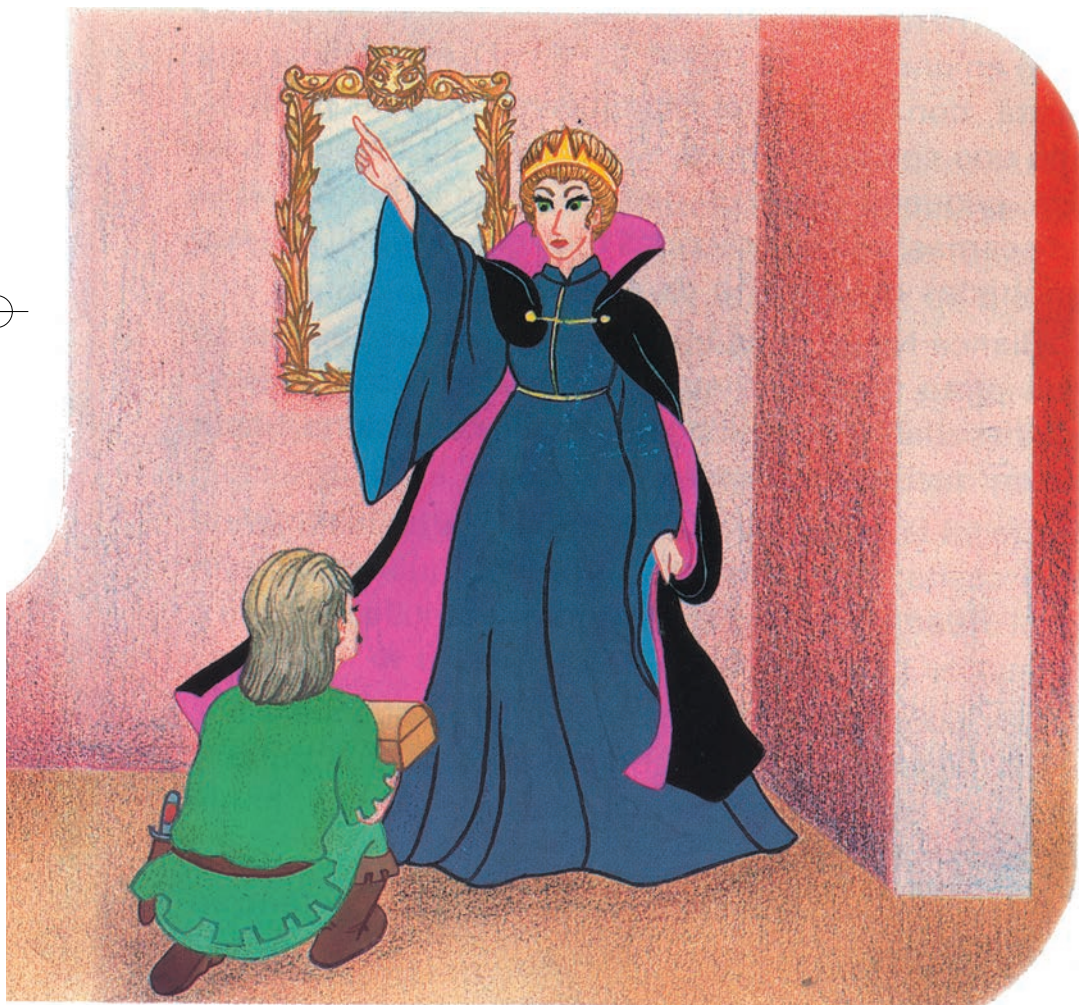
La reina no dijo nada a nadie, pero se puso amarilla de envidia, y desde entonces odió a Blanca Nieve y solo pensó en hacerle mal.

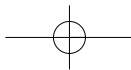


Un día no pudo contenerse más, llamó a un cazador del rey y le ordenó:

—¡Llévate a la princesa y que nunca más la vuelva a ver! Mátala y tráeme su corazón como prueba de su muerte.

El cazador se llevó a Blanca Nieve al bosque, pero no tuvo el valor de matarla, y para que la reina quedara conforme, le entregó el corazón de un jabalí.





Mientras tanto, la pobre Blanca Nieve anduvo todo el día de un lado para otro, asustada por los animales salvajes del bosque, aunque ninguno le hizo daño. Cuando cayó la noche se echó a llorar pensando que ni siquiera tenía donde dormir, pero entonces vio a lo lejos una casita y corrió hacia ella.

Tocó varias veces, y como nadie contestaba, empujó la puerta y entró.

Dentro todo era tan pequeño, tan lindo y tan limpio como en una casa de muñecas. En el centro había una mesita, con su mantel blanquísimo y siete platitos, cada uno con su cuchara, su cuchillo, su tenedor y su vaso, pequeño como un dedal. Contra la pared había siete camas, con sus sábanas muy bien alisaditas y sus almohadas del tamaño de alfileteros.

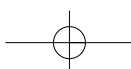
Blanca Nieve tenía hambre y comió un bocado de cada plato, bebió un sorbo de cada vaso y cuando estuvo satisfecha, se echó un rato en cada cama, hasta que se quedó dormida en la última.

Era ya la media noche cuando llegaron los dueños de la casita: siete enanitos barbudos que trabajaban por el día en las minas de las montañas, buscando oro y diamantes para las hadas.

Los pequeños mineros encendieron sus siete linternas, dejaron en un rincón sus picos y sus palas y entonces se dieron cuenta de que alguien había entrado en la casita.

—¡Han tocado nuestra comida! ¡Se han acostado en nuestras camas! ¿Quién habrá sido?

En esto hallaron a Blanca Nieve.







—¡Oh, si es una niña, una niñita! —dijeron más tranquilos—. ¡Y qué linda es! ¡Nunca vimos una niña de piel tan blanca, cabellos tan negros y labios tan rojos!

Y, colocando sus siete sillitas alrededor de Blanca Nieve, se sentaron a velar su sueño.

Al amanecer despertó la muchacha y se asustó muchísimo al ver aquellas extrañas caritas arrugadas y aquellas barbas larguísimas, pero los enanitos fueron tan amables entonces, que Blanca Nieve les perdió el miedo y les contó su triste historia.

Llenos de lástima le preguntaron los enanitos:

—¿Quieres quedarte con nosotros?

—¡Sí, sí! ¡Cómo no! —contestó Blanca Nieve de lo más contenta—. Pero como ustedes tendrán que trabajar más para mí, yo quiero ayudarlos.

—Está bien —dijeron los enanitos—. Serás nuestra cocinera, arreglarás nuestra ropa, tenderás las camas, barrerás y todo lo tendrás bonito y en orden.

Y así fue como Blanca Nieve se quedó con los enanitos para gobernar la casita del bosque.



Todos los días, antes de irse para su trabajo, los enanitos le recomendaban a Blanca Nieve:

—Cierra la puerta y no la abras a nadie. Acuérdate que tu madrastra averiguará que estás aquí y vendrá a hacerte daño.

La reina pensaba que Blanca Nieve estaba muerta, y ya no se ocupaba de preguntarle al espejo maravilloso. Pero un día se le ocurrió hacerlo, y el espejo le respondió:

“Todavía eres hermosa, reina y señora,  
pero Blanca Nieve es más linda ahora.”

A la malvada mujer le dio tal ataque de furia que tiró el espejo gritando:

—¡Mentira! ¡No es posible! ¡Blanca Nieve está muerta!

Pero el espejo, que decía siempre la verdad, contestó:

“Con siete enanitos vive en la cabaña que hay allá en el bosque, junto a la montaña.”

Entonces la reina se dio cuenta de que el cazador la había engañado y se puso a pensar de qué manera mataría a Blanca Nieve.

Al fin se le ocurrió una idea. Llenó una caja de anillos, pulseras y collares; se disfrazó de vendedora, de tal modo que nadie la conocía, y llegó a la casita del bosque.



—Linda muchacha —le dijo a Blanca Nieve—, ¿quieres ver las joyas que traigo?

Blanca Nieve, que no tenía prendas, estaba encantada mirando todos los adornos de la caja.

—Esta mujer no puede hacerme mal —pensó. Y le abrió la puerta.

La reina sacó del fondo de la caja un precioso collar de perlas.

—Verás qué bonita estás con él. Déjame probártelo.

Y le puso el collar, pero apretó tanto y tanto, que la dejó sin respiración, hasta que cayó como muerta al suelo.

—¡Otra vez soy la más hermosa! —gritó la reina. Y se fue bailando para su palacio.

Afortunadamente, en ese mismo momento llegaban los enanitos, que al ver el collar lo comprendieron



todo. Se lo quitaron enseguida y la muchacha volvió a respirar.

Cuando los enanitos se enteraron de lo que había pasado, dijeron a Blanca Nieve:

—La vendedora era tu madrastra. Ahora debes tener más cuidado y no dejar que entre nadie cuando estés sola.

Entretanto, la reina llegó a su palacio y muy alegre, fue a buscar su espejo mágico, pero al enterarse de que Blanca Nieve seguía viva, decidió acabar con ella de una vez.

Tomó una peineta de oro, la envenenó, se arregló la cara de modo que parecía una buena viejecita, y se vistió de negro de pies a cabeza.

Cuando llegó a la casita del bosque llamó a Blanca Nieve por la ventana abierta diciéndole:

—Hija mía, soy una pobre viuda y no tengo en el mundo nada más que esta peineta de oro. ¿Quieres comprármela? Necesito muchísimo el dinero y a ti te quedará mejor que a mí. ¡Pruébatela!

—Para comprar la peineta no necesito abrir la puerta —pensó Blanca Nieve. Y le dijo a la falsa viejecita—: Déjeme verla.

Brillaba tanto la peineta, que la muchacha sintió el deseo de ver cómo lucía sobre su pelo negro. Pero tan pronto como se la puso, cayó al suelo sin sentido.

—¡Ahora sí que soy la más hermosa! —gritó la madrastra. Y se marchó corriendo.

Por suerte, los enanitos no demoraron mucho ese día y al ver la peineta relucir en el cabello de Blanca

Nieve se la quitaron y al momento la muchacha abrió los ojos y les contó lo sucedido.

—Tienes que prometernos que no comprarás nada cuando estés sola —le pidieron todos los enanitos.

Y la muchacha les aseguró que no lo haría más.

Entretanto, la reina llegaba al palacio, corría al espejo y al saber que Blanca Nieve estaba viva todavía, juró que moriría esta vez.

Hecha una fiera, se encerró en un cuarto, fabricó un veneno terrible del que nadie se salvaba y envenenó con él la mitad de una manzana.

Entonces se disfrazó de labradora y se puso en la cabeza un cesto de frutas.

Cuando llegó a la casita del bosque llamó a Blanca Nieve:

—Cómprame alguna fruta, niña. Están dulces y maduras. Ahora mismo las acabo de coger al pie del árbol.

—Lo siento mucho, buena mujer, —dijo Blanca Nieve—, pero me han prohibido comprar nada.

—¡Qué vamos a hacer! —dijo la falsa labradora—. Otro día será... Pero tome esta de muestra. Se la regalo. —Y le entregó la manzana envenenada.

—No me atrevo a comerla —dijo Blanca Nieve.

—¡Oh, niña mía! ¿Tiene miedo? Me comeré la mitad para que vea que no puede hacerle daño —dijo la madrastra. Partió la manzana en dos, se comió la mitad buena y le dio a la muchacha la parte envenenada.

Blanca Nieve tuvo pena de despreciar el regalo y tomó la fruta. Pero apenas había mordido un pedazo, cuando cayó muerta.



Entonces la reina, mirándola con ojos terribles y riéndose como una loca, exclamó:

—¡Maldita Blanca Nieve! ¡Ahora sí se acabó tu belleza!

Cuando llegó al palacio buscó el espejo y al oírle decir:

“Reina y señora preciosa:  
eres tú la más hermosa”,

quedó satisfecha.

Esa noche, cuando los enanitos regresaron y encontraron a Blanca Nieve tendida en el suelo, la levantaron para ver si tenía algún golpe o alguna herida; le aflojaron los vestidos por si algo le apretaba; le despeinaron los cabellos, buscando lo que podía envenenarla; la frotaron con alcohol y le echaron agua fría, pero de nada sirvió. Estaba como muerta.

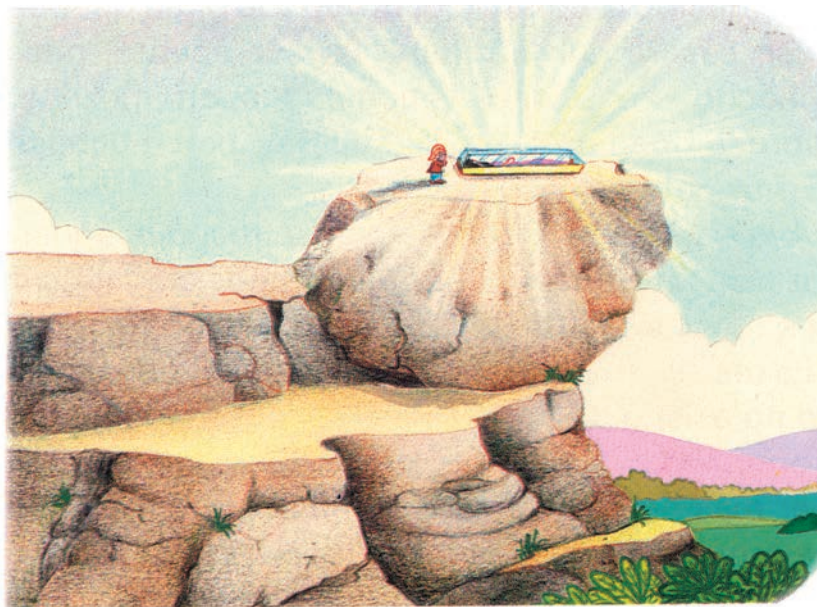
La tendieron entonces en su cama, se colocaron alrededor y lloraron sin cesar tres días y tres noches.

Cuando llegó el momento de enterrarla, todavía sus mejillas seguían tan sonrosadas y sus labios tan rojos, que parecía viva, y los enanitos tuvieron miedo de dejarla sola.

Fabricaron una caja de cristal, pusieron en ella a Blanca Nieve y la colocaron en lo alto de una roca. Un enanito estaba siempre de guardia, vigilándola.

Un día, el hijo del rey de un país vecino, cazando en el bosque, llegó junto a la roca y, al ver tan linda a Blanca Nieve, se prendó de ella.

—Véndeme esa preciosa estatua. Te pagaré lo que me pidas —dijo el príncipe.



—No hay en el mundo un tesoro que valga tanto para comprarla —contestó el enanito guardián.

—Entonces regálamela —suplicó el príncipe—. Me moriría de pena si tuviera que separarme de ella.

Los enanos vieron que el príncipe decía la verdad, se compadecieron de él y al fin le entregaron la caja.

Con muchísimo cuidado, el príncipe, ayudado por un duque, un conde y un marqués bajaron la caja de la roca y siguieron con ella al hombro poco a poco, como si estuvieran marchando al compás de una música triste.

No habían andado mucho, cuando el príncipe, que ni siquiera miraba el camino, tropezó con una piedra y, con el choque, saltó al suelo el pedazo de manzana envenenada que Blanca Nieve tenía en la boca.

Al momento abrió los ojos la muchacha y, levantando la tapa de cristal, se sentó en la caja.

El príncipe le contó lo ocurrido y le pidió de rodillas que se casara con él. Blanca Nieve aceptó, pues el muchacho era bueno, valiente y buen mozo y se celebró la boda en el palacio del rey, con muchas flores, música y dulces.

A la fiesta fueron los siete enanitos, que aquel día se rizaron las barbas y estrenaron unos elegantísimos trajes nuevos, de un color diferente cada uno.

La madrastra de Blanca Nieve fue invitada también, pero no asistió. Cuando se estaba adornando con sus mejores ropas y prendas muy segura de que era la mujer más bella del mundo, se le ocurrió preguntar al espejo maravilloso, y al oír la respuesta:

“Todavía eres hermosa, reina y señora,  
pero la novia del príncipe es más linda ahora”,  
dicen las gentes que rompió el espejo y se murió.





## LA TOS DE LA MUÑECA

Como mi linda muñeca  
tiene un poquito de tos,  
yo, que enseguida me aflijo,  
hice llamar al doctor.

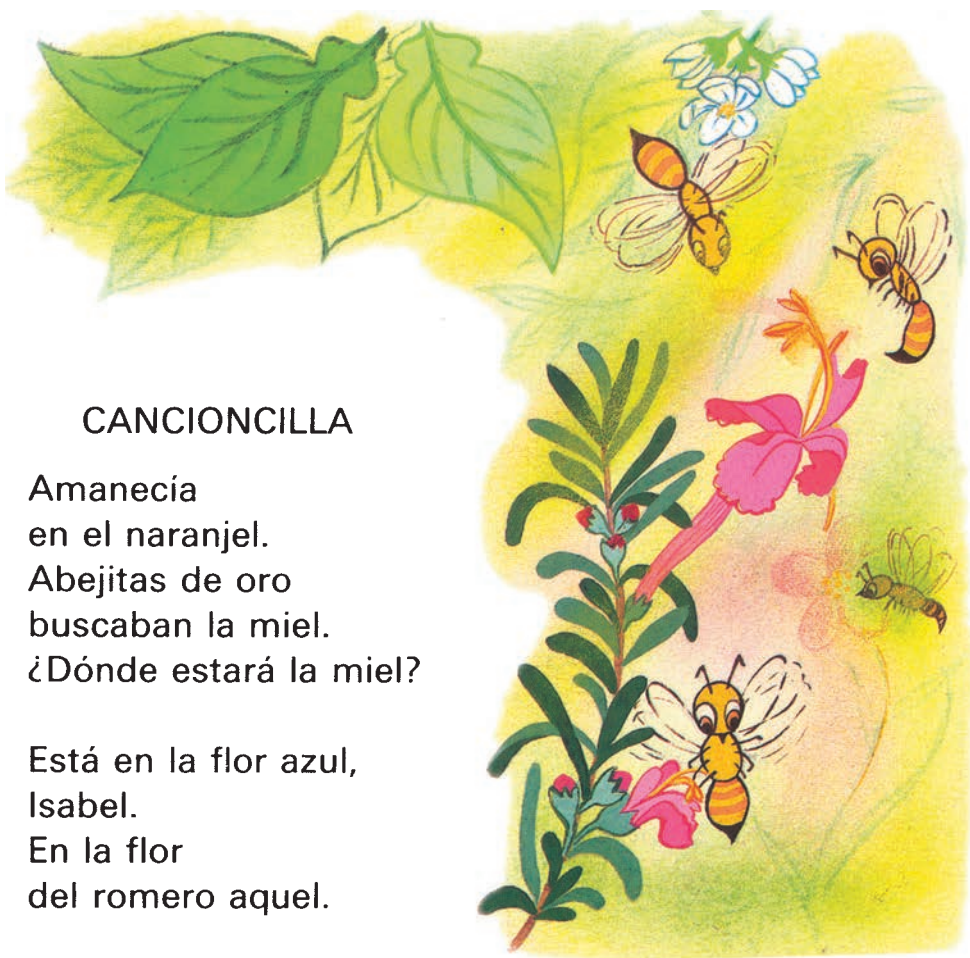
Serio y callado, a la enferma  
largo tiempo examinó,  
ya poniéndole el termómetro,  
ya mirando su reloj.

La muñeca estaba pálida,  
yo temblaba de emoción,  
y al fin el médico dijo,  
bajando mucho la voz:

—Esa tos solo se cura  
con un caramelo o dos.

Germán Berdiales





### CANCIONCILLA

Amanecía  
en el naranjel.  
Abejitas de oro  
buscaban la miel.  
¿Dónde estará la miel?

Está en la flor azul,  
Isabel.  
En la flor  
del romero aquel.

(Sillita de oro  
para el moro...  
Silla de oropel  
para su mujer.)

Amanecía  
en el naranjel.

Federico García Lorca



## EL PATITO FEO

La señora Pata llevaba tantos días echada sobre sus huevos, que ya había perdido la cuenta.

—¿Hasta cuándo tendré que estar sentada aquí? —dijo, bostezando aburrida.

—¡Cui, cui! —se oyó en ese momento.

Era un patito, que comenzaba a romper el cascarón.

Enseguida que sacó la cabecita, se oyó el piar de los demás.

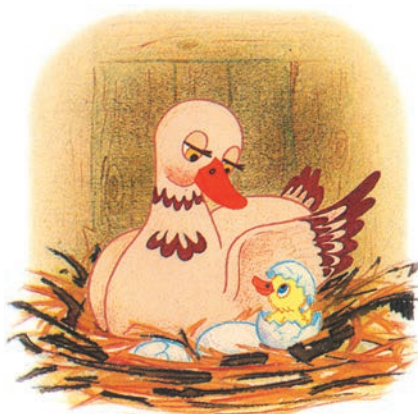
Al poco rato ya estaban afuera. Erizados para secar al sol su plumón, parecían motitas amarillas.

—¡Qué grande es el mundo, mamá! —dijeron los recién nacidos a la señora Pata, que los contemplaba llena de orgullo.

—¿Ya han salido todos? —preguntó la madre, levantándose y mirando por todas partes—. ¡Ay, no! El huevo más grande está entero todavía.

Y, muy disgustada, volvió, a cubrir el huevo que faltaba.

—¿Qué tal va eso, compañera? —le preguntó una vieja pata que fue a hacerle una visita.



—Mire qué lindos patitos tengo. ¿Verdad que son iguales que su papá? Pero todavía no he terminado. Hay uno que no quiere romper el cascarón —dijo la mamá Pata.

—Vamos a ver ese huevito terco —dijo la amiga, mirando dentro del nido. Y añadió:

—¡Ay, hija mía! ¡La han engañado! Ese huevo es de guanajo. No se ocupe más de él y vaya a enseñar a nadar a sus chiquitos.

—No —respondió la madre—. Ya que me ha hecho perder el tiempo, lo calentaré hasta que pueda salir.

Por fin, al cabo de dos días, empezó a romperse el gran huevo.

—¡Cui, cui! —y salió un pato gris y pescuecilargo.

¡Qué grande y qué feo les pareció a todos! Hasta la pata lo miró con lástima, pensando:

—¿Será realmente un guanajo? Eso se sabe enseguida: si lo es, no querrá entrar en el agua.

Al día siguiente hizo un tiempo espléndido y la madre llevó a todos sus hijitos al estanque. Al llegar al agua ¡plaf! saltó en ella y llamó:

—¡Cuac, cuac!



Todos los patitos se tiraron, uno después de otro. Movían muy bien las patas y buceaban sin miedo alguno. Todos, hasta el patito gris, estaban en el agua como en su casa.

—¡Menos mal! No es un guanajo —pensó la madre—. Debe de ser un pato, porque nada muy bien. Y para mí, no es tan feo como dicen. ¡Cuac, cuac! —gritó—. ¡Niños, vengan todos, que voy a presentarlos a las otras aves del corral!

Mamá Pata, seguida de sus hijitos, salió del agua.

Allá en el fondo, junto al gallinero, estaban los otros animales escarbando, comiendo, peleándose y haciendo ruido.

—¡Miren eso! —gritó un pato blanco y negro—. ¡Qué cosa tan fea viene por allá! ¡No te queremos aquí! ¡Fuera! —y voló hacia el patito gris, y le dio un picotazo en el pescuezo.

—¡Déjenlo en paz! —dijo la madre furiosa—. ¡No molesta a nadie y está mal que abusen de él!

—Es verdad. Perdóne, señora —dijo el pato, avergonzado—. Pero es tan grande y tan ridículo que me dan ganas de volverle a picar.

Un pato blanco, que estaba mirando lo que pasaba, dijo, con mucha amabilidad:

—¡Tiene usted muy lindos hijos, doña Pata! Todos son hermosos, menos ese; es una lástima que no pueda embellecerlo un poco.

—Ha estado muchos días en el huevo y por eso es distinto de los otros —explicó la madre. Y añadió—: No es hermoso, tiene usted razón, pero nada muy bien y es



obediente y bueno. Yo creo que cuando crezca se arreglará un poco más.

Y mientras la madre decía esto, acariciaba suavemente las plumas del patito feo.

Después llamó a sus niños, los presentó a todos los habitantes del corral y los mandó a jugar, mientras ella conversaba con las amigas.

A los pocos minutos, ya los patitos estaban corriendo, comiendo y chillando, como si hiciera mil años que estuvieran allí.

El patito gris encontró una lombriz gorda y colorada y, muy contento, llamó a sus hermanos para repartirla, como le había enseñado su mamá, pero los otros se la tragaron sin dejarle nada.

—¿Y mi parte? —reclamó el patito asombrado.

—¡Cierra ese pico feo! —gritaron los patitos amarillos—. ¡Te dejamos estar con nosotros y todavía te quejas! ¿Te figuras que somos iguales? ¡Pues estás muy equivocado! ¡Y no se te ocurra irle con el cuento a mamá!

El patito gris se quedó muy triste, acurrucado en un rincón.

Poco después pasó por allí un gallo. Daba gusto ver su cresta roja, el penacho azul de su cola y sus espuelas afiladas. El gallo se encaramó en un palo y cantó:

—¡Quiquiriquí!

El patito gris estiró el cuello. Nunca había visto ni oído nada tan hermoso. Sintió deseos de aplaudir y gritó:

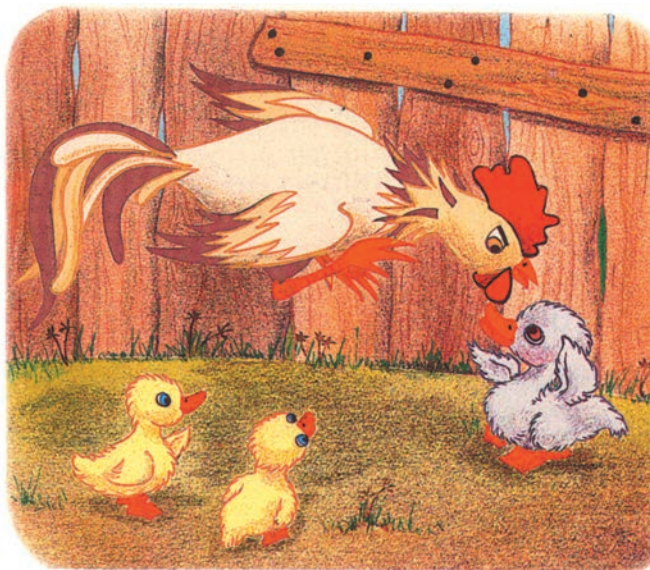
—¡Cui, cui!

—¡Qué mamarracho! ¡Y se atreve a chillar delante de mí! —dijo el gallo. Y le dio un tremendo picotazo.

El primer día sucedió esto, pero en los siguientes fue peor. Todos trataban mal al pobre patito.

Sus hermanos eran crueles con él y le decían cada dos minutos:

—¡Ojalá te lleve el gavián!



Los patos y las gallinas le picaban a cada momento. La mujer que daba de comer a los animales lo empujaba con el pie. Hasta su madre, el único ser que lo quería en el mundo, exclamó un día:

—¡Qué desgraciada soy con este hijo tan horrible!

El infeliz patito feo no pudo soportar esto y se escapó, saltando la cerca. Los pájaros que estaban en la enredadera que crecía junto al muro salieron disparados y el pobre pensó:

—Debo ser espantoso cuando todos me huyen. Pero no soy malo y a nadie haré daño.

Cerró los ojos llenos de lágrimas y continuó su camino. Así llegó a una gran laguna donde vivían los patos silvestres. Allí pasó la noche muy triste, muy cansado y muy hambriento.

Al amanecer, cuando los patos silvestres se despertaron, vieron a su nuevo compañero.

—¿Quién es este espantajo? —preguntaron. El patito se volvió hacia todos los patos silvestres, saludando muy cortésmente, pero lucía tan mal, que los otros gritaron burlándose:

—¡Puedes estar orgulloso de ser el primero de los feos!

—Ya lo sé —dijo el pobre patito a punto de llorar—. Pero... ¿puedo quedarme con ustedes?

—Quédate en la laguna, si quieres; aunque no pienses que vas a formar parte de nuestra familia.

En esto se oyó un ruido tremendo. ¡Pim, pam, pum! ¡Jau, jau!

Eran unos cazadores que disparaban contra los patos silvestres y echaron sus perros a buscarlos.

La bandada de patos levantó el vuelo, pero dos cayeron entre la yerba de la orilla. El agua se puso roja con la sangre.

El patito feo encogió la cabeza para esconderla debajo de las alas, cuando vio delante de él un perrazo enorme con la lengua fuera y los ojos que echaban chispas.

Lleno de terror cerró los ojos para no ver los dientes afilados que se iban a clavar en su carne, pero de pronto el perro dio una vuelta y se fue sin tocarlo.

—¡Menos mal! —murmuró el patito—. ¡Soy tan feo, que ni el perro ha querido morderme!

Y se quedó quietecito, mientras los tiros seguían sonando sin parar.

Al anochecer todo quedó en silencio, pero el pobre patito, asustado, no se atrevió a levantarse. Era ya media noche cuando tuvo valor para volar. Cruzó la laguna, atravesó los campos y siguió volando y volando sin descanso.

De pronto empezó a llover. El viento se hizo tan fuerte que apenas podía mover las alas. Los truenos y los relámpagos le daban miedo y tuvo que detenerse.

Entonces se fijó en que estaba junto a una casita tan miserable que parecía que se iba a caer de un momento a otro.

—¡Quizás haya en ella buena gente! —pensó el patito, que estaba ansioso de cariño. Y como la puerta estaba rota, decidió entrar por una rendija.

Allí vivía una viejecita muy pobre, sin más compañía que un gato y una gallina. El gato sabía impulsar la rueda de la viejita con sus patas delanteras y la gallina ponía un huevo todos los días. De este modo ayudaban a su ama.





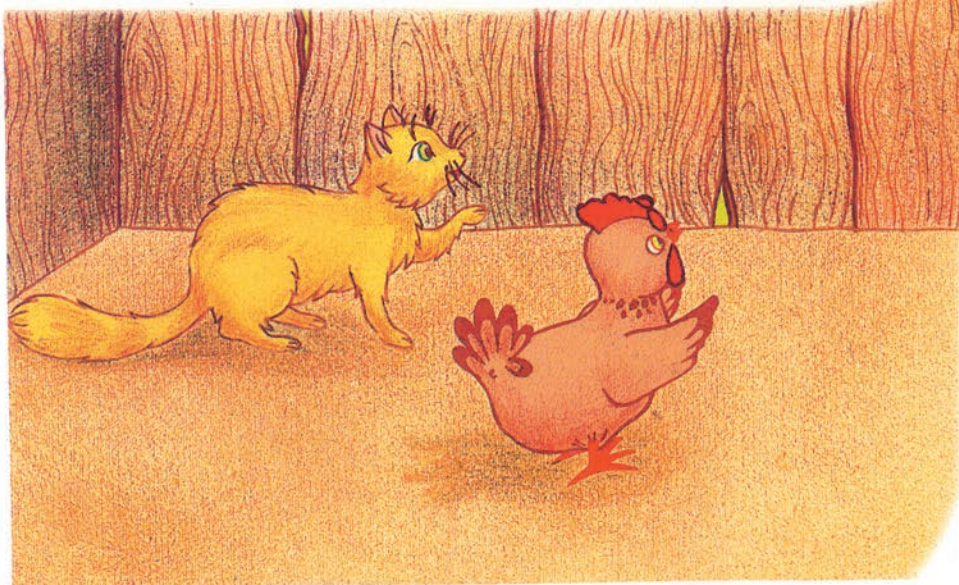
Al día siguiente, cuando amaneció, los animales vieron al patito. La gallina empezó a cacarear y el gato a maullar, porque no les gustaba nada que otro animal llegara a la casa.

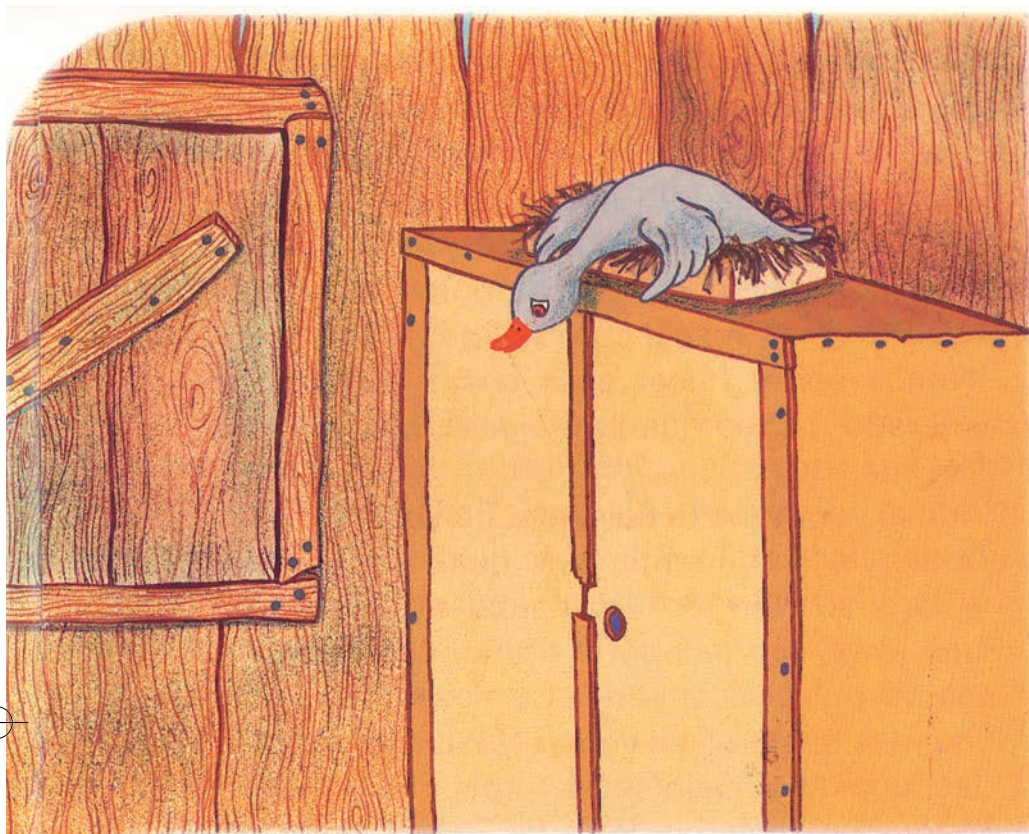
—¿Qué sucede? —preguntó la viejecita, que no veía bien. Pero cuando distinguió al patito, se alegró mucho, y exclamó:

—¡Ahora tendré también huevos de pata! —y decidió quedarse con el animalito.

El gato y la gallina estaban tan malcriados por su dueña, que pensaban que ellos eran lo mejor del mundo. Y como eran bastante egoístas y estaban un poco celosos del patito, no hacían más que hacerle sufrir.

—No eres un animal de adorno, resultas demasiado feo. ¿Para qué sirves tú? —le decía la gallina—. ¿Sabes poner huevos? ¿Sabes cacarear?





—No —contestaba el patito, bajando la cabeza.

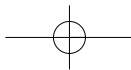
—¿Sabes mover la rueca? ¿Sabes erizar el lomo? ¿Puedes echar chispas cuando te frotan en la oscuridad? —le preguntaba el gato muy orgulloso.

—Tampoco —decía el patito abochornado—. ¡Solo sé volar y nadar!

—¡Volar! ¡Vaya un gusto! —exclamaba la gallina—. ¿No es mucho mejor correr?

—¡Nadar! ¡Qué ocurrencia! —decía el gato con desprecio—. ¡Ni que el agua fuera tan buena!

Todos los días el gato y la gallina discutían con el patito.



—Ya que eres tan feo y no sirves para nada, ¡por lo menos quítate de la cabeza esas locuras de remontar el aire o de tirarte al agua! —le decía el gato.

—¡Pero si no puedo! —murmuraba el patito.

—Un animal que no es bonito, debe ser útil —le aconsejaba la gallina—. Trata de poner huevos como yo, o de mover la rueda, como el gato.

—Nunca podré hacer esas cosas —dijo el patito desesperado—. Creo que lo mejor es que me vaya.

Y se fue.

Todo el verano se lo pasó el pato vagando solitario en el bosque. Ningún animal lo quería.

—¡Claro, soy tan feo! —pensaba el desdichado.

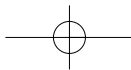
Pasó el verano y llegó el otoño. Las hojas de los árboles se pusieron amarillas y secas: el viento las arrancó y les hizo dar mil volteretas. Las ramas quedaron desnudas y el cielo se hizo gris.

Apareció el invierno. Pesadas nubes se inclinaron hacia la tierra, cargadas de granizo y de nieve. El agua de las charcas se empezó a helar y pronto no quedó más que un agujero donde nadaba el pato. El pobre animal no tenía más remedio que mover continuamente las patas para no quedar prisionero en el hielo. Al fin, un día no pudo más, se detuvo y quedó preso en el agua helada.

A la mañana siguiente pasó por allí un leñador y al ver el animalito casi helado se lo llevó a su casa para que su mujer hiciera un buen asado.

Con el calor de la cocina el pato revivió.

—¡Oh, mamá, no lo mates! —dijeron los niños del leñador—. Déjalo para que juegue con nosotros.



Estaba tan acostumbrado a los malos tratos el desgraciado animal, que al acercarse los niños se llenó de miedo, aleteó y tiró al suelo un caldero lleno de leche.

La mujer del leñador, al ver perdido el alimento de sus hijos empezó a golpearlo furiosa, y el pato, lleno de terror, revoleteó por todo el fogón, rompiendo platos, jarros y cazuelas.

Entonces sí que quisieron matarlo. Llena de furia la madre corría detrás de él, queriendo darle con las tenazas. Los niños, dando gritos, le tiraban pedazos de leña y fue una suerte para él que estuviera la puerta abierta, porque pudo escapar, y esconderse entre unas ramas, con el corazón que le saltaba de angustia.

¡Qué invierno tan terrible pasó el pobre animal! Pero al fin, un día el sol empezó a calentar, derritió la nieve y las ramas de los árboles se llenaron de millones de yemitas tiernas.

Entonces el pato decidió marcharse para algún lugar donde pudiera ser menos desgraciado. Sus alas eran ya grandes y fuertes y podían llevarlo muy lejos. Remontó el vuelo.

Durante varios días voló sin descanso, hasta que decidió detenerse al fin. Había llegado a un jardín maravilloso donde las flores perfumaban el aire y los pájaros cantaban entre las ramas de los árboles cargados de frutas. Junto a unas escaleras de mármol vio un estanque de aguas limpias y tranquilas donde nadaban tres magníficos cisnes de plumas blanquísimas y pico sonrosado.

—¡Qué aves más hermosas! —pensó el pato gris—.



¡Me quedo con ellas! Tal vez me maten, por haberme atrevido a ponerme a su lado, pero, ¿qué importa? ¡Mi vida ha sido tan triste! Creo que vale más morir junto a estos preciosos animales, que ser mordido por patos, picado por gallinas, atacado por perros, despreciado por gatos, golpeado por hombres, y... ¡pasar hambre, angustia y frío!

Entró en el agua y fue hacia los cisnes.

En cuanto estos lo vieron, nadaron hacia él, con las alas abiertas.

—Ahora me matarán —dijo el pato, inclinando la cabeza hacia el agua.

Pero... ¿qué era lo que veía en el estanque transparente? Su propia imagen, reflejada en el agua como en un espejo, no era la de un pato gris, feo y ridículo. ¡Era un cisne! Y los otros lo saludaban con cariño y le daban amables la bienvenida.

En ese momento, unos niños llegaron al jardín y empezaron a echar pan y granos de trigo en el agua. Uno de ellos gritó:

—¡Hay otro cisne nuevo!

Al oírlo, los demás exclamaron:

—¡Sí, es verdad! ¡Hay otro cisne y es más joven y más blanco que los otros! ¡Es el más hermoso de todos!

Pero el pato gris, como antes le decían, no sintió orgullo. Su buen corazón, que nunca quiso hacer daño



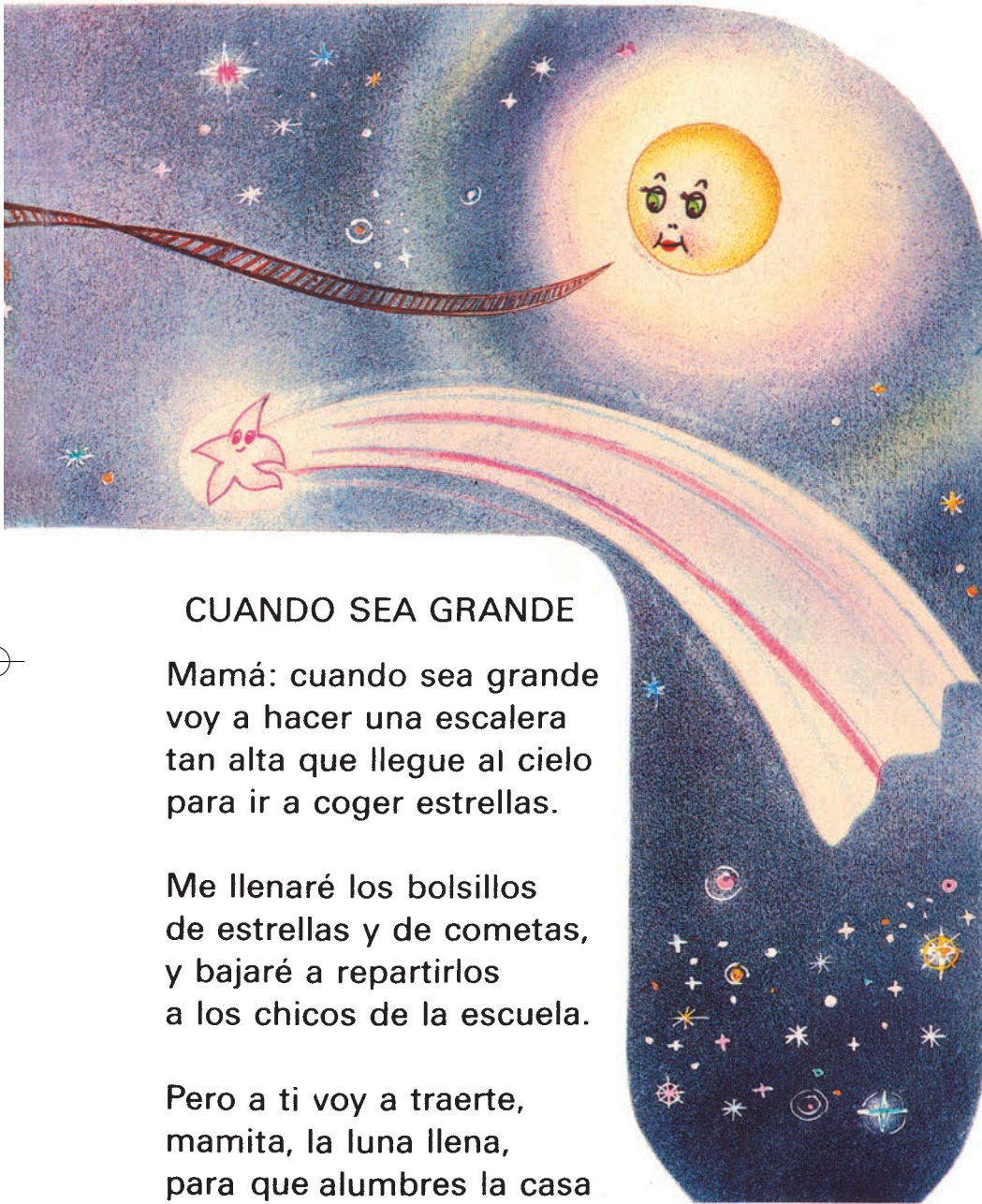
a sus enemigos, solo se llenó de una gran alegría y de un cariño inmenso hacia el mundo entero y pensó:

—¡Nunca hubiera soñado que iba a ser tan feliz cuando no era más que un patito feo!









### CUANDO SEA GRANDE

Mamá: cuando sea grande  
voy a hacer una escalera  
tan alta que llegue al cielo  
para ir a coger estrellas.

Me llenaré los bolsillos  
de estrellas y de cometas,  
y bajaré a repartirlos  
a los chicos de la escuela.

Pero a ti voy a traerte,  
mamita, la luna llena,  
para que alumbres la casa  
sin gastar en luz eléctrica.

Álvaro Yunque



## ***Índice***

### ***Nota a la edición III***

#### ***PRIMERA PARTE 1***

|                                                                  |    |
|------------------------------------------------------------------|----|
| La gallinita dorada                                              | 2  |
| Ronda del pío... pío...                                          | 5  |
| La ranita verde y el ganso                                       | 6  |
| Cucú                                                             | 8  |
| La margarita blanca                                              | 9  |
| Campanillitas                                                    | 13 |
| Los tres cerditos                                                | 14 |
| El caracol                                                       | 18 |
| La cucarachita Martina                                           | 20 |
| Los cinco                                                        | 24 |
| Los tres osos                                                    | 25 |
| La loba, la loba...                                              | 29 |
| Pollito Pito                                                     | 30 |
| Dime, ovejita negra                                              | 36 |
| Los chivitos porfiados                                           | 37 |
| Mi perro                                                         | 41 |
| La gallinita Rabona                                              | 42 |
| ¡Que llueva!                                                     | 46 |
| Nana                                                             | 47 |
| El Gallo de boda                                                 | 48 |
| Palomita en la playa                                             | 53 |
| Cómo es que ratón Pérez resucita<br>y deja de llorar cucarachita | 54 |
| Los números                                                      | 60 |

Mediopollito 62  
Adivina, adivinador... 67

## ***SEGUNDA PARTE*** 69

Caperucita Roja 70  
La nena astuta 76  
Los siete chivitos 77  
Una niña 82  
¡Agua, San Marcos! 83  
El gato con botas 84  
Mariquita, María 89  
Romance de Don Gato 90  
El soldadito de plomo 92  
El soldadito de plomo 98  
El mayor castigo 100  
Pulgarcito 101  
Mamá 107  
Almendrita 108  
Canción de cuna de los elefantes 114  
Adivinanza 115  
Cenicienta 116  
El lagarto está llorando 122  
La bella durmiente 124  
El burro enfermo 132  
El pescador y su mujer 134  
El sapito Glo–Glo–Glo 140  
Blanca Nieve 141  
La tos de la muñeca 153  
Cancioncilla 154  
El patito feo 155  
Cuando sea grande 169